

DANA CURT

*Ardiente  
venganza*

ROMANCES DE GIMNASIO

Ardiente venganza  
Romances de gimnasio

Dana Curt

Derechos de autor © 2020 Dana Curt

Título: Ardiente Venganza

Copyright © 2020 Dana Curt

Registro de la Propiedad Intelectual

Cubierta: imagen utilizada con licencia

Designed by Racool\_studio / Freepik

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

\*\*\*

Ésta es una obra de ficción en su totalidad. Tenga en cuenta qué, los nombres, personajes, empresas, organizaciones, lugares, acontecimientos y hechos que aparecen en la misma son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas (vivas o muertas) o hechos reales es pura coincidencia.

# Contenido

<a href="#"><u>Página del título</u></a>
<a href="#"><u>Derechos de autor</u></a>
<a href="#"><u>CAPITULO 1</u></a>
<a href="#"><u>CAPITULO 2</u></a>
<a href="#"><u>CAPITULO 3</u></a>
<a href="#"><u>CAPITULO 4</u></a>
<a href="#"><u>CAPITULO 5</u></a>
<a href="#"><u>CAPITULO 6</u></a>
<a href="#"><u>CAPITULO 7</u></a>
<a href="#"><u>CAPITULO 8</u></a>
<a href="#"><u>CAPITULO 9</u></a>
<a href="#"><u>CAPITULO 10</u></a>
<a href="#"><u>CAPITULO 11</u></a>
<a href="#"><u>CAPITULO 12</u></a>
<a href="#"><u>CAPITULO 13</u></a>
<a href="#"><u>CAPITULO 14</u></a>
<a href="#"><u>CAPITULO 15</u></a>
<a href="#"><u>CAPITULO 16</u></a>
<a href="#"><u>CAPITULO 17</u></a>
<a href="#"><u>CAPITULO 18</u></a>
<a href="#"><u>CAPITULO 19</u></a>
<a href="#"><u>CAPITULO 20</u></a>
<a href="#"><u>CAPITULO 21</u></a>
<a href="#"><u>CAPITULO 22</u></a>
<a href="#"><u>CAPITULO 23</u></a>
<a href="#"><u>CAPITULO 24</u></a>

# CAPITULO 1

## Laura

—Espera. ¿Qué? ¿Me estás... dejando? — Jadeaba incrédula, mientras me apoyaba en el armario para estabilizarme.

—Supongo que sí—, murmuró, y sus ojos furtivos se alejaron de mi mirada.

—Supongo que sí—. ¿Qué diablos significaba eso? —¿Lo haces o no lo haces? — Exigí con incredulidad.

Su hosco rostro se volvió hacia mí. Sus puños estaban apretados a los lados como si se obligara a sentarse y no salir corriendo por la puerta principal. —Muy bien, sí. Sí, lo estoy haciendo.

—¿Esto es todo? Se acabó entre nosotros—, digo maravillada, por si hay alguna duda. Siempre es bueno ser completamente clara sobre estas cosas. Cuando alguien dice no a veces quiere decir tal vez o un sí.

Pone los ojos en blanco. Odio cuando hace eso. Le hace parecer un idiota. —Sería correcto suponerlo—, dice, con una pequeña risita. Le encanta esto. Esta posición de poder. Me dijo que nunca antes había sido él el que se deshacía de la basura. Todas las mujeres con las que ha estado fueron lo suficientemente inteligentes como para dejarlo primero.

Sacudo mi cabeza mientras mi cerebro trata de dar sentido a los pensamientos que vuelan por mi mente.

Javier y yo hemos estado juntos durante dos años. De hecho, hace sólo dos meses me dijo que estaba tan agradecido de haberme encontrado. Que estábamos perfectamente emparejados y nunca habría nadie más para él. Sin embargo, nuestro aniversario de la semana pasada fue un desastre. De alguna manera, me convencí a mí misma de que me iba a proponer matrimonio. Bueno, ¿qué pensarías si vieras una revista de novias debajo de la almohada en su apartamento?

Cuando no hizo la pregunta, y se le ocurrió la estúpida sugerencia de que pidiéramos pollo para llevar y pasáramos la noche en mi apartamento, me quedé bastante desilusionada. Pero no soy de las que se rinden a la primera de cambio y decidí salvar la noche de alguna manera. Me puse lencería cara y me balanceé hacia la cama en lo que él llamaba mi paseo sexy, pero apagó las luces y me folló durante cinco minutos. Pudo haber sido más largo, pero se sintió como menos.

No es exactamente la noche romántica de mis sueños. Tenía en mente encender mi vibrador y masturbarme frente a él, pero empezó a roncar a mi lado. Como no estaba entusiasmado de todos modos, no parecía tener sentido.

Ahora lo miro fijamente. —Pero mañana es Año Nuevo, ¿Por qué quieres terminar conmigo

hoy? — Mi mirada parece haberlo avergonzado.

—¿Por qué, importa? — se molesta, colocándose erguido y cruzando los brazos. Como un niño que ha sido travieso y no quiere ser regañado. Estoy tan acostumbrado a lidiar con sus berrinches y estados de ánimo que automáticamente lo reconforto, para que todo sea mejor, aunque sea un hombre adulto, y yo sea la parte perjudicada aquí.

Evita mi toque como si fuera una rama de hiedra venenosa y se mueve fuera de su alcance. Mi mano cae pesadamente contra mi muslo. El sonido de las bofetadas reverbera dentro de mi cráneo. ¡Vaya! Ni siquiera puede soportar que lo toque. Okay. Respiro profundamente y mido mis palabras lenta y claramente. —Sí, sí importa. Me gustaría mucho saberlo.

Él resopla. —¿Qué diferencia hay?

Me trago la pura rabia atascada en mi garganta. Este imbécil cree que puede entrar aquí y romper conmigo después de haberme hecho perder dos años enteros de mi tiempo, y ni siquiera me da una razón. No sé qué le dio esa impresión porque estoy absolutamente decidida a averiguar por qué. Diablos, me sentaré en su poco carácter y nullos huevos y se lo sacaré si es necesario. — Como no hay diferencia para ti, y como no tienes nada que perder—, señalo con los dientes apretados, —quizás tengas la amabilidad de decirme qué mierda está pasando aquí.

Se vuelve hacia mí lentamente, mirándome a los ojos, con una expresión desagradable.

De repente, sé de qué se trata. Cuando llegó temprano hoy, creo que ya sabía lo que me esperaba. Especialmente cuando se sentó en el borde del sofá sin quitarse los zapatos o el abrigo. No tenía intención de quedarse mucho tiempo. Quería entrar y salir. Una parte de mí segura y orgullosa desearía poder desdecirme al oírle decir todo eso. Me encantaría acompañarlo hasta la puerta principal, mientras le digo que se guarde sus patéticas razones y se vaya a la mierda de mi vida, que no me interesa saber porque después de este tiempo juntos me pide terminar.

Pero no puedo hacer eso.

Soy alguien que necesita saber. Necesito un cierre. Si no se lo saco ahora, lo llamaré en un mes o seis meses y le preguntaré por qué. Así que me condenaré si no consigo que lo escupa ahora. Cuadro mis hombros. Soy una chica grande. Puedo soportarlo. Además, me niego a darle la satisfacción de pensar que me ha aplastado como un bicho bajo su zapato. Después de dos años no es así como voy a dejar que esto termine. No salpicada bajo su torpe pie izquierdo. En realidad, para ser un hombre con pies tan grandes, tiene una polla muy pequeña.

—¿De verdad quieres saberlo? — Ahí está esa fea mirada otra vez. Asiento con la cabeza.

Lanza sus manos al aire con exasperación. —Sólo recuerda que tu querías ir por este camino. —Sólo, escúpelo, Javier—, gruño.

—Conocí a alguien más, ¿de acuerdo?

## CAPITULO 2

### Laura

Me lo esperaba, pero mi estómago sigue revuelto. Miro el suelo delante de mí. Sí, sabía dentro de mis entrañas que se había estado alejando de mí. Incluso me pregunté brevemente si tenía algo que ver con la nueva chica del trabajo de la que hablaba. La chica con el nombre de bailarina exótica, pero por supuesto, yo me convencí a mí mismo de que no era ese tipo de hombre. Era fiel. Estaba enamorado de mí. —¿El cliché de la puta en el trabajo? Te tiras una zorra del trabajo.

—No hay necesidad de juzgar. —

—¿Lo haces? — Exijo una respuesta, mi ira se desborda.

—De hecho, sí. Se llama Candance y no es una zorra. Es una gran chica. Tiene una personalidad realmente encantadora. Siempre está ayudando a todo el mundo.

Mis ojos se abren de par en par. ¿Qué está haciendo este tonto ahora? Me dirá que es genial en la cama.

—La primera vez que tuvimos sexo—, confiesa con entusiasmo. —Se me echó encima y... joder, Laura, me dejó alucinado. Fue mucho más caliente que cualquier cosa que hayamos tenido juntos.

Siento que voy a vomitar. Aprieto mis labios con la determinación de que no me vea así. De todos modos, el vómito sería un atentado contra las alfombras color crema. Él nota el horror en mi cara y resuelve restregármelo, por razones que no puedo entender.

—Supongo que es porque está más buena que tú—, continúa, entrando en materia ahora, aparentemente deleitándose con el poder que tiene sobre mí, el poder de devastarme. —Ella es al menos 20 kilos más ligera que tú...

No puedo evitar hacer un gesto de dolor cuando esas palabras salen de su boca. No puedo creer que me dijera eso. Sabe lo cohibida que soy por mi aspecto, y aun así no puede resistirse a clavar el cuchillo en la más dolorosa de mis inseguridades. Esto está empezando a sentirse como una venganza. Él no me ama. Me odia. Una imagen de esta mujer aparece en mi cabeza. Es delgada, pequeña y linda, y a su lado soy un gran montículo de carne. Y él quiere tener sexo con ella... con las luces encendidas. Durante más de cinco minutos.

Me pregunto cuánto tiempo ha estado sintiendo todo esto, cuántas veces no ha querido nada más que destrozarme de esta manera. Debería echarlo a patadas. Y sin embargo, no lo hago. No todavía, de todas formas.

—¿Qué pasa con nuestras entradas para mañana por la noche?, Cuestan un brazo y una

pierna.

—Uh, pensé que como probablemente no querrás ir por tu cuenta de todas formas, me llevaré a Candance.

Sacudo la cabeza con asombro. Qué bolsa de mierda resultó ser. Pagué la mitad de esas entradas. Mi cerebro cambia de marcha. Nunca lo conocí. Ahora necesito saber si debo hacerme la prueba para algo. —¿Cuánto tiempo lleva tu aventura?

—Un mes más o menos—, responde, y me mira tan descaradamente, que me pregunto si está un poco avergonzado. Saber que le importa tan poco, que está tan feliz de restregarme todo esto en la cara, me hace sentir furiosa. No voy a dejar que me pisotee así. Para ser honesta, este hombre no ha sido más que una carga durante los últimos dos años. He hecho todo lo que he podido por él. Puse su interés antes que el mío, y ahora está parado frente a mí diciéndome que me ha traicionado, y en vez de disculparse, suena victorioso y orgulloso de sí mismo.

Sé con toda seguridad que si me estuviera engañando no habría usado protección si pudiera evitarlo. Ese es el tipo de hombre que es. Supongo que siempre lo había visto, pero ahora que está delante de mí, tan ineludible y completamente espantoso, no tengo más remedio que aceptarlo y tratar de protegerme lo mejor que pueda.

—¿Usaste protección?

Traga con fuerza. —No, pero está limpia...

—Eres un maldito pedazo de mierda—, le grito, rodeándolo. Cualquier tristeza y dolor en mi corazón es reemplazado por una furia ardiente. —¿Limpia? — ¿Qué tan limpia puede estar si no usó un condón contigo?

—Sólo estás celosa— dice con suficiencia, y creo que veo el indicio de una sonrisa en su cara y me hace enojar tanto que quiero arrancarle sus sucios ojos mentirosos.

—¿De qué podría estar celosa? — Disparo, mi voz sube de volumen. No quiero que esto se convierta en una pelea a gritos, pero si va a seguir siendo tan gilipollas...

Frunce el ceño, como si le pillaran desprevenido, y decido entrar a matar, igual que hizo conmigo cuando me dijo lo delgada que es su nueva novia.

—Eres un infiel—, comienzo, levantando mis dedos y marcando todos sus defectos uno por uno. —Eres tan tacaño que solías hacerme pagarlo todo. Eres grosero con los camareros. Roncas peor que un cerdo. Esta nueva chica es bienvenida a quedarse contigo. Aunque tal vez debería llamarla primero y hacerle saber en qué se está metiendo. Oh, y casi lo olvido. Eres una basura en la cama—. Hay un giro de triunfo en mi voz cuando termino de decirle todas las formas en que me ha fallado en los últimos dos años, todas las formas en que ha sido un novio de mierda para conmigo.

Su mandíbula se cae.

Sé que he tocado un nervio, y se siente bien por un momento, pero no soy una persona cruel de corazón y cualquier tipo de alegría que pudiera haber obtenido al verlo tan alterado pronto se convierte en un sabor agrio en mi boca, y me encuentro mirándolo con más tristeza que cualquier otra cosa. Debería quitarme todos estos sentimientos de encima y decirle cuan poco hombre es, y Dios sabe que se lo merece, pero por alguna razón no es divertido ahora mismo.

Estoy demasiado herida por su traición como para encontrar algún tipo de consuelo en su actual reacción. Desearía poder ser un poco más insensible y fría e ir a por él, destrozar su ego como él ha hecho con el mío desde hace más de un año, pero no puedo. Estoy agotada, y lo que quiero más que nada en el mundo es que se vaya de mi apartamento para no tener que volver a verlo nunca más.

—Si era una basura en la cama era porque tenía un trozo de carne de ballena acostada al lado mío. ¿Quién puede excitarse con eso? —, grita.

—Espero no volver a verte—, digo lentamente, y lo digo en serio.

Abre la boca para hablar, pero ya he tenido suficiente. —Deberías irte. — Señalo la puerta, sin dejar lugar a discusión.

—Con mucho gusto—, se burla. Girando hacia la puerta, sale, y la cierra tan fuerte que las paredes traquetean.

Cierro los ojos para sofocar la próxima ola de ira que me sobrepase. Sólo quiero salir corriendo y gritarle por ser tan imbécil. El tipo de idiota que cree seriamente que dar un portazo a esta hora de la noche es una buena manera de hacer una declaración.

Qué jodido idiota.

## CAPITULO 3

### Laura

...Me quedo de pie, escuchando el eco de sus pasos en el pasillo. Tan pronto como la puerta de entrada de mi edificio de apartamentos se cierra, me hundo en el sofá. Miro fijamente al espacio de luz entre la tela del sofá y mi cara.

Así que esto es lo que se siente al ser abandonado. Bueno, ya me han dejado antes, pero nunca por alguien con quien haya estado tanto tiempo, y no por otra mujer.

Para mi sorpresa, hay más ira que angustia en mis venas. Tal vez la tristeza venga después, pero por ahora, todo lo que puedo sentir es una profunda sensación de traición. Confié en él. Pensé que ambos éramos los rechazados de la sociedad que se habían encontrado. Nadie me quería a mí y nadie lo quería a él y habíamos encontrado una manera de ser felices juntos. Una vez hablamos de hacer niños. Fue la primera vez que acepté hacerlo con él sin condón. Frunzo el ceño. ¿Me estaba manipulando incluso entonces? Porque nunca volvió a hablar de niños después de eso.

Dios, cuánto tiempo he perdido con él.

Mi mente se remonta a cuando nos conocimos. Acababa de salir de la universidad y acababa de empezar las prácticas que un día se convertirían en mi trabajo a tiempo completo. Tenía tanta confianza, tanta pasión, tanta ambición, y luego me encontré con este tipo que parecía tan perfecto para mí. Yo estaba en publicidad, él en marketing. En realidad, nos veía como una pareja poderosa. Qué risa. Pensando ahora en el pasado, puedo ver claramente que sólo fuimos una pareja perfecta durante los primeros meses. Después de eso empezaron todos esos comentarios sutiles. Sobre mi apariencia en general, mi risa poco femenina, pero sobre todo mi peso. Todas las pequeñas bromas. Una vez, cuando nos íbamos de vacaciones, bromeó con el personal de la aerolínea para que sentara a alguien igualmente pesado al otro lado del avión para que yo no inclinara el avión y lo hiciera volar desviado.

Poco a poco, con cada golpe, se fue deshaciendo de mi confianza. Con el tiempo ya no me sentí como un fuego furioso, lo odiaba, pero poco a poco me estaba convirtiendo en una llama inconstante de mi antiguo yo. Todavía puedo recordar cómo me sentí al estar tan llena de luz y energía, aunque no pueda reunir ni una gota para mí en este momento.

Me siento.

No, no voy a sentarme aquí sintiendo lástima de mí misma, y esperando que de alguna manera mi vida vuelva a encaminarse. Haré algo al respecto. Da mucho miedo, ver una vida a la que nunca pensaste que te enfrentarías, pero puedo manejarlo. Puedo volver a estar soltera. Tal vez la bailarina me hizo un favor cuando se le echó encima.

Me obligo a ponerme de pie y me balanceo con las fuertes emociones que corren por mi

cuerpo.

Ignorando la voz en mi cabeza que parece estar dispuesta a repetir las crueles palabras, en concreto, sobre lo mucho más ligera que es su nueva novia que yo, empiezo a caminar por mi apartamento. Trato de enfocar mi mente en una sola cosa a la vez.

Pero esas palabras negativas me fastidian y dan vueltas en mi cabeza. Tengo que deshacerme de todos estos pensamientos negativos.

¿Qué esperaba? Él me estaba haciendo sentir culpable y necesitaba una excusa. El ataque es la mejor forma de defensa, y sabía exactamente dónde clavar el cuchillo para asegurarse de que yo sangrara durante horas después de su ataque.

Mi peso es un punto muy delicado para mí.

Siempre he sido una chica de pechos grandes, pero mientras estaba con él no podía evitar que el peso se acumulara. Para ser justos, en parte fue culpa suya. Siempre dejaba de comer antes de las siete, pero a él le gustaba comer tarde, así que a menudo pedía pollo frito o pizza por la noche. Tomaba un par de trozos, y luego me obligaba a terminarla, porque me hacía sentir como si el desperdicio de la comida afectara de alguna manera a los niños hambrientos de África.

Pero ahora que lo pienso se burlaba de mi peso, incluso cuando nos conocimos y todavía estaba llena de curvas encantadoras, nunca me hizo ningún cumplido, o fue positivo sobre mi aspecto. Prefería hacer el amor con las luces apagadas y a menudo se sentía como si estuviera tratando de tocar lo menos posible mi cuerpo. El sexo no fue horrible al principio, cuando los dos todavía nos estábamos conociendo, nuestros gustos y disgustos, pero en los últimos seis meses había sido terrible.

Intenté todo para que las cosas cambiaran, haciendo todo lo que pude con la vana esperanza de que le excitara o le hiciera hacer algo más que rodar encima de mí, empujar durante unos minutos y luego rodar de vuelta. Oh, y por supuesto siempre le gustaron mis mamadas. Las que tenía tan regulares como un reloj. Tres, a veces cuatro veces a la semana. Hasta el punto de que sentí que eso era todo para lo que servía.

Llenando mi vientre con su corrida ligeramente amarga.

Se quedaba allí con los ojos cerrados, gimiendo, —oh nena sí, sí, justo así—, mientras yo trabajaba en él. Intenté fingir que me animaba, pero sabía en mi corazón que se imaginaba a otra mujer. Una mujer por la que se sintiera realmente atraído. Una mujer más delgada, más sexy. Una de esas mujeres que le había pillado mirando. Mujeres que no se parecían en nada a mí.

Supongo que incluso eso debería haber sido suficiente, en los últimos dos años, para aplastar completamente mi autoestima. Ahora miro mi cuerpo, con un par de vaqueros y una sudadera, y paso mis manos sobre él. No me gusta lo que siento. Los bultos y chichones. No estaban ahí antes de que empezara a comer sus pizzas y pollo sobrantes.

Sé que quiero cambiar, forjarme una nueva vida. Pero sus palabras siguen sonando en mis oídos, junto con cada comentario punzante que me ha hecho sobre mi aspecto. Las comparaciones

con las novias de sus amigos, dejando fotos de mujeres delgadas y tonificadas en su ordenador, comprándome ropa demasiado pequeña para mi cumpleaños porque quería regalarme algo con lo que trabajar.

Pero puedo lograr esto por mí misma y mi autoestima.

Eso es lo que tengo que seguir recordándome. Si quiero, puedo perder este peso y ponerme en forma. Sé que mis muslos nunca serán tan delgados como los de una modelo a menos que me muera de hambre, pero en realidad no quiero eso. Sólo quiero tener una talla en la que pueda ser feliz y sentirme hermosa.

Empezaré de nuevo. Saldré y seré yo misma por un tiempo. Comeré cuando quiera, tendré un gran sexo con un hombre que me crea atractiva, y controlaré el mando a distancia de mi propio televisor. Será genial no tener que bajar el asiento del inodoro cada vez que quiera orinar y limpiar la orina del piso cada maldito día. No tendré que escuchar su implacable voz de desaprobación cada vez que haga algo que no le guste, y francamente, eso se ha convertido en casi todo lo que hago. Dios, el otro día, se quejaba de mi forma de respirar. Puedo hacer una carga de lavado a la semana en lugar de tres. No tendré que chuparle su pequeño pene otra vez.

Sí, basta de ser un felpudo que él puede pisotear.

Mientras camino por el apartamento, una sonrisa se forma en mi cara. No quiero hacer esto por venganza. No quiero hacer esto por él. No, de hecho, si él hubiera sido un poco más amable conmigo sobre todo esto en el curso de nuestra relación tal vez me hubiera inclinado más a hacer algo al respecto antes de ahora. Dejé de caminar de repente. Nunca antes había pensado en ello, pero cada vez que insinuaba que estaba pensando en perder peso, él hacía todo lo posible para sabotearme de forma encubierta y sutil. Trajo dulces a la casa, ordenó más comida para llevar por la noche e hizo planes para que saliéramos a cenar cuando supo que yo planeaba ir al gimnasio. O de repente quería acurrucarse en el sofá con una película.

Por lo tanto, no voy a hacer esto para molestarlo. Voy a hacer esto a pesar de él. No porque lo quiera de vuelta, o porque quiera que se arrepienta de su decisión. No, no puedo imaginarme en un futuro próximo donde querría que Javier volviera a mi vida. Candance, eres bienvenida a quedarte con él.

Sólo quiero ser feliz con mi cuerpo de nuevo, para probarme a mí misma que la apasionada mujer que existía antes de que Javier la asfixiara con grasa y comentarios crueles sigue enterrada dentro de mí en algún lugar.

Empezaré esta noche. Ahora mismo.

## CAPITULO 4

### Laura

Siento que una ola de excitación me recorre el cuerpo. No tengo que preocuparme por interponerme en su agenda o de lo que él pueda pensar de mis actividades nocturnas. Puedo simplemente... hacer lo que quiera.

Lo que yo quiera.

Lo primero es lo primero. Entro en mi pequeña cocina y abro la nevera. Tomo la margarina de la estantería y, con gran satisfacción, la tiro a la basura. Vuelvo a la mantequilla. Luego abro el congelador y tiro a la basura el helado de leche de soja de mierda que tuve que fingir que era una buena alternativa al helado de verdad. Nunca más.

Y mañana reabasteceré toda mi cocina. Me desharé de toda la mierda de las cosas bajas en grasa llenas de químicos y volveré a comer comida natural saludable. Comida de verdad. Volveré a mis viejas costumbres. Comeré sólo cuando tenga hambre.

Vuelvo a la nevera y cojo por el cuello la cara botella de champán que estaba guardando para el cumpleaños de Javier. Ya no hay necesidad de eso. La saco, quito el papel de aluminio y saco el corcho. El champán burbujea y me río. Saco una copa de flauta del armario de la cocina y la lleno hasta el borde. Ojalá pudiera compartir esta botella con Valentina, mi mejor amiga, pero está de vacaciones con su hombre. No importa. Se trata de que yo recupere mi vida. Celebrándolo.

Llevo la botella y la copa a mi sala de estar. Me siento en el sofá y levanto las piernas. Cierro los ojos y tomo un sorbo. Burbujas frías golpean mi lengua. Sí, así es la vida. Esta es la forma en que cada ruptura debe ser manejada. Me levanto y pongo algo de música. Nada de esa basura pretenciosa que Javier nos hacía escuchar a los dos. No, sólo buena música soul y disco. Yo también sé exactamente lo que quiero escuchar.

La poderosa voz de Gloria Gaynor cantando “I will survive” llena mi sala de estar. Canto mientras bebo mi copa de champán.

— *Go on now go, walk out the door just turn around now* —, grito mientras bailo por la habitación. Si Javier estuviera aquí ahora, me diría que los vecinos de abajo pensarán que un bebé elefante se ha soltado en mi apartamento.

Pero no está aquí. Así que... ¡sí! Sobreviviré.

Acabo la copa y la relleno. Cuando ya me he terminado la tercera, estoy decididamente feliz.

Cuando Tom Petty y Stevie Nicks cantan “Learning to fly” una lágrima me corre por la mejilla. No por tristeza, sino por pura emoción. Sólo sé que esa va a ser mi canción. No tengo alas, pero voy a volar. Limpio la lágrima con el dorso de mi mano.

¿Y sabes qué más? Voy a empezar mi nueva vida con una explosión. Busco un poco de inspiración en el apartamento, y la encuentro escondida detrás del reloj en mi pequeña cocina. Un panfleto que me dieron cuando me inscribí en el gimnasio que está al final de la calle. Tenía tantas esperanzas de ir tres, tal vez cuatro veces a la semana, pero Javier se encargó de arruinar ese entusiasmo. Saqué el folleto doblado, y mi tarjeta de socio se cayó. La recojo y la miro. Fue hace más de un año. El pensamiento me hace sonreír. Nunca pudo matar mi espíritu porque he estado pagando por ello todo este tiempo. Esperando el momento adecuado para recuperar mi propia fuerza.

Eso es lo que haré. Iré allí ahora mismo y revisaré el lugar. No he ido desde mi inducción, pero sé que el lugar está abierto veinticuatro horas, y que siempre hay personal disponible para ayudar.

Camino a mi dormitorio y reviso mi armario para encontrar algo apropiado para entrenar. Saco mi sujetador deportivo y un par de leggings, la fina tela suave entre mis dedos, y no puedo creer lo nerviosa que estoy de repente. Es sólo el gimnasio, después de todo. Pero no es sólo eso. Es la enormidad de cambiarme a mí misma, quitando lo último de la mierda que Javier me dejó.

Vuelvo a la sala de estar, me tomo mi última copa de champán. Sé que no debería hacer ejercicio después de beber, pero el coraje holandés será bueno para pasar por la puerta donde sin duda estaré rodeada de animadas y perfectas conejitas de gimnasio. Espero a que el alcohol se asiente en mi sistema y mi cabeza zumba ligeramente. Bien, ya estoy lista. Puedo salir y hacer esto. Quiero hacerlo. Un buen sudor es exactamente lo que necesito.

No tengo trabajo mañana, así que no tengo que preocuparme por volver en cualquier momento. Puedo quedarme fuera toda la noche, si quiero, y quién sabe, tal vez lo haga. Vale, es una ilusión, sin embargo, es bueno saber que podría si quisiera.

Me pongo mi ropa de gimnasia y mis zapatos brillantes de neón, luego me giro de un lado a otro frente al espejo, mirándome, tratando de encontrar la confianza dentro de mí para salir al exterior vestida así. No me veo horrible, bueno, espero que no, pero la camiseta ajustada muestra todos los bultos y protuberancias de mi cuerpo que Javier odiaba tanto. Debo haber interiorizado esa aversión, porque son todo lo que puedo ver ahora, cuando me miro. Empiezo a buscar una camiseta holgada para esconder mis rollos de grasa, pero me detengo. No. Vuelvo al espejo.

Aprieto mis labios y tiro mis hombros hacia atrás y me miro a mí misma.

—Se ha ido y no vas a dejar que te afecte más—, le digo a mi reflejo.

Agarro un bolso y un abrigo, y me acerco a la puerta. Estoy lista para esto. Nueva vida aquí voy.

## CAPITULO 5

### Laura

Es más de medianoche en un viernes, y todavía hay mucha gente en la calle, probablemente saltando de un bar a otro en busca de un buen momento. Si Valentina hubiera estado cerca, yo podría haber sido una de ellos. Ella seguramente me habría arrastrado a celebrar este nuevo desafío. Ella odia a Javier con pasión.

Pero esta noche estoy haciendo algo bueno para mí. Miro por la calle y encuentro el gimnasio iluminado, todas las luces azules brillantes prácticamente me convencen para que entre. Me enfundo mi chaqueta con fuerza y me dirijo a la acera.

Llego a la puerta y miro a través de las puertas de cristal. Puedo ver una chica rubia en la recepción, y parece una de esas preciosas conejitas de gimnasio que inmediatamente me hace sentir como una montaña de manteca. Respiro profundamente un par de veces el frío aire de la noche.

Puedo hacerlo.

Puedo hacer esto, lo sé.

Me obligo a abrir la puerta y a entrar. Si dejo que mujeres como ella (que en realidad han conseguido con mucho trabajo lucir bien) me aparten de mi camino, nunca tendré el cuerpo que quiero, o la vida que merezco. Ella levanta la vista de su revista y me muestra una sonrisa amistosa cuando paso por el umbral. Mira... Eso no estuvo tan mal. Instantáneamente, me relajo, y me siento más a gusto que hace un momento.

—Buenas noches—, saluda alegremente. —¿Cómo estás?

—Estoy bien—, respondo, y en realidad no es una mentira. El alcohol me ha hecho sentir bastante tranquila y también estoy muy orgullosa de mí misma. Busco en mi bolsillo mi cartera, saco mi tarjeta de socio y se la paso.

—Tenemos un nuevo sistema ahora. Sólo tienes que deslizar tu tarjeta en uno de esos pequeños lectores de ahí. — Hace un gesto hacia un conjunto de torniquetes.

Los miro. No estaban allí antes. También puedo ver que el lugar ha sido realmente arreglado. —Ah. Está bien.

—Suda mucho hoy—, me dice mientras me vuelvo hacia los torniquetes.

Escaneo la declaración por si hay algún indicio de sarcasmo, no encuentro ninguno, y me dirijo a la amplia zona del gimnasio. Echo un vistazo a las máquinas. Aquí también ha habido muchos cambios. Más máquinas. Ha pasado tanto tiempo desde mi inducción que he olvidado

cómo usar cualquiera de ellas. El lugar está vacío, gracias a Dios, así que no tendré que preocuparme de que alguien más me vea jugar con el equipo.

Elijo una cinta de correr, me quito la chaqueta y la cuelgo al final. Hay espejos a mi alrededor e intento no mirar demasiado a ninguno de mis reflejos. Me pongo un mechón de pelo suelto detrás de la oreja, flexiono los dedos y sacudo las piernas. Bien. Bien. Luego, me subo a la máquina de correr. ¿Por dónde empiezo?

Miro la pantalla, pero hay muchos botones y programas de entrenamiento. Sólo quiero calentarme, hacer un poco de jogging ligero antes de sumergirme en algo más intenso. Presiono un par de botones experimentalmente, y todo comienza a inclinarse debajo de mí. Vale, esto no es exactamente lo que estoy buscando, pero al menos, sé dónde está el botón de inclinación ahora.

Me esfuerzo en volver a mi sesión de inducción gratuita de treinta minutos, pero todo lo que recuerdo de ese día es el chico guapo que estaba dando las instrucciones. Era alto y fornido, como es de esperar de cualquier miembro del personal en un lugar como este, con hombros fuertes y anchos que se estrechaban hasta una cintura más delgada y brazos que hacían que quisieras poner tus uñas en ellos.

No es que un tipo como ese estaría con una mujer como yo, por supuesto. No, probablemente esté saliendo con alguien más parecida a la hermosa y delgada chica de la recepción. Por mucho que lo intente, no puedo imaginarlo echándome una mirada. Y según recuerdo, no lo hizo.

Presiono otro botón con suerte, y la máquina me pita con rabia. Frunzo el ceño. ¿Qué demonios se supone que debo hacer con esta cosa?

Gracias a Dios, no hay nadie aquí para ver lo despistada que soy.

## CAPITULO 6

### Roberto

Lo primero que pienso cuando pongo los ojos en ella es que está muy buena.

La segunda cosa es oh, hombre, estás tan jodido.

Qué pedazo de culo. Dejé que mis ojos se desviaran por su cuerpo curvado. En serio. No puedo recordar la última vez que tuve una reacción tan intensa sólo por mirar a una mujer, pero me excita de maneras que ni siquiera puedo empezar a comprender.

Tal vez sea porque pasé demasiado tiempo con mujeres que creen que mantenerse en forma es lo más importante del mundo. Claro, hacen que la ropa se vea bien mientras caminan por una pasarela, pero honestamente, son tan *sexys* como un banco de parque vacío en un día de invierno. Una mujer debe tener curvas, y eso es de un tipo que está seriamente en forma. Claro, solía aprovechar el hecho de que paso cada hora de trabajo alrededor de cuerpos bronceados con spray, a menudo mejorados quirúrgicamente y tonificados, pero hoy en día no puedo despertar mucho interés en ellos.

¿Una mujer así? ¿Curvas reales?

Ahora, esta chica es una historia completamente diferente.

Lleva un par de leggings que se agarran a sus gruesos muslos y acentúan perfectamente la curva de su trasero. Su mitad superior está envuelta en un top de lycra rosa y negro, pero a pesar de los materiales elásticos, los mejores esfuerzos para mantener sus pechos contenidos, esos bebés casi se derraman.

Con una mano se cepilla los mechones de miel y el pelo rubio como el sol que se han salido de su cola de caballo y con la otra pica la máquina como si esperara que le explote en la cara.

Sí, una oportunidad perfecta. Es mi trabajo asegurarme de que todos mis clientes tengan la mejor experiencia posible. Me acerco a ella.

Ella escucha mis pasos y se da golpecitos en la cabeza. Diablos, no recuerdo la última vez que vi pestañas tan largas, como las de un camello. Y sus ojos son enormes charcos de caramelo. Y sus labios... Sus labios son gordos y rojos. Jesús, ya puedo imaginarme cómo se sentirán envueltos alrededor de mi pene. Mi pene se siente caliente y duro dentro de mis pantalones cortos. Abajo, *chico*. Soy demasiado viejo para tener una erección sólo por mirar chicas al azar.

Llego a su lado y sus mejillas están en llamas. Joder, eso es tan jodidamente bonito. Nos miramos el uno al otro. Hay un ruido en la recepción y me saca de mi estado de hipnosis. Diablos, estoy en el trabajo, y necesito relajarme antes de hacer algo que de lo que me pueda arrepentir. Pero hay algo en esta mujer que me hace querer tirarla al suelo de goma y follarla fuerte. Puedo

verla, con su pelo salvaje, su boca y su vagina hinchadas, rojas y abiertas rogándome que me la folle una y otra vez hasta que gotee con mi semen. No sé lo que ve en mis ojos, pero de repente cruza los brazos sobre su pecho y sale de la máquina tan rápido que sus pechos rebotan. Mis ojos los siguen. Están rellenos. Muy rellenos. Pienso en ella: desnuda y empalada en mi pene, mientras me llevo esos pesados pechos a la boca y le chupo los dos pezones al mismo tiempo. Está claro que le da vergüenza que la sorprendan sin tener ni idea de lo que hace, pero, joder, me siento mareado por mi cruda lujuria.

En lugar de mi habitual sonrisa profesional, estoy jodidamente seguro de que debo llevar una sonrisa de mierda. —¿Puedo ayudarle?

Aparta su mirada de la mía, y veo todo tipo de pensamientos volar por su agitada cara. Sus labios se separan, y ella pasa sus dientes a través de ese suave labio inferior.

—Em... sí. — Ella apunta a la máquina. —Yo sólo... Bueno...— Ella sacude la cabeza. —No tengo ni idea de cómo funciona esta cosa—, confiesa.

Esta mujer es una diosa. Estoy lo suficientemente cerca como para sentir el calor que sale de su cuerpo. Me aclaro la garganta. —¿No tuviste una sesión de inducción cuando te uniste?

Me mira a través de esas pestañas gruesas. —Sí—, admite tímidamente. —Pero fue hace mucho tiempo y no he venido desde....

—No hay problema. Es algo más común de lo que se piensa. — La confusión dentro de mi cuerpo no se muestra en mi voz. Sueno ligero y burlón.

Sonríe de repente, y se le ilumina toda la cara. La miro con asombro. ¿Dónde ha estado esta mujer toda mi vida? —Si quieres subir a la máquina, te puedo mostrar cómo funciona—, sugiero.

—No quiero quitarte el tiempo...— murmura, mirando insegura y esperanzada al mismo tiempo.

Hago un gesto mirando alrededor de la habitación y levanto las cejas. —¿Parece que estoy ocupado?

Ella mira hacia abajo y un mechón de pelo sedoso cae sobre su cara. Tengo que luchar contra el impulso de no alargarlo la mano y cepillarlo. —Confía en mí, es mi trabajo asegurarme de que todo el mundo haga bien sus ejercicios.

—Buen punto—, concede, y se sube a la máquina una vez más. Mis ojos se desvían hacia sus pechos. Quiero lamerlos.

—Entonces, ¿cómo hago funcionar esta cosa correctamente? —, pregunta.

Dejo de mirarla como un cachorro enamorado. —Déjame mostrarte donde encenderla...— Extiendo la mano y presiono el botón verde de inicio. La cinta de correr comienza a moverse debajo de ella. Mi brazo roza el suyo mientras voy a aumentar la velocidad, y el breve contacto

envía un escalofrío de deseo a través de mi sistema. Ella parece notarlo también. Porque se sobresalta sutilmente.

—Oh, claro—. Ella asiente, sus ojos están cuidadosamente apartados de los míos. Aunque no parece querer que me vaya todavía.

—Así que este botón controla la velocidad, y éste de aquí, la inclinación. — Le explico todas las demás funciones para que pueda introducir sus propios detalles en su programa de entrenamiento. —Y esta palanca roja de aquí es para hacer una parada de emergencia—, termino.

—Me queda todo muy claro—. Ella se lame los labios y siento el calor en mi ingle. — Entonces, ¿tú... trabajas aquí? —, pregunta.

—No, es mío—, digo simplemente. Puse todo lo que tenía en este edificio en mi veintisiete cumpleaños. Eso fue hace poco menos de un año. Desde entonces, he trabajado mucho y he hecho todo tipo de cambios. El lugar está floreciendo, me alegra informar.

—Oh, ¿en serio? — Se vuelve hacia mí, impresionada y genuinamente interesada. Presiona el botón que detiene la máquina y se apoya en el lateral de la misma. Como si estuviera lista para una conversación en lugar de un entrenamiento. Sonríe ante su franqueza. Me gusta esta chica. Me gusta mucho.

—Sí, desde hace un año—, me encogí de hombros, jugando limpio. —Debes haberte unido antes de que yo me hiciera cargo. — Me amartillé una ceja. —Me hubiera encantado supervisar tu inducción y elaborar un programa para hacerte sudar.

Sus pupilas se inflaman ante la insinuación. —Sí, a mí también me hubiera gustado—, susurra sin aliento.

Wow, siento su deseo como un rayo eléctrico en mi estómago. —¿Quieres que te de la inducción de nuevo? Sólo mientras te guío esta noche....

—Claro, ¿por qué no? — Hay un acento coqueto en su voz que me dice que está disfrutando de mi atención. No puedo imaginar que le falte atención. Con esa pinta, debe estar llena de tipos que buscan su número.

—Bien, entonces, empecemos de nuevo por las pesas—, sugiero, apuntando en la dirección de la sección de pesas libres.

Se presiona la nariz. —No sé si quiero usar pesas. No quiero ponerme grande y voluminosa.

—No lo harás—, se lo aseguro. —Las mujeres tienden a bajar de peso cuando levantan pesas. A menos que tomen muchos esteroides, es muy difícil que alguien como tú parezca un culturista.

—Oh, está bien—. Ella sonríe, relajándose. Me encanta su sonrisa. —Entonces, ¿qué debo hacer con ellos? — Ella mira el potro casi con miedo y a mí me cuesta no reírme. Es realmente adorable. Está mirando todo lo que hay aquí como si pudiera darse la vuelta y montar un poco en

cada una de las maquinas. Cuando lo único que le debería preocupar es que la monte yo. Porque me muero por acariciarla. Su labio, su cuello, su clítoris... quiero hacerla mía. ¡Quiero recorrer su cuerpo con mis manos y saber que yo le di el mejor sexo de toda su vida!

Me saco el pensamiento loco de mi cabeza.

¿Qué demonios me pasa? ¿Poseer a una mujer? Una vez tuve un par de encuentros nocturnos hace unos pocos meses. No tengo tiempo para una relación real ahora mismo. Por suerte, todavía está mirando las pesas y no ha visto la expresión de hambre en mi cara. Se inclina para recoger un par de mancuernas de tres libras, probando el peso de las mismas en sus manos, antes de volverse hacia mí.

—¿Cómo debo usar esto? —, pregunta.

Me acerco para quitarle las pesas. Nuestros dedos se tocan por un breve momento y me paraliza lo bien que se siente su piel junto a la mía. Dios, la deseo tanto que me duele. Me cuesta volver a orientarme. Esto es ridículo. Se supone que debo darle a un cliente una buena experiencia en el gimnasio, y aquí estoy prácticamente jadeando tras ella. —Estos son los mejores para el trabajo de la parte superior del cuerpo. Son bastante livianos, pero tienes que empezar con lo que te sientas cómoda. Aunque quizá quieras aumentar el peso para los ejercicios de la parte inferior del cuerpo....

Elijo un par de pesas de ocho libras y se las entrego, y ella las prueba, pero no parece encontrarlas demasiado pesadas.

—¿Parte inferior del cuerpo? — Hace eco.

Mis ojos bajan indefensos a sus piernas, la forma en que las mallas abrazan sus pantorrillas curvadas y esos muslos. Me imagino abriéndolos. De par en par.

—¿Qué clase de ejercicios trabajan esa zona?

—Sentadillas, elevaciones, zancadas—, respondo, tratando de mantener la cabeza recta. —¿Quieres que te muestre algunos de ellos?

—Adelante— y yo tomo las pesas y las vuelvo a poner en el estrado. Me pregunto si tiene alguna idea del efecto que está teniendo en mí. La forma en que me mira es prácticamente abrasadora, y cuando me vuelvo hacia ella se ha acercado un poco más. Puedo oler su perfume, dulce y con aroma a vainilla, y tengo que luchar contra el impulso de enterrar mi cara en su cuello y tomarla en ese mismo momento.

—Así que, en cuclillas—. Me muevo detrás de ella. —¿Quieres mostrarme cómo crees que debe ser una sentadilla?

—Seguro—. Se encoge de hombros, y cae entre sus pies y vuelve a subir. Aunque su forma no es muy buena, su trasero se ve fantástico mientras se levanta lentamente. Tengo que forzar a mí mismo a no pasar mi mano por su generosa curva.

—Bien—. Dejé salir un largo aliento que no me di cuenta que había estado aguantando. — Así que queremos tener cuidado cuando te pones en cuclillas. Mantén la espalda recta y las caderas bajas....

—¿Me muestras? —, dice. Joder, ¿cómo puede alguien hacer que esas palabras suenen tan jodidamente sucias? Me muevo a su alrededor para mostrarle como se hace, pero ella mueve la cabeza.

—No, pruébalo en mí. Necesito tener una comparación práctica si quiero hacerlo bien.

Ella retrocede un poco hacia mí, y pongo mis manos con cuidado en sus caderas. Maldición, se siente bien. Cálida, suave y tentadora. ¿Sabrá lo que me está provocando? En este momento, debe tener alguna idea. Yo la guío por sus caderas y ella me lo permite, y tengo la repentina imagen de hacer este mismo movimiento excepto que ella está encima de mí, montándome y dejándome marcar el ritmo. Siento que mi bulto empieza a endurecerse bajo mi pantalón una vez más. No estoy seguro de cuánto tiempo más podré aguantar esta presión.

Decido tentar a la suerte y apoyar mi mano en su espalda también. Su piel desnuda está bajo mis dedos por un momento, la curva y el arco de su espina dorsal me hipnotiza.

—Bien, así que caderas bajas, espalda recta—, digo, y me doy cuenta de que mi voz ha tomado un filo de asfixia que sólo está presente cuando estoy excitado. Ella retrocede otro centímetro hacia mí, para probar la posición, y baja un poco más. Mis manos aún están en sus caderas, pero mis ojos están enterrados directamente en ese hermoso trasero. Joder, me encantaría verlo rebotar de arriba a abajo mientras me golpea su vulva en mi pene.

Y luego, cuando vuelve a subir, su trasero roza mi erección. Debe haberlo sentido; me aparto de ella sorprendido, esperando que no me demande por acoso, pero en cambio se da la vuelta y veo un destello de deseo en sus ojos. Se muerde el labio inferior y deja que sus ojos bajen atrevidamente a mi erección y vuelvan a subir a mi cara. Joder, eso fue deliberado. Ella quiere lo que yo quiero.

—¿Pasarás la noche conmigo? — Me escucho a mí mismo preguntando. —¿Dónde vives? —, pregunta.

—A poca distancia—, respondo, sacudiendo la cabeza hacia arriba. Mi voz está ronca y mi mirada está pegada a sus ojos, como si el hechizo pudiera romperse y ella pudiera cambiar de opinión si miro hacia otro lado, aunque sea por un segundo. Pero la mirada en su rostro me dice que está segura de esto. Tan segura como yo. Mi polla está tan dura que prácticamente me duele cuando se estira contra los confines de mi ropa interior. Quiero agarrarla ahora mismo, inclinarla sobre una de las máquinas y follarla profunda y duramente, pero sé que no puedo arriesgarme a eso. Además, quiero tomarme mi tiempo con ella. Quiero mostrarle lo obsesionado que estoy con cada centímetro de su cuerpo, con cada deliciosa curva.

—¿Quieres ir a mi casa? — Sugiero, sabiendo que uno de nosotros tiene que decirlo eventualmente. Se muerde el labio y asiente con la cabeza, dejando que sus ojos recorran mi cuerpo y se queden en mi ingle.

No puedo creer que esto esté sucediendo. Una mujer sexy como ella entra en mi gimnasio, me pone duro, y luego me dice que quiere ir a mi casa y ocuparse de este ardor por mí. Es el material de las fantasías, pero esto está lejos de ser un sueño.

—Vamos—, murmuro.

Una sonrisa le sube a los labios una vez más, y voy a abrir la puerta trasera para que los dos no tengamos que preocuparnos de pasar a escondidas por la recepcionista. Lo último que necesito es que alguien de mi personal se entere de esto. Mientras nos apresuramos a la puerta, ella desliza su mano en la mía. Es una mano pequeña y suave y siento que me derrito poco a poco. Bien, esta va a ser una buena noche.

Una muy buena noche.

# CAPITULO 7

## Laura

En cuanto entramos por la puerta de su apartamento, me empuja contra la pared y me besa con fuerza. Mi cabeza da vueltas mientras su lengua pasa por mis labios y entra en mi boca. En un frenesí caliente, paso mis manos por sus fuertes brazos como si me aferrara a la vida. No puedo creer que esto esté sucediendo.

No puedo creer que esto esté sucediendo.

Sexo casual. ¡Wow! Este tipo de cosas nunca me pasan a mí. Espera a que se lo diga a Valentina. Ella tendrá un ataque al corazón. Nunca he hecho nada como esto antes en mi vida, pero tampoco nunca antes me había gustado tanto un chico en mi vida. Sólo con verle, acercándose a mí tranquilamente por el gimnasio, fue suficiente para que mi pulso se acelerara.

Un poco de coqueteo no haría daño, me dije a mí misma, y antes de darme cuenta estaba frotándome contra su polla junto a las pesas libres y preguntándome cuán rápido podría llevarlo de vuelta a mi apartamento. Me alegro de que hayamos terminado aquí. Hay algo en el peligro y la cantidad de desconocimiento de un lugar extraño que realmente me pone a mil. En lugar de preocuparme por si la ropa está guardada y el suelo del baño está lo suficientemente limpio, puedo concentrarme en lo que este hombre le está haciendo a mi cuerpo.

Es tan sexy. Ni siquiera sé su nombre y él no sabe el mío, pero no importa. Todo lo que necesito de él ahora mismo es su tacto, su cuerpo, y esa polla gruesa y dura que sentí a través de sus pantalones. Se presiona contra mí como si leyera mis pensamientos y yo me engancho una pierna detrás de él, atrayéndolo hacia mi centro, y me aplasto contra su erección.

Joder, debe tenerlo grande.

Puedo sentir que se esfuerza a través de la tela de sus pantalones cortos por salir, palpita con voluntad propia. Mi cuerpo ya está sufriendo deseando que esté dentro de mí. Gime con placer, tan fuerte que hace eco en todo el apartamento. Me pone la mano debajo del culo y me engancha para que pueda envolverlo completamente con mis piernas. Jadeo mientras me levanta del suelo. Es tan fuerte, tan poderoso, tan controlado, y por unos minutos me pierdo en un beso alucinante.

Besa como si hubiera besado a muchas mujeres antes que yo. Siento una punzada de celos, aunque sé que es ridículo. Sólo lo quiero para mí sola. Rastrillo mis uñas en su espalda, sintiendo cómo los músculos se flexionan mientras me mantiene erguida. La forma en que me sostiene me hace sentir delicada y pequeña. Todo se siente perfecto y sólo puedo pensar en lo increíble que es que un tipo como él, que sin duda podría tener cualquier conejita de gimnasio que quisiera, realmente parece estar interesado en una mujer como yo.

Profundos misterios del subconsciente, supongo...

Me aparta de la entrada y me lleva hacia lo que supongo es su dormitorio. Abre la puerta de un empujón y me tira sobre la cama. Me río mientras aterrizo. Esto es muy divertido y aún no hemos empezado. Me siento, pero él me empuja hacia atrás. Se pone encima de mí y esta vez sus manos viajan hambrientas por todo mi cuerpo como si quisiera memorizar cada centímetro de mí.

Sé exactamente cómo se siente. Sigo el rastro con mis dedos sobre sus músculos, a través de su piel, deleitándome con la suave sensación de su tonificado cuerpo, perdiéndome en él. Cepillo mis dedos a través de su corto pelo marrón, tirando de su cabeza hacia atrás para poder mirarlo una vez más, como para recordarme a mí misma que sí, esto está sucediendo realmente y sí, esto es increíblemente auténtico. Tiene una ligera barba que sé que me va a dejar un sarpullido en la cara cuando me bese bajando hacia mi cuello, y sus ojos azules se ven oscuros con la luz de esta habitación.

Me mira fijamente un momento, como si hiciera lo mismo, y luego se lanza a besarme una vez más, presionando sus labios contra mi cuello, encontrando ese punto sensible donde mi garganta se encuentra con mi oído y se queda allí un momento. Los dedos de mis pies se enroscan en mis zapatillas. Joder. Joder.

Se mueve hacia atrás y engancha sus dedos en la parte superior de mis leggings.

Me alegro de tener todo ese champán todavía en mi torrente sanguíneo. Seguro que ayuda a quitarme mis inhibiciones y el nerviosismo. En cualquier otro momento me habría asustado tanto la idea de dejar que un total extraño, especialmente este divinamente perfecto espécimen de masculinidad me desenvolviera y viera todas las imperfecciones que hay debajo. Pero el alcohol mezclado con el deseo embriagador es suficiente para mantenerme disfrutando del ahora en el momento en que comienza a bajar mis mallas.

Gracias a Dios, me puse un par de calzones muy sexys esta noche. Observo cómo se desliza entre mis piernas, sin apartar la vista de la carne que se le revela lentamente. Me quita los zapatos y los calcetines uno por uno antes de quitarme los leggings desde la planta de los pies. Sube lentamente, inclinándose para besar mi pie antes de subir a mis pantorrillas, y finalmente sigue besando la parte interior de mi muslo.

Juro por Dios que cada músculo de mi cuerpo se contrae con la dulzura de su toque, y me duele la espera de sentir su boca en algún lugar un poco más satisfactorio, pero parece decidido a hacerme disfrutar de un placer tortuosamente pausado. No quiero precipitarme, pero siento que me estoy volviendo loca de deseo.

—Tus piernas fueron lo primero que noté de ti—, murmura, pasando sus manos por mis muslos unas cuantas veces más como si no se cansara de ellas. Cierro los ojos y vuelvo a meter la cabeza en la almohada, soltando un suave gemido. Hay algo tan loco e intoxicante en ser deseada así, más de lo que cualquier cantidad de champán podría haber hecho por mí.

—Bueno, y tu culo—, me sonrío juguetonamente, y sé lo que viene un instante antes de que lo haga; me agarra de los tobillos y me da la vuelta, así que aterrizo en el suave lío del edredón con un pequeño chillido de excitación.

—Mmm...— Gime desde atrás, y miro atrás para verlo pasar sus manos sobre mi trasero,

masajeando mi carne con hambre, como si fuera todo lo que siempre ha querido. Se inclina y cierra los ojos y besa ese punto justo donde mi muslo se encuentra con mi trasero y siento que algo se derrite dentro de mí. Bien, este tipo está bueno. Este tipo está muy bueno. Me encanta lo seguro que es, lo mucho que se divierte, lo desesperado que está por conocer cada centímetro de mí. En este momento, sé que haría cualquier cosa que este tipo me pida. Nunca he estado tan mojada en mi vida, y él ni siquiera me ha quitado las bragas todavía.

Se mueve hacia arriba, besándome la espalda. El sujetador deportivo que llevo tiene un cierre en la espalda, y cuando lo alcanza, lo desabrocha y lo empuja por mis hombros para que mi espalda quede desnuda ante él. Me sube la mano por la columna y se agarra a mí, con su aliento caliente soplándome en la nuca.

Oh, Dios, necesito sentir algo dentro de mí. No me importa qué ahora mismo, pero necesito darme algo que me alivie. Me agarro de su mano, la que ha estado en mi cadera y la mantiene firme, y la subo a mi boca. Separo mis labios y tomo dos de sus dedos, chupándolos ligeramente, dejando que mis dientes se arrastren contra las yemas. Él lanza un gemido y siento su pene moviéndose con fuerza contra mi culo.

—¿Qué quieres que te haga? — pregunta, con su voz profunda y hambrienta en mi oído.

Mi mente gira con las posibilidades. Ni siquiera sé por dónde empezar. Retira sus dedos de mi boca, trazando su humedad a través de mis labios por un momento o dos mientras me da tiempo para pensar en mi respuesta.

—Cualquier cosa—, respiro en respuesta, sabiendo que salir con algo así a alguien que apenas conozco es peligroso, pero no me importa ni un poco. En este momento, lo digo en serio. Quiero rendirme completamente a su conocimiento y experiencia.

## CAPITULO 8

### Laura

—Hmmm—, ronronea en mi oído. Inclinandose hacia abajo tira de mi lóbulo entre sus dientes. —¿Alguien se ha comido este culo?

—¿Eh? — Levanto mi cabeza, para asegurarme de que lo escucho bien.

—¿Lo has hecho? — pregunta, mientras me besa en los hombros y me pasa la mano entre las piernas. Mi cuerpo está respondiendo a la idea de ello. Mi mente está zumbando de deseo por ello. No veo por qué no debería al menos intentarlo.

—Nadie lo ha hecho—, lo admito. —Pero... me gustaría que alguien... tú....

Se ríe suavemente, como un lobo grande y malo. —Esta noche, nena. Te hare lo que nadie te ha hecho.

Se abre camino por mi columna, y enganchando sus dedos alrededor de mis calzones los tira lentamente por mi cuerpo. Miro por encima del hombro para verle trabajar. Me mira y luego se inclina para encender una lámpara de cabecera. La luz amarilla se acumula a nuestro alrededor. Oh, Jesús. Había suficiente luz que venía de la sala de estar. Pienso en todas mis partes feas.

—Er... ¿necesitamos tanta luz?

—Quiero ver cada parte deliciosa de ti—, murmura, presionando un beso sorprendentemente tierno contra mi sien antes de deslizarse entre mis piernas.

—¡Oh! — Él realmente piensa que soy deliciosa.

Me pasa la mano por debajo, me levanta un poco, y luego toma mi centro con la palma de la mano. Gimoteo y trato de apretarme contra él, para encontrar algún tipo de alivio, pero no me ofrece ningún tipo de satisfacción. Quiere que sufra. Y yo estoy sufriendo.

—Diablos, estás tan mojada—, gruñe, como si mirar mi vagina mojada le volviera loco. Retira su mano y me jala las caderas hacia atrás, como lo hizo cuando me mostraba la postura correcta en cuclillas. Pero esta vez, mi culo desnudo está en el aire, el sostén se desliza de mi torso y me deja completamente desnuda, en la cama de este extraño. Queriendo esto. Lista para esto.

Planta un suave beso en la mejilla de mi culo, su aliento cálido en el frío hormigueo de la habitación. Aprieto mis manos en las sábanas. Nunca antes había pensado en hacer algo así, pero desde que se ofreció puedo sentirme palpitante con la necesidad de hacerlo.

Me extiende los glúteos lentamente, dejando escapar un suave gemido mientras lo hace. — Increíble, te ves bien así.

Saber cuánto me excita el solo hecho de verme, envía otra oleada de deseo a través de mi cuerpo. Mi clítoris está palpitando deseando llamar su atención. Siento su aliento caliente en mi culo virgen, y entonces, se inclina hacia adelante y lame.

—Oh Dios...— Gimoteo en voz alta tan pronto como siento su boca sobre mí allá atrás. Esto es tan caliente. Me rodea con su lengua, moviéndose lentamente, consiguiendo un placer desconocido para mí; su lengua es cálida y suave y amorosa, como si quisiera que disfrutara cada segundo de esto. Desliza una mano sobre mi espalda, sosteniéndome en su lugar, y mueve su otra mano hacia abajo y entre mis piernas. Encuentra mi clítoris rápidamente, presionando ligeramente sus dedos aplastados contra mi doloroso clítoris sensibilizado y masajeándome suavemente.

Mi boca se abre.

Mierda. ¿Cómo es que nunca he hecho esto antes? La combinación de sensaciones y el conocimiento de que me quiere tan desesperadamente que me sacó del gimnasio y me trajo de hasta aquí para poder darme placer de todas las maneras que sabía, me empujaba a querer ir con él a donde nunca había ido con hombre, más lejos que con nadie. Observo como mis manos se flexionan en las sábanas frente a mí, todavía luchando por creer que esto realmente me está pasando. Siento como si me fuera a destrozar.

—Oh, justo ahí—, jadeo.

—Eres tan jodidamente sexy—, murmura, su aliento caliente contra mi piel una vez más, antes de volver a sumergirse, lamiéndome y sondeándome suavemente con su lengua como si no se cansara de mí. Dejo caer mi cabeza hacia adelante y me rindo tratando de hacer cualquier cosa menos dejar de disfrutar esto, quiero entregarme por completo. Es tan bueno en esta tarea. Me masajea el clítoris un poco más fuerte que antes, con un poco más de intención, y me quejo suavemente una vez más.

—No te contengas—, ordena, y me doy cuenta de que hasta ahora he intentado mantenerme callada, no hacer mucho ruido, Javier siempre se había quejado de mis sonidos por lo que había reprimido esa parte de mi repertorio sexual. Giré la cabeza hacia un lado y solté un fuerte y gutural gemido de placer, y me atacó con más intención que antes, reaccionando ante mí, respondiendo a lo mucho que me gusta esto.

—¿Vas a tener un orgasmo por mí? —, pregunta, su voz se vuelve más dura que antes, y me doy cuenta de una vez lo cerca que estoy de acabar. Cada músculo de mi cuerpo está tenso mientras me arrastro hacia el clímax. El primer momento en que lo vi en el gimnasio fue el comienzo de nuestros juegos preliminares, y ahora aquí estamos, y apenas puedo aguantar un segundo más. Me empujo hacia arriba, jadeando por aire, arqueo mi espalda y me aplasto contra su mano. Él hunde sus dedos en la piel de la parte baja de mi espalda y está claro que esto lo está calentando tanto como a mí, y eso es todo lo que necesito para llevarme al límite.

—¡Mierda! — Lloro, la palabra brota de mí antes de que pueda detenerla. No es que quiera decirla. Mis paredes se aprietan fuerte y él se queda quieto en mi clítoris, dejándome marcar el ritmo con mi frenético rechinar. Me da otro beso en la mejilla y se despliega lentamente, besándome desde el coxis hasta la parte superior de la columna vertebral, como si quisiera saber

a qué sabe cada centímetro de mí.

—Necesito follarte—, dice mientras me llega a la cara y sé que es la verdad. Porque mi coño está deseando que él también esté dentro de mí. No puedo esperar ni un segundo más. Y sé exactamente cómo quiero hacerlo.

Arrastra sus grandes manos por mi costado y, tomando mis generosos pechos, toma mis pezones entre su pulgar e índice, y luego los pellizca. Con fuerza. Eso hace que se escape un grito de mis labios. Ahora está más duro que antes, apretando su polla contra mi costado como si apenas pudiera esperar. Mi corazón late tan rápido que temo que pueda salir disparado de la parte delantera de mi pecho. Estoy tan excitada que apenas puedo contenerme.

Se desnuda rápidamente y coge un condón de la mesita de noche; se lo quito, sonriendo un tímidamente.

—Permíteme—, le ofrezco.

Inmediatamente, se acuesta en la cama y levanta las cejas expectantes. Sólo quiero tener la oportunidad de ver su hermoso cuerpo antes de hacer lo que tanto he estado esperando. No tengo ni idea de lo que un tipo con este aspecto hace con alguien como yo, porque es así, divinamente hermoso. Miro hambrienta sus músculos perfectamente esculpidos. Su cuerpo está tenso y delgado, mientras que el mío es suave y lleno de curvas. Tengo que admitir que nos vemos bien uno al lado del otro, como si encajáramos, contrastando los cuerpos uno con el otro.

Me doy la vuelta y sus ojos casi se salen de sus órbitas al ver mis pechos.

—No te muevas—, me ordena.

Me congelo. —¿Qué?

—Quiero mirarte.

Exhalo el aliento que estaba conteniendo y dejo que sus sorprendentes ojos azules se den un festín en mí.

—Adelante—, dice, con su voz llena de lujuria.

Me acerco a él y él se inclina hacia adelante y apretando mis dos pechos juntos, succiona ambos pezones en su cálida, húmeda y aterciopelada boca. Lo observo con asombro. Él mira hacia arriba y nuestros ojos se encuentran. Nunca antes un hombre había adorado mi cuerpo como lo está haciendo. Mis pechos empiezan a palpar de placer. Cuando mis pezones salen de su boca, están hinchados y hormiguean.

Se inclina hacia atrás y con un rápido y suave movimiento se quita los pantalones y la ropa interior.

¡Oh Jesús! Mis ojos se abren de par en par con el shock. Su pene es un espectáculo para contemplar. Enorme. Gruesa. Y de aspecto aterciopelada. Debe haber 25 centímetros ahí, es el

tipo de tronco que pide ser montado. Cuando le miro a la cara, me está mirando.

—No hay muchas chicas que puedan aguantar mi herramienta—, advierte.

Puedo creerlo. —Puedo—, susurro. Su pene me está llamando. Javier nunca pudo satisfacerme. Era demasiado delgado, demasiado mediocre. Soy una chica grande y necesito un hombre grande que me llene.

Sonríe lentamente, como un lobo, con sus ojos moviéndose por mi cuerpo. —Sí, creo que puedes.

Abro el condón y me pongo a horcajadas con su enorme polla en mi mano, la acaricio de una manera que espero que resulte. Me muerdo el labio y él se acerca para rozar su pulgar en mi boca.

—Me encanta cuando haces eso—, murmura, con una mano apoyada en mi muslo.

Le pongo el condón encima. Envolviendo mis dedos alrededor de él, lentamente lo acaricio un par de veces. Si no estuviera tan desesperada por sentirlo dentro de mí, habría pasado felizmente el resto de la noche haciéndolo venir con mi boca. Nunca me gustaron mucho las mamadas con Javier, pero con este hombre, quiero adorar su miembro de todas las maneras posibles.

Me agarra de las caderas cuando me levanto por encima de él. Puedo sentir la cabeza de su pene empujando contra la entrada de mi húmeda y lista abertura. Una parte de mí quiere deslizar el grueso eje hasta el interior. Pero otra parte de mí quiere tomarse su tiempo, hacer esto despacio, saborear cada segundo. Así que, sin apartar mis ojos de los suyos, lentamente, lentamente, lentamente lo llevo dentro de mí.

## CAPITULO 9

### Laura

Oh mierda, es tan grande que se estira y me llena hasta el último espacio de la vagina. No me sentí así ni siquiera cuando perdí mi virginidad. En ese momento sé que estaré insatisfecha para siempre por cualquier otro hombre.

Inclina la cabeza hacia la almohada y aprieta los dientes, como si tratara de evitar acabar en ese momento. Me encanta el efecto que tengo en él. Hay algo embriagador en saber que le gusta tanto que tiene que luchar para no perder el control. Se siente increíble dentro de mí, abriéndome para que esté en algún lugar en ese espacio perfecto entre el dolor y el placer. Inclino mi cabeza hacia atrás y separo mis labios, y él pasa sus manos por mi cintura, por mis pechos, por mis brazos.

—Te ves increíble—, gruñe, arrastrando sus uñas sobre mi piel y haciéndome retorcer.

Empiezo a balancear mis caderas hacia adelante y hacia atrás, tomándome mi tiempo, acostumbRANDOME a la sensación de él dentro de mí. Ha pasado mucho tiempo desde que me follaron, realmente me follaron, y nunca jamás así, pero no quiero apresurarme. Me encantaría que esto durara toda la noche.

Me deja marcar el ritmo al principio, y simplemente se queda ahí y me mira mientras le monto la verga. Me encanta la sensación de sus ojos en mí, en mis pechos. Me encantó la sensación de su mirada de admiración desde el momento en que me vio al otro lado de la habitación en su gimnasio.

Ni una sola vez en mi vida me he sentido tan deseada por alguien. En realidad, me siento casi borracha por el poder de su atención. Empiezo a rebotar sobre él, presionando mis manos en su pecho bien musculoso y usándolo como palanca para llevarlo lo más profundo posible dentro de mí. Me sube la mano por la espalda y me mete los dedos en el pelo, tirando un poco hacia atrás para exponerme la garganta, y se sienta para pasarme la lengua por el cuello como si estuviera probando el postre más delicioso del mundo.

Y entonces, y sólo entonces, comienza a igualar mi ritmo.

Es tan fuerte que tengo que aferrarme a él para no ser arrojada a través de la cama. Pongo mis brazos alrededor de sus hombros mientras se mete en mí, igualando el ritmo que he marcado, su pene entra más profundamente en mí, como nunca antes. Nunca he sentido este tipo de satisfacción antes de él. Me siento satisfecha, completa y totalmente excitada, y me doy cuenta en un instante que todos los otros chicos con los que he estado antes de este nunca me habían apreciado de verdad.

Este hombre quiere cada parte de mí, y no tiene miedo de hacérmelo saber y ni siquiera sé su nombre. Me inclino hacia atrás para besarlo, nuestras lenguas bailando mientras él reduce su ritmo

por un momento y me deja rodar mis caderas hacia adelante y hacia atrás. Tan pronto como nuestras bocas se separan, vuelve a follarme con fuerza. Me dejo caer en sus brazos, permitiéndole que me use como le parezca, y ligeramente hundo mis dientes en la carne expuesta de su hombro. Gruñe de placer, en realidad gruñe, y me empuja de vuelta a la cama para que él esté encima.

Lo envuelvo con mis piernas, enganchando mis tobillos a su espalda y tirando de él profundamente dentro de mí, y no necesita más orientación. Se sienta, tirando de mis caderas hacia él, y sus ojos recorren mi cuerpo de arriba a abajo mientras me lleva a su ritmo a través de oleadas de placer. Su lengua se desliza por sus labios por un momento, como si estuviera considerando todo lo que va a hacer conmigo, y luego cierra los ojos y echa la cabeza hacia atrás, apretando la mandíbula una vez más. Puedo decir que se está acercando a su clímax.

No quito los ojos de su cara. Quiero ver esto, verle ceder a lo mucho que me quiere. Siento mi vulva apretando una vez más, apretando alrededor de su pene, y para mi sorpresa me doy cuenta de que yo también estoy cerca de irme de nuevo. Levanto mis manos y las paso por su cuerpo, forzándome a recordar este momento, este sentimiento. Tengo el presentimiento de que volveré a sentirme así muchísimo más en el futuro.

—Me voy...— Ruge mientras se mete dentro de mí, profunda y duramente, una última vez.

Se viene con fuerza, todo su cuerpo temblando, y momentos después me encuentro en el mismo lugar, cada centímetro de mí temblando de placer mientras el segundo orgasmo me eleva y explota sobre su pene. Se mantiene dentro de mí, como si no pudiera admitir que esto ha terminado todavía, mientras dejo que mi respiración vuelva a la normalidad.

Miro hacia abajo y veo su pene todavía enterrado en mi vagina, y la vista de nosotros conectados así es suficiente para enviar otro escalofrío de deseo a través de mi carne.

Se retira lentamente y se deshace del condón, antes de volver a caer en la cama a mi lado. Estoy agotada, y parece que él también. Extiendo la mano para jugar con su pelo, girando un mechón alrededor de mi dedo, y me mira y sonrío, amplia y arrogantemente.

—¿Hambre? — pregunta, y por un segundo mi estómago se tambalea, sin saber si se está riendo de mí. ¿Está usando mi aspecto como una especie de broma pesada en mi contra? Pero no hay nada más que sinceridad en sus ojos, y me encogí de hombros, levantando las mantas y rodeándome con ellas.

Frunce el ceño. —No te escondas de mí.

—No, no, está bien—, sacudo la cabeza. —No quiero...— Me quedo atrás, no estoy segura de lo que quiero decirle. No es como si no me hubiera visto cada centímetro de mí, y aun así, por alguna razón, siento que debo contenerme. Como si quisiera aferrarme al último hilo de inseguridad, si me ve así, fuera de la agonía del deseo, puede que se disguste conmigo de la misma manera que Javier.

—Pero quiero verte, nena—, dice y me quita las fundas de alrededor de mi cuello, de mis pechos y de mis piernas.

No digo nada mientras deliberadamente deja que sus ojos fluyan por mi carne desnuda. — Ahora abre tus piernas para mí—, ordena.

Dudé por un segundo, luego ensanché mis muslos, y él miró mi coño hinchado con satisfacción, como si acabara de conseguir la mujer más caliente del mundo. Luego arrastra sus ojos hacia los míos. —Ahora, antes de volver a follarte, te he preguntado si tenías hambre.

—Supongo—, lo admito, y se levanta de la cama, pavoneándose gallardamente por la puerta. No puedo quitarme la sonrisa de la cara. Él... en realidad quiere que me quede. Quiere que me quede, incluso después de que hayamos terminado de hacerlo. Escuché un poco de ruido en su cocina, y regresó unos momentos después con un pote de helado en la mano. Tiene un par de cucharas con él, y me lanza una.

—Llevo todo el día deseando esto—, se cae en la cama de lado y sonríe ampliamente. Le parpadeo, un poco nerviosa.

—¿Cómo te llamas? — Pregunto, mirando al hombre hermoso y perfecto tendido en la cama frente a mí, que parece completamente cómodo y relajado en mi presencia.

—Ro. Roberto Veliz—, estira la mano y yo la tomo. —¿Tú?

—Laura Fernández—, respondo, riendo. —Encantada de conocerte.

—Ese fue uno de los saludos más inspirados con los que me he encontrado en mi vida—, comenta, destapando la tapa del helado y ofreciéndomelo. Intento evitar que mi cara muestre mis pensamientos. Si hubiera intentado comer helado después de tener sexo con Javier, se habría sentado allí con una mirada burlesca en su cara, proyectando en silencio todos sus cuentos sobre mi gordura. Miro la tapa. Un helado de vainilla de buena calidad y lleno de grasa. Sonrío.

Vale, así que este es un hombre quiere conquistar mi corazón.

Introduzco mi cuchara en el recipiente y recojo una cucharada generosa de helado. La meto en mi boca y cierro los ojos. Sabe tan bien. Me cuesta recordar la última vez que comí un helado de verdad.

—Esto es delicioso—. Suspiro, chupando la cuchara. El frescor del helado después del calor de nuestros cuerpos uno al lado del otro es extrañamente erótico. No se ha molestado en ponerse ropa. Se gira para mirarme y yo suspiro fuertemente.

—¿Frío? — pregunta, pasando sus dedos por mi brazo.

Sacudo la cabeza. —No—, respiro, temblando al tocarle. Él sonríe. —¿Caliente?

—Un poco.

Se inclina para darme un beso en la clavícula, y su boca está fría por el helado. Se siente bien.

—El más pequeño gemido se escapa de mis labios, interpretando correctamente mi reacción. Alcanza el recipiente de helado y saca un pequeño trozo. Por un momento, creo que está a punto de darme un bocado, pero en cambio deja que el helado se deslice de la cuchara y se acumule en mi clavícula.

Cierro los ojos. Vaya, se siente tan bien. La frescura contra el calor de su aliento mientras se inclina para besarme es... increíble, es casi demasiado. Tiemblo bajo su tacto mientras lentamente se ocupa del helado que se derrite en mi piel. Él sabe exactamente lo que está haciendo y yo soy completamente incapaz de resistirme a él. Me roza sus labios helados en el cuello y brevemente nuestros labios se tocan de nuevo, antes de que se tire hacia atrás para tomar otra bola de helado. Esta vez, se inclina hacia adelante y lo rocía juguetonamente por mi cuello, dejando que el frío se deslice por mi piel y hacia mis pezones, que ahora están en plena tensión..

—Veamos dónde más puedo refrescarte, ¿eh? —Murmura y antes de que me dé cuenta se ha zambullido hacia mí una vez más, ocupándose del goteo derretido que se curva sobre uno de mis pechos. Me inclino hacia atrás y cierro los ojos. ¿Helado y sexo? Un hombre creado para mí. Y varias otras partes de mí, también. Para cuando él gotea helado frío en mi clítoris, me mareo de lujuria. La calidez de su boca al agarrarse a mi clítoris frío es más de lo que puedo soportar.

Grito.

## CAPITULO 10

### Laura

—Tengo algo que preguntarte y sé que va a resultar un completo cliché...

¿Un completo cliché? Eso debería ser una buena noticia, seguramente. Trato de parecer casual, aunque mi corazón no deja de latir como un tren fuera de control. ¡Dios, esos ojos suyos! Podría ahogarme en ellos. ¿A cuántas mujeres ha arrastrado bajo su hechizo con esos ojos?

—No me gusta nada más que un buen cliché por la mañana—, me río. Qué broma tan poco convincente. ¿Por qué tengo que ser tan patética? Supongo que me pone nerviosa de una manera divertida y agitada. No sé cómo estar con él y quiero ser especial, mostrarle la mejor versión de mí, pero no fui especial anoche, y mira dónde estamos ahora.

Mira donde estoy ahora.

Me acaricia la mejilla y sonrío. Bien, no estuvo tan mal si todavía tiene esa mirada en sus ojos. —Entonces esto te va a emocionar mucho, porque es una pregunta tan cliché como las que vienen. ¿Qué vas a hacer en Año Nuevo?

Y así como así, el tren que va a toda velocidad en mi pecho se detiene repentinamente. Eso es lo que él considera un cliché. Nadie me ha dicho nunca eso. En toda mi vida. Cuando se trata de fechas importantes, el día de San Valentín y la víspera de Año Nuevo son más o menos los perros grandes. Lo máximo. Nadie me ha invitado a salir en Año Nuevo antes, lo que es decir algo, ya que ayer me quedé soltera por primera vez en tres años.

—¿Año Nuevo? — Me quedo parada mientras mi cerebro se pone en marcha. ¿Esta noche? Jesús, quiere salir conmigo esta noche? ¿En serio? ¿Yo?

Ni siquiera había pensado en lo que iba a hacer esta noche. Probablemente habría comprado una tonelada de sushi y una botella de vino. Diablos, a quién engaño, dos botellas de vino y un poco de chocolate para completar el festín. Entonces me habría dejado caer en el sofá a ver la televisión, sola. Tal vez también lloraría un poco. Ni siquiera se me pasó por la cabeza que algo así pudiera estar pasando. Un hombre quería que fuera parte de su noche o que empezara el año nuevo con él.

¿Cómo diablos pensé que Javier valía mi tiempo?

Juega con un mechón de mi pelo, dándole vueltas distraídamente entre sus dedos. —Sí. Ya sabes, siempre cae en el treinta y uno de diciembre, el último día del año. Que resulta ser esta noche. La gente a veces sale por la noche para dar paso al año nuevo. Se divierten. Incluso pueden beber demasiado champán. Tal vez demasiado.

—Hablas como un hombre que ha experimentado esto de primera mano.

—Tal vez lo he hecho. En mis días de juventud—. Compartimos una risa, la mía es una risa nerviosa porque todavía no puedo creer que me lo pida. Entonces se pone serio. —¿Y? ¿Qué dices? Ven conmigo a una fiesta esta noche.

—Una fiesta elegante, ¿eh? — Pregunto, y luego me ruborizo furiosamente. Desearía poder estirar la mano y sacar las palabras del aire y volver a meterlas en mi boca. Una fiesta elegante. Por el amor de Dios. ¿Qué edad tengo?

Él sonríe. —No es súper elegante. Tal vez medianamente elegante.

Un poco de fantasía. ¿Qué diablos significa eso? ¿Cuál es su idea de elegante? No encajaré si va a estar lleno de gente rica y segura de sí misma.

Frunzo el ceño mientras reflexiono sobre esto, y su sonrisa se calienta y adopta una mirada compasiva. —Oye. Sólo te estoy tomando el pelo. Será una buena fiesta, pero nada exagerado. Aun así, sé que sería el hombre más afortunado de la habitación si entrara contigo del brazo. Te quiero allí conmigo.

Se le cae el pelo que ha estado dando vueltas y pasa su pulgar sobre mi labio inferior, haciéndome temblar. Espero que no se dé cuenta. Por la sonrisa ligeramente burlona de sus labios, creo que lo hace.

—¿Y? ¿Te recojo esta noche, o te recojo esta noche?

Tengo que reírme. Es demasiado. —Me recogerás esta noche.

Su boca se curva en las esquinas con una lenta sonrisa. —Has tomado la decisión correcta.

—También he tomado una decisión que requiere mucho tiempo—. Miro el reloj que está al otro lado de la habitación. —Tengo que irme para poder prepararme.

Me mira de arriba a abajo, sus ojos se estrechan peligrosamente y de forma sexy, pero entonces me doy cuenta que todo lo que hace es sexy. Estoy bastante segura de que ni siquiera es humano. —Te ves muy bien para mí en este momento, tal y como estás.

¿Qué mujer no se derretiría al oír esas palabras que salen de su boca? Tengo que controlarme, o podría acabar de nuevo en el suelo y ocupar aún más tiempo de mi día. —Gracias, pero no sé si tus amigos o quienquiera que esté en esta fiesta estará de acuerdo contigo. A menos que la fiesta sea aquí, en esta cama.

—Esa es la fiesta de después—, murmura con otra sonrisa sexy. Y ahora me pregunto por qué tenemos que ir a una fiesta de verdad.

# CAPITULO 11

## Laura

Sólo hay una cosa que hacer cuando llegue a casa. La única cosa que he querido hacer desde el momento en que Roberto se me acercó en el gimnasio. Ha estado en el fondo de mi mente desde anoche, pero la postergue, por supuesto. Roberto obviamente ocupó el centro de mi atención.

Pero la mejor amiga de una chica es generalmente la primera persona que necesitas en momentos como este. Básicamente he vivido la fantasía de todas las mujeres y tengo que compartirla con ella.

Y tal vez regodearme un poco. Quiero decir, ¿quién no lo haría?

No es que haya tenido mucho de que regodearme en los últimos años. Recuerdo que Javier se sonrió con satisfacción al despedirse ayer, y hoy para mí es como algo que pasó en otra vida. ¿En qué estaba pensando? Una noche con un hombre como Ro es suficiente para mostrarme la diferencia entre lo que creía que valía la pena, que no era mucho, y lo que era posible tener si esperaba al correcto. No puedo creer que alguna vez me haya valorado tan poco como para estar con Javier.

Y si no sale nada de esta aventura con Ro, si eso es lo que es, tendré la satisfacción y el recuerdo de haber estado con un hombre de verdad. Un hombre que me quiere y me trata con respeto y pasión.

Sin mencionar que quiere salir conmigo esta noche, la víspera de Año Nuevo. Valentina responde con el primer ring. —¿Qué pasa?

Me lleva un segundo recuperarme de este saludo. —Todo me pasa.

—¿Qué pasa? Nunca me llamas por la mañana a menos que algo esté mal.

Me río suavemente. Qué bien me conoce. Si no hubiera ido al gimnasio anoche, habría tenido toda la razón. Habría estado llamando con noticias muy diferentes y de un humor muy distinto. Probablemente estaría rodeada de botellas de vino vacías y pañuelos empapados de lágrimas. Incluso si me enojé mucho anoche, la ira se habría disipado y otras emociones se habrían apoderado de mí. Como el arrepentimiento por haber desperdiciado dos años de mi vida.

—En realidad, no hay nada malo en absoluto. Todo está bien. — Capto mi reflejo en el espejo. Hay una sonrisa muy engreída en mi cara. Si me encontrara en la calle, probablemente me darían ganas de vomitar.

Ella resopla incrédula. —Oh. No me digas que Javier realmente hizo algo bien por una vez.

Eso normalmente me haría poner los ojos en blanco, aunque mi corazón se hundiera un poco.

Ya no. No, señor. Me caigo en la cama. —¿Sabes qué? En realidad, lo hizo. Por una vez hizo algo bien.

—¿Qué es?

—Él rompió conmigo.

—¿Qué? — grita.

—Fue lo mejor que pudo haber hecho—, digo yo, —deprimente.

Pero Valentina está fuera de sí en una tangente diferente. Ella siempre odió a Javier con pasión. —¿Ese imbécil realmente pensó que él debía ser el que rompiera contigo? ¿En qué maldito planeta vive?

—Está bien. Realmente lo está. Nunca lo habría hecho yo misma. Necesitaba el empujón—. Ella se queda callada. —¿Lo dices en serio?

—Absolutamente.

—Entonces, ¿se ha ido? ¿Para siempre? ¿No es uno de esos que se va, pero sólo por hoy, porque va a volver al minuto en que se da cuenta de que no puede encontrar nada mejor?

—Eso suena demasiado específico—, murmuro.

Ella grita de alegría. —Lo digo en serio. ¿Se ha ido para siempre? ¿No lo dices sólo porque crees que es lo que quiero oír? ¿Cuánto alcohol has consumido? ¿Has dejado de beber ya?

—¿Sueno como un despojo humano?

—No—, admite, —pero sueñas un poco... empalagosa. Como demasiado feliz. Lo cual no es concordante con las noticias que me acabas de dar.

Tengo que morderme el costado del puño para no reírme de lleno, y tengo una lucha conmigo misma para mantener mi voz firme. —Oh, claro. Olvidé decirte qué más pasó.

Deja salir un gruñido familiar y frustrado. —¿Qué? Vamos... ¡Deja de ocultarlo! — Una respiración profunda. —Puede que haya conocido a alguien nuevo anoche.

Silencio.

—¿Hola? — Pregunto, comprobando el teléfono para asegurarme de que seguimos conectadas.

—Sí. Todavía aquí—, responde. —¿Con quién te encontraste entre la ruptura con Javier y ahora? Quiero decir, no puede haber sido más de, qué, ¿unas pocas horas?

Cielos. Cuando lo dice así, todo negativo y cuestionador y todo eso, como que me quita el viento de las velas. Estaba orgullosa de mí misma hasta hace un minuto. Ahora, todas las viejas

inseguridades están empezando a volver y empiezo a sentirme un poco avergonzada.

—Conocí a alguien muy agradable, en realidad. En el gimnasio.

—En el gimnasio—, repite.

—¿Podrías intentar dejar de sonar como mi madre durante unos cinco minutos? Te llamé porque me lo pasé muy bien y quería contártelo todo.

Ella suspira. —Vale, lo siento. No estoy tratando de avergonzarte de ninguna manera. Lo digo en serio. Sólo estoy preocupada porque hiciste que sonara como si hubieras salido y recogido a un tipo cualquiera. Te das cuenta de que eso parece muy extremo, ¿verdad? Y definitivamente no se parece en nada a como tú eres.

—Tienes razón en eso. Es muy diferente a mi actitud habitual. Pero él es el que me recogió, así que...—

—Cuéntame todo sobre él, entonces...

Así lo hago... le cuento cómo es y cómo es su apartamento y lo absolutamente increíble que es en la cama. Las cuatro veces que lo hicimos.

Cuando termine, más silencio. —¿Me has colgado?

Se ríe. —No. Estoy tratando de reponerme después de lo que me acabas de decir. ¿Realmente te untó el cuerpo con helado?

—Mm-hmm— Unas cuantas veces... Mis mejillas se ruborizan al recordarlo, junto con otras partes de mi cuerpo, que estaban adoloridas, pero ahora están repasando esos momentos y mi vagina caliente se humedece.

—Es oficial, y esto es algo que nunca pensé que diría: Te odio.

—Lo llevaré como una insignia de honor—. Abrazo ese cálido resplandor que irradia de mí. Esta mañana, soy como cualquier otra chica, diciéndole a su mejor amiga que se ha ligado a un hombre guapo y que ha pasado una noche salvaje con él.

—No. Sabes que no lo digo en serio. Te mereces esto, y mucho más. Has estado valorándote muy poco durante tanto tiempo...

Doy un giro completo y con un suspiro miro al techo. —¿Sabes? es gracioso. ¿Cuántas veces me lo has dicho antes? Qué no me valoraba

—Alrededor de cien mil millones de veces. Y siempre me diste el sí hasta la muerte, como si todo lo que quisieras era que te dejara en paz.

—Honestamente, eso era lo que quería entonces.

—Sé porque lo hiciste. Lo entiendo.

—Pero ahora, lo entiendo—, continuó. —Quiero decir, después de anoche sólo quiero disfrutar de lo que está pasando, al menos ahora sabré con seguridad que no debo venderme barato. ¿La diferencia entre Javier y Roberto? Es asombrosa. No puedo ni siquiera empezar a explicarlo.

—Ya me habías dicho más de una vez lo insatisfactorio que era en la cama—, me recuerda, como si necesitara el recordatorio.

—No te dije un cuarto de la verdad—, lo admito, —pero también va más allá del sexo—. Roberto fue amable conmigo. ¿No suena patético? Sólo lo dije en voz alta y me pone los pelos de punta.

—Está bien. Tú sabes que, de todas las personas, yo te entiendo.

Y lo hace, por lo que puedo confiar en ella para que escuche el lío que hay en mi cabeza. — Roberto me desea.

Me persiguió activamente y me llevó a casa con él. Y cuando vi que me quería, realmente me quería. Le importaba si yo me estaba divirtiendo. Se tomó el tiempo para asegurarse de que yo estuviera satisfecha. Cuando intenté irme esta mañana, ¡me llevó de nuevo a la cama! Quiero decir, ¡vamos! Incluso me invitó a salir con él esta noche.

—¿Él hizo qué?

—Oh sí, no lo mencioné—, broto feliz. —¡Me invitó a una fiesta esta noche! — Me río, el calor se me mete en mis mejillas. —Esto es como algo salido de un sueño, Valentina. Cosas como esta no me pasan a mí.

—Pero, oh, querida—, dice bromeando, y puedo oír la sonrisa en su voz, —pasan—. Porque te está sucediendo ahora mismo.

—No sé qué diablos voy a usar. — Giro la cabeza en dirección a la puerta del armario medio abierta. Estaba tan feliz que la dejé abierta anoche antes de ir al gimnasio. Está repleto de ropa, la mayoría oscura y poco... poco favorecedora.

—Tienes ese bonito vestido verde, ¿no? Siempre te ves bien con ese.

—Sí, pero ese vestido está bien para salir con las chicas. No es bueno para una fiesta medianamente elegante—, me inquieto cuando me levanto de la cama para ir al armario.

—Se trata de la forma en que hagas sentir a este tipo, Laura, no importará lo que llesves puesto. Por el amor de Dios, te recogió en el gimnasio mientras estabas vestida con pantis de entrenamiento.

—Lo sé, lo sé, pero hizo un gran alboroto diciéndome lo afortunado que será al entrar conmigo del brazo. No quiero decepcionarlo.

—¿Lo hizo? — Suspira con una voz alrededor de una octava más alta de lo normal. Yo sonrío. —¿Ya te has desmayado?

—Sí, me acabo de desmayar, chica. Menos mal que estoy sentada.

—Debí haberte avisado con antelación, supongo—, digo con una risa, mientras empiezo a deslizar los vestidos de un lado a otro sobre la vara, pero esa risa muere en mi garganta cuando llego a la mitad del armario que pertenece a las cosas de Javier. —Oh, mierda.

—¿Qué?

—Javier. Todas sus cosas siguen aquí. Ya sabes lo que eso significa.

—Significa que tienes el placer de tirar hasta el último trapo por la ventana, eso es lo que significa. Y mientras lo haces, necesitas cambiar las cerraduras para que no pueda volver a escabullirse como el asqueroso baboso que es.

—Sí. Tienes razón en eso. Aunque no sé si ese enfoque le parezca muy bien a mis vecinos. No quiero hacerlos enojar.

—Cierto. Deshazte de todo rastro de él. Asegúrate de que no le debas nada.

Pasé la punta de mis dedos sobre una de sus camisas.

—Chica, estamos en la misma página. No te preocupes.

—Mientras tanto, con toda seriedad, espero que las cosas funcionen con Roberto.

Desearía que mi corazón no se alterara un latido cuando ella termina de decirme eso, pero no es así.

—Te lo dije, no estoy buscando nada serio de esto.

—Lo sé, lo sé, pero no pretendas que no sería excelente si todo funcionara. Te mereces algo realmente bueno en tu vida, Laura. Eres la mejor persona que conozco, y no has podido ser feliz desde hace mucho tiempo.

—Gracias—, murmuro.

—Este Ro suena como un buen partido. Espero en verdad que lo sea.

—No importa—, insisto, sacudiendo la cabeza. —Porque esta es la cuestión: realmente no importa si funciona o no.

—¿Por qué no?

—Porque necesitas ver a este tipo—. Digo, tratando de no dejar que mi voz cambie. —Claro, soy divertida por una o dos noches. Es halagador, y las dos sabemos que necesitaba un aumento de mi autoestima. Pero no me parezco en nada a él. Somos demasiado diferentes. Él es un aficionado

al fitness, y yo... no. Definitivamente no.

—¿Qué diferencia hay?

—Oh, vamos. Sé sincera conmigo por un minuto. Deja de hablar como mi mejor amiga que me apoya y dímelo sin rodeos. No soy el tipo de chica que un dueño de gimnasio podría tomar en serio a largo plazo. Se va a cansar de no estar con una chica que se parezca a él.

—No le das mucho crédito, ¿verdad? —

—Tal vez me han quemado demasiadas veces.

—Tal vez te estabas metiendo con los tipos equivocados. ¿Alguna vez pensaste en eso?

La imagino en mi cabeza: alta, escultural, con un cuerpo que hace que los hombres giren la cabeza dondequiera que vaya. Una vez vi a un tipo casi caer en la fuente de un centro comercial porque no podía dejar de mirarla mientras pasaba. Fue muy divertido, sí, pero un recordatorio de quién es ella y quién nunca seré yo.

Nunca pudo entender lo que se siente ser yo.

¿No es gracioso cómo chicas como yo, que han visto el lado malo de los hombres más veces de las que podemos contar, saben más sobre la forma en que los hombres piensan realmente que las chicas como ella? Pensarías que sería al revés, ya que se supone que ella es la que tiene toda la experiencia.

—De cualquier manera, no quiero quedar atrapada en nada ahora mismo. Tú eres la que pensó que era un poco pronto para engancharse con alguien horas después de que rompiera con Javier. Ahora, me dices que esperas que las cosas funcionen entre nosotros.

—¿Qué hay de malo en querer que seas feliz?

—Sólo quiero divertirme. Eso es todo. ¿Está bien? — Cuanto más habla de cómo merezco la felicidad y de cómo quiere que las cosas funcionen para mí y Roberto, más lo desea mi corazón también. Cuanto más realista suena. Más peligroso se vuelve.

—Vale, vale. Lo que quieras. Pero si terminas teniendo sus bebés, también está bien.

—Cállate—, me río. —No estás ayudando a que me concentre en elegir un vestido.

## CAPITULO 12

### Laura

—Sé que es de última hora, y me doy cuenta de que es la víspera de Año Nuevo, pero ¿crees que alguien podría venir hoy? ¿Tan pronto como te sea posible? — Cierro los ojos y cruzo los dedos.

La voz ronca del cerrajero al otro lado del teléfono da un fuerte suspiro, como si lo estuviera decepcionando más de lo que nadie lo ha decepcionado en toda la historia del mundo. No es como si le pidiera que saliera la mañana de Navidad, o algo así.

—Por favor—, le ruego. Necesito que venga aquí, hoy. Antes de que Javier decida que va a volver e intente abrirse camino en mi vida. Cada vez que escucho la puerta de la calle abrirse y cerrarse, mi corazón se estremece con el miedo de que sea él.

Ni siquiera sé lo que haría. No puedo volver a verlo, simplemente no puedo. No es que tenga miedo de volver a enamorarme de él ni nada de eso. Oh, no, ese barco ha zarpado tan lejos que ya no puedo verlo a la distancia. No quiero verlo. De hecho, no quiero volver a ver su cara nunca más. Recordaré todas las veces que me entregué a él, todas las veces que me conformé con él. Dios, fui tan estúpida.

Ya es bastante malo, recordar el pasado. No necesito ver su cara para enfocarlo todo más claramente.

No recibo respuesta del Sr. Cerrajero, así que es hora de subir un poco la apuesta. —Te daré 50 dólares extra. Por favor. No sabe lo importante que es para mí que cambie las cerraduras de mi apartamento lo antes posible—. La pequeña ansiedad que inyecto en mi voz no parece hacerlo cambiar de parecer.

Suspira de nuevo, más suave esta vez. —Es ese tipo de situación, ¿eh?

—Sí, lo es—. Claro. Lo que sea que necesite que diga para que cambie de opinión.

—Está bien. Puedo estar allí en una hora.

—¡Muchas gracias! — Y por su tiempo recibirá 60 dólares extra.

Ahora que las cosas están listas por ese lado, es hora de embolsar la basura y dejarla afuera. Ahí es donde va la basura, después de todo.

Pensé que esto dolería. De verdad que sí. Siempre tuve la sensación de que estaba sacando a Javier a la calle.

Pero estaba enferma, de acuerdo. Enferma de la cabeza por haber pensado que lo necesitaba.

¿Camisas deportivas viejas y asquerosas que le gustaba usar aunque nunca haya practicado un deporte en su vida? Embolsado. ¿Ropa interior con hoyos que se niega a reemplazar? Embolsada.

¿Zapatos gastados? Adiós.

¿Trofeos de la escuela que he odiado con pasión desde que los vi por primera vez? No dejen que la puerta los golpee al salir.

Todo lo que tiro en una bolsa o una caja me deja un poco más ligera. Más libre. Más feliz. Es como si estuviera perdiendo todo este exceso de peso y de tristeza, y ahora hay espacio para muchas otras cosas. Hay mucho más en la vida. Nunca lo hubiera imaginado.

Supongo que le debo mucho a Javier. Le debemos mucho a la gente que nos enseña lo que no queremos de la vida. Es como si hubiera cogido una linterna y la hubiera encendido en todas las partes incómodas de mi vida. Me mostró lo que es importante y lo que no. Así que soy un poco más gentil con los cabezas de burbuja de lo que me gustaría ser. Le debo eso.

Es increíble lo que Roberto ya ha hecho por mí. Para cuando el cerrajero llama a la puerta estoy tarareando mi canción favorita. Preparo café para los dos mientras él trabaja. Es un buen hombre, aunque un poco brusco. Sus cejas vuelan hacia su gorra cuando ve la fila de bolsas de basura y cajas sobrecargadas.

—Sí. Son sus cosas—, confirmo. —En caso de que te lo preguntes.

—No me lo preguntaba—, miente, y luego, bruscamente añade: —¿Quieres que alguien esté aquí contigo mientras viene a recoger sus cosas?

Qué hombre tan dulce. —No lo creo. Mientras la puerta esté cerrada entre nosotros, todo irá bien. Pero realmente aprecio la oferta.

Para cuando mi taza de café está vacía, ha terminado. Y rechaza el dinero extra. Es el segundo hombre realmente agradable que he conocido en las últimas veinticuatro horas. Es suficiente para darle esperanza a una chica como yo.

Esperanza es lo que necesito, también, porque necesito hacer una llamada ahora. Lo he estado posponiendo todo este tiempo. Ya no tengo razón para hacerlo, además, tengo otras cosas que hacer. Como ponerme guapa para esta noche.

Javier responde en el primer ring. Como si hubiera estado esperando que yo llamara todo el tiempo. Esperando que lo haga. —¿Por qué tardaste tanto? —, pregunta.

Oh, el bastardo engreído. Cree que lo llamo para rogarle que vuelva. Es increíble cómo puede soportarse a sí mismo. Mis ojos se entrecierran y mi sangre empieza a hervir. Todas las cosas positivas a cerca estarle agradecida por iluminar con una antorcha la parte incómoda de mí salen volando por la ventana. —Siento haberte hecho esperar. Necesitaba un poco de tiempo para juntar tus cosas.

Hace un gracioso ruido de asfixia. —¿Qué has hecho?

—¿No me has oído? Dije que he recogido tus cosas. Ya empaqué tus maletas.

—¿Empacaste? — Maldición, es agradable cuando el zapato está en el otro pie. Me hace tan feliz que esté impactado y suene asustado a través del teléfono. Este podría ser el mejor día de toda mi vida. Puedo ver su estúpida cara y la estúpida expresión en ella. Pensó que me tenía bajo este pulgar. Pensó que nunca lo haría, aunque fue él quien me dijo tantas cosas desagradables y me dejó por tanto tiempo sintiéndome una basura.

—Pensé que era lo menos que podía hacer, considerando cómo has desperdiciado todo este tiempo con alguien tan gorda como yo. Ahora, ven a buscar toda tu mierda. Las pondré en el pasillo después de que cuelgue el teléfono—. Cuando termino de hablar, mi voz es un gruñido. Estoy harta de ser amable con él.

—No puedes hacerme esto.

—Ya está hecho. Y las cerraduras también están cambiadas, así que no te molestes en probar tu llave en la puerta.

—No puedes llamarme y decirme qué hacer y cuándo hacerlo. No te atrevas a poner mis cosas en el pasillo.

—Ya está hecho, y no lo voy a deshacer—.

—Más te vale.

—O si no, ¿qué? ¿Qué me vas a hacer? ¿Qué es eso? Nada. Eso es lo que pensé. Cambia de táctica enseguida, su voz se suaviza.

—Lu, nena. Vamos...

—Me llamo Laura—, le recuerdo —Siempre he odiado que me llames así, porque significa que intentas salirte con la tuya—. Para ser realmente honesta, me pone la piel de gallina, y ahora que lo pienso, tú también.

—Sólo quiero hablar contigo, ¿de acuerdo? ¿Por qué tiene que terminar así?

—Porque tengo planes para esta noche y tengo que prepararme. Anoche perdiste la oportunidad de volver a hablarme cuando me trataste como si fuera menos que una basura.

Se ríe, y así como así, el acto de penitencia desaparece. Lo juro, tiene que ser un psicópata. ¿Qué diablos me pasa que no lo vi por tanto tiempo? ¿Ignoré deliberadamente todas las banderas rojas? ¿Sólo porque tenía miedo de estar sola? Prefiero estar sola que pasar otro minuto con él.

—Sí, claro—, se burla, el sarcasmo gotea de cada palabra. —Tienes planes. ¿Para esta noche?

—Sí, así es, no es que sea asunto tuyo. Y no es asunto mío si quieres tus cosas o no. Sólo

recuerda: si no vienes a buscar tus cosas de inmediato, llamaré a la Oficina de Reciclaje y estarán más que contentos de llevarse tus trastos—. Miro al montón junto a la puerta. —Tal vez no tus trofeos escolares. Ni siquiera los indigentes querrían esas cosas de tan mal gusto.

Y luego, cuelgo antes de que tenga la oportunidad de decir otra palabra. Por un segundo me quedo quieta, mis manos están temblando. Luego dejo salir un grito de alegría y me llevé mis manos a la boca para que no se me escapen los huevos que encontré en mi interior para decirle a Javier todo lo que le dije.

Tal vez los tuve todo el tiempo. Sólo que olvidé que estaban ahí.

Tengo una lucha por sacar todo al pasillo rápidamente y dejar la puerta cerrada detrás de mí. Probablemente esté con su nueva chica, así que no sé cuánto tiempo le llevará llegar aquí. Sobre todo, porque está muy enfadado conmigo y tiene prisa por llegar y reclamar sus cosas antes de que se las roben.

Pienso en su nueva chica. Ella no tiene ni idea. Casi quiero advertirle. Quiero decirle el desastre con el que tiene que vivir, lo terriblemente vago que puede ser, lo perezoso que es, y cómo tomará tu confianza y la aplastará hasta que no sea más que una salpicadura en el suelo. Cómo quiere que le atiendan como a un rey.

Eso es lo que más necesita, decido, sacarme el esmalte de uñas con la intención de pintármelas de nuevo ahora que el trabajo está hecho. Agito una botella de esmalte vigorosamente. Necesita que alguien lo cuide, porque es poco más que un bebé indefenso. Egoísta, superficial, egocéntrico. Se pone a la defensiva cuando no se sale con la suya.

Abro la botella. No ve las cosas buenas de su vida cuando están delante de él. Coloco el pincel con cuidado en la base de mi uña y lo tiro hacia arriba de un solo golpe. Hace pucheros cuando no se sale con la suya y cuando se sale con la suya, olvida por qué quería lo que quería al principio.

Una sola lágrima rueda por mi mejilla, desdibujando el trabajo que hago en mis uñas y haciéndome maldecir en voz baja. —No volveré a llorar por él—, me prometo a mí misma mientras me limpio la lágrima en la parte posterior de mi brazo. Nunca, nunca más lo haré.

Estoy secando el esmalte, un color rojo profundo y sexy que compré hace un mes más o menos, pero por alguna razón nunca había tenido las agallas para usarlo antes de hoy, cuando escucho la puerta de abajo abrirse y cerrarse de golpe. —Aquí está Javi—, susurro, preparándome para lo que está por venir.

Escucho su fuerte golpe en cada paso. Justo antes de que llegue al rellano me pongo de puntillas en la puerta y me paro a un lado, donde no podrá verme si se agacha a mirar a través del buzón. No quiero que piense que estoy merodeando, esperando a ver qué hace. Aunque lo esté.

Lo primero que hace es dar un monstruoso suspiro. Tengo que morderme el labio, fuerte, para no reírme. Esto podría ser realmente divertido. Apuesto a que levantó sus brazos y los dejó caer a sus lados también. Pobre niño, teniendo que recoger todas sus cosas. ¿Qué, pensó que estaba bromeando?

—Esto es una mierda—, murmura mientras se acerca a mi puerta. Muerdo aún más fuerte en mi labio para contener mis risas. ¡Vaya! No creyó que yo lo haría. Pensó que estaba mintiendo acerca de poner su mierda en el pasillo, sólo para que volviera al apartamento. —¡Qué puta! Puso mis cosas aquí como si fuera un pedazo de mierda que no se merece nada mejor.

Enrosco mis manos en puños antes de poder detenerme. Ahí van mis uñas. Pero es empuñar y apretar las manos o tirar la puerta y darle en la cabeza con un sartén. Eres un pedazo de mierda que no merece nada mejor, gritaría mientras le doy un golpe con el sartén.

Gime y gime lamentablemente mientras recoge algunas de las bolsas y las lleva abajo. Tendrá que dar dos o tres viajes hasta la calle para sacar todas sus cosas. Pobre Javier. Pobre Javier. Si tuviera algún amigo que no fuera un completo imbécil como él, podría haber conseguido un poco de ayuda.

—Buena suerte—, susurro mientras baja las escaleras. —Y adiós, Javier. — Necesito arreglarme las uñas y seguir con mi vida.

## CAPITULO 13

### Laura

*Estaré allí a las nueve.* Es lo único que dice el mensaje de Roberto después de que le envié mi dirección. Estará aquí a las nueve. Mi corazón se quiere salir de mi pecho. Creo que nunca he esperado tanto un momento específico en toda mi vida.

Cuando el teléfono vuelve a sonar con otro mensaje, mi mano sale disparada para agarrarlo y me doy cuenta de que estoy conteniendo la respiración. *Prepárate para mí.*

Una emoción recorre mi columna vertebral. Prepárate para él. ¿Qué significa eso? Obviamente, estaría vestida y lista para ir. ¿Por qué no lo estaría? No soy de esas chicas que hacen esperar a un hombre, sólo para asegurarse de que saben quién dirige el show o alguna tontería como esa.

Prepárate para mí. Un cuarteto de palabras muy interesante. Demandantes, pero en el buen sentido.

Son las palabras —para mí— las que permanecen en mi cabeza mientras deslizo el vestido sobre mi cabeza, con cuidado de no destruir el pelo que acabo de pasar una hora entera perfeccionando. Nunca antes había sido capaz de conseguir un look sexy y rizado. Siempre ha resultado demasiado rizado o no lo suficientemente rizado. Pero ahora mismo, mi pelo está colgando sobre mis hombros en suaves ondas que enmarcan mi cara de una manera bastante atractiva, aunque el comentario venga de mí.

Casi no quiero dejar el apartamento por miedo a que una brisa fuerte arruine todo. Pero entonces, nadie sería capaz de ver lo bien que me veo.

Y este vestido está hecho para mí. La tela es increíble, fluye, y está cortada para moverse sobre mis curvas como el agua. El satén negro hace que mi piel brille con un color cálido. La forma en que está colgado sobre mis pechos da la ilusión de que podría caer y exponerlos en cualquier momento. En realidad, las correas están firmemente cosidas y hay un poco de soporte expertamente escondido debajo pero el ojo inexperto nunca lo sabría.

Recuerdo que cuando compré esto, pensé que era caliente, sexy, provocativo. Pensé que podría ayudar a remover algo entre Javier y yo. Sí, agitó algo, de acuerdo. Una de nuestras peores peleas, y uno de los puntos bajos de mi autoestima.

*¿Realmente crees que te puedes poner un vestido como ese?*

Todavía puedo verlo sentado en el borde de la cama cuando saqué el plástico de la percha, revelando lo que acababa de comprar en un apuro de esperanza. *Quiero decir, ese tipo de cosas es para...*

No necesitaba terminar la declaración. Sabía lo que quería decir. Este tipo de vestido es para una chica delgada, una chica en forma. No para una chica con pechos, caderas, trasero, muslos. No para una chica que disfruta del postre, y come lo que quiere.

Y así el vestido vivía en el fondo de mi armario.

Aliso el material sedoso sobre mis caderas. Sí, este hermoso y precioso vestido que parece costar un millón de dólares, vivía en la parte más oscura del armario gracias a él. Es sólo otro pedazo de mi autoestima y confianza que él trató de quitarme, pero que ahora estoy recuperando.

Me doy la vuelta para ver mi trasero. Maldita sea. —Jódete—, susurro con una sonrisa. —Desearías poder poner tus manos en esto ahora.

Me pongo unos tacones de oro con correa y me pongo un par de pendientes. Fue divertido, salir hoy a comprarlos una vez que me asegure de que Javier ya se había ido. Por no hablar de elegir la tanga con tirantes, casi inexistente, que llevo debajo del vestido. Es como tener un secreto sexy que nadie más conoce.

Ro conocerá mi secreto, si juega bien sus cartas. Ni siquiera tenemos que ir a una fiesta, por lo que a mí respecta. Estaría bien con un poco más de ese amor caliente y húmedo que tuve anoche. Podemos quedarnos aquí en el apartamento. Tal vez eso lo deseo mucho más que salir, de hecho.

Me retoco el rímel y noto que mi mano tiembla ligeramente. La verdad es que estoy nerviosa. Muy nerviosa. No puedo recordar la última vez que me vestí así. —Eres preciosa y no dejes que nadie te diga lo contrario. Recuerda cómo te trató anoche. Recuerda cuánto te deseaba. Y el helado....

Bueno, ahora mis bragas están mojadas.

A las ocho y cincuenta y nueve, estoy de pie junto a la puerta principal. Tal vez sea una estupidez, pero quiero abrir la puerta de inmediato cuando él toque el timbre. Doy un paso atrás. ¿Quizás no debería estar tan ansiosa? ¿Estoy esperando acaso una estrella dorada del profesor? Tal vez pueda darle una brillante y recién pulida manzana mientras lo hace. —Laura, eres tan estúpida—, murmuro, alejándome de la puerta.

Entonces, suena la campana y me vuelvo a ella, con el corazón revoloteando en mi pecho.

¿Cómo subió desde la calle sin que yo lo oyera? Podría ser la sangre que corre por mis oídos, ya que mi corazón ha estado latiendo toda la noche.

Abro la puerta y...

Es impresionante. Oh, Dios. Hermoso. Si un hombre puede ser descrito como hermoso. No veo por qué éste no podría, porque, santo cielo, es el hombre más bello que he visto en mi vida.

Y maldita sea, ¿puede usar un traje?. No puedo imaginar cuánto debe haber costado, cortado sólo para su cuerpo, y le queda como un guante. El rojo intenso de su corbata hace juego con mis

uñas y quiero enroscarla alrededor de mi puño mientras lo jalo hacia mí. Quiero a este hombre encima de mí. Quiero disfrutarlo mientras pueda.

—Dios mío—, murmura, sus brillantes ojos azules se rastrillan sobre mí mientras empieza en mi cabeza y se abre camino hasta mis pies, y luego vuelve a subir. —Eres tan jodidamente hermosa, Laura. — La forma en que dice mi nombre hace que suene como una canción. Una canción seductora de la que no me canso.

—Tú tampoco estás tan mal—, susurro, y luego me doy una patada. ¿Por qué siempre tengo que decir cosas tan inútiles? ¿Por qué no puedo ser inteligente e ingenioso?

Pero no parece importarle nada cuando toma mi mano y se la lleva a los labios. El toque de ellos contra mi piel envía chispas de electricidad a través de mi brazo. Mis nervios bailan y chisporrotean.

—Eres absolutamente deliciosa—, murmura, mirándome fijamente a los ojos. —Casi quiero decir que al diablo con la fiesta, vayamos a mi dormitorio y sólo salgamos a comer.

—Creo que eso también lo dijiste anoche—, digo yo, e inmediatamente tiro con fuerza. Se ríe. —Sí, tu gusto sigue en mi lengua, cielos.

No sé si seguir ruborizándome con más fuerza, o lanzarme a sus brazos y no soltarme nunca más. Me ayuda a ponerme el abrigo, y cuando termina me pone las manos sobre los hombros. — Eres realmente la cosa más impresionante que he visto nunca—, me susurra al oído. —Me temo que ahora no podré hacer nada más que fantasear con las cosas que quiero hacerte después de la fiesta.

Parece que este va a ser un muy buen comienzo de año nuevo.

Me lleva abajo, a donde hay una limusina aparcada en la acera. Más de un par de ojos se quedan mirándonos mientras nos abren la puerta. Mis mejillas brillan con el conocimiento de que están celosos. Indirectamente, de todos modos. Quiero gritar y saltar para llamar su atención. ¡Soy yo! ¡Soy yo la afortunada que se sube a la limusina con este hombre delicioso! ¡Sí, es real! ¡No lo creé en un laboratorio, aunque así parezca por ser tan condenadamente perfecto!

El conductor cierra la puerta detrás de Roberto una vez que se desliza a mi lado. —Esto es increíble—, murmuro, pasando mis manos sobre el cuero flexible. Incluso huele tan bien aquí. Me siento millonaria, fanfarrona.

—Eres tan increíblemente hermosa, Laura. Casi no puedo creer que seas real— Se inclina, tomando mi barbilla entre dos dedos y tirando de mí hacia él para un suave y prolongado beso que hace que mis dedos se encrespen.

—Cuidado—, susurro con una risa jadeante y temblorosa. —Mancharás mi lápiz labial y terminarás con la cara llena de él.

—No me importaría tenerte encima mío cuando entremos a la fiesta—, gruñe y oh, Dios mío, mi estómago literalmente se revuelve dentro de mi cuerpo por el pesado significado de sus

palabras.

—Tal vez no, pero creo que odiarás parecer un payaso.

Se ríe. —Supongo que tendré que aprender a esperar. Nunca he tenido ese problema antes de ti. — Apoya una mano en mi rodilla, y no va más allá, lo cual es posiblemente la peor tortura que puedo imaginar porque me duele más.

Y él lo sabe, si la sonrisa sexy que parece no poder borrar de su cara es una indicación. Esta va a ser una noche interesante.

## CAPITULO 14

### Laura

—Wow. ¿En verdad? — Sé que parezco una completa idiota, pero no puedo evitar quedar con la boca abierta al mirar la casa a la que hemos llegado.

Es como algo salido de un cuento de hadas. Prácticamente un castillo, sentado en la cima de una pequeña colina con un conjunto de amplias escaleras de piedra que conducen a la puerta. Y acabamos de bajar un largo y sinuoso camino bordeado de altos árboles a ambos lados, y las luces parpadeantes en las ramas casi me pararon el corazón. Es todo tan hermoso.

—Sí, es verdad—, Roberto se ríe. —No es gran cosa.

Me las arreglo para sacar los ojos del palacio delante de mí lo suficiente para lanzarle una mirada fulminante.

—No puedes hablar en serio. ¿Estás viendo esto? ¿Necesitas que te revisen la vista?

Eso explicaría el por qué está actuando como si estuviera enamorado de mí, quizás es ciego. ¿Cuál es mi problema? ¿Por qué no puedo lidiar con el hecho de que parece que le gusto? El obvio bulto en sus pantalones durante todo el viaje demostró que me desea. Eso es algo muy relevante en una relación.

Pero es más que eso.

También hablamos durante el viaje y nos reímos mucho juntos. Tenemos un sentido del humor similar, y gracias a Dios por la oportunidad de pasar tiempo con un hombre que tiene medio cerebro. Soportar la estupidez de hombres como Javier estaba empezando a convertirse en una tarea un difícil.

Se estremece un poco antes de encogerse de hombros.

—Tienes razón. Supongo que parece ridículo, tratar de fingir que el lugar no es impresionante. Sólo quiero que sepas que este tipo de cosas no es lo único que me importa. Debo advertirte que no tengo esta cantidad de dinero.

—Y debo advertirte que no espero que lo tengas. Sólo eres amigo de la gente que lo tiene—, digo mientras me toma del brazo.

—Sí, bueno, se necesita todo tipo de gente para hacer un mundo—, responde con un guiño antes de subir conmigo las escaleras. Parece que todas las luces de la casa están encendidas. Todo el lugar brilla bastante.

—¿Quién es el dueño de esta mansión?

—Mi amigo Gabriel. Nos conocemos desde que éramos niños. Es un desarrollador de aplicaciones, un completo genio. Y sí, disfruta de la vida de la alta sociedad.

—No hay nada malo en ello—, señalo. —Sólo estoy abrumada.

—No lo estés. Estuve allí cuando Gabriel se orinó en los pantalones en el jardín de niños. Es sólo una persona, como tú. —Lo tendré en cuenta—. Es fácil para él decirlo. Este es su mundo, no el mío.

Pero él me quiere aquí con él. No me habría invitado a una fiesta como ésta si no pensara que yo encajaría acá. Cree que pertenezco a este lugar.

Es hora de que empiece a pensar que pertenezco a cualquier lugar donde él esté.

Un hombre con esmoquin nos abre la puerta y toma nuestros abrigos.

—Vaya—, susurro, mis ojos se mueven de un lado a otro. No sé qué mirar primero: la casa o la gente hermosa que hay en ella. Una cosa es que este lugar probablemente cueste varios millones de dólares. Otra es que está decorado con toda la pompa para las fiestas y lleno de hombres y mujeres que se parecen mucho a Roberto.

Perfecto.

—¡Oye, lo lograste! — Un joven se acerca a nosotros con una sonrisa de oreja a oreja. Tiene pelo rubio arenoso y dientes blancos y brillantes, pero su personalidad jovial me tranquiliza inmediatamente.

—Gabriel, esta es Laura—, dice Roberto mientras desliza un brazo alrededor de mi cintura.

—Me alegro de conocerte.

Me da un fuerte apretón de manos, que yo devuelvo. —Gracias por tenerme aquí—, sonrío. —Tienes un hermoso hogar.

—Oh, gracias—. Pasa un camarero, llevando una bandeja de plata en la que se equilibran un puñado de copas de champán. Brillan con las luces del árbol de Navidad y las velas que parpadean por toda la habitación.

Gabriel coge dos copas y nos las pasa a Roberto y a mí.

—Tengo algunas personas con las que tengo hablar, pero quiero reunirme a ustedes más tarde—. Se inclina ligeramente hacia Roberto. —Miriam está aquí, por cierto.

Roberto se empalidece y el brazo alrededor de mi cintura se pone rígido. —¿Qué hace ella aquí?

—No pude evitarlo—, murmura Gabriel. —Ella me llamó hace unos días e hizo un gran esfuerzo porque la invitase a mi fiesta de Año Nuevo. ¿Qué se suponía que debía decir?

—Se me ocurren algunas cosas—, dice Roberto secamente.

—Lo siento. Puedes patearme el trasero más tarde. Gabriel se apresura, sonriendo a otro par de invitados. Debe haber un centenar de personas dando vueltas y aún no hemos salido de la sala de estar, que da a una vista de la ciudad que se extiende debajo de nosotros. La gente también se está mezclando en el balcón, y hay música que viene de la habitación de al lado.

—¿Quién es Miriam? — No puedo evitar preguntar, ya que las líneas del ceño en la frente de Roberto aún no han desaparecido.

—Una ex —. Toma un sorbo de su champán, todavía frunciendo el ceño.

Se me cae el corazón. —¿Todavía sientes algo por ella?

—¿Qué? No. Es una psicópata.

—Ouch—. Sabes, si no quieres quedarte, está bien. Tengo un ex bastante reciente, y no me gustaría estar en una fiesta con él.

Parece preocupado, sus cejas están juntas mientras continúa frunciendo el ceño. Me hace recordar la forma en que mi abuela solía burlarse de mí cuando era pequeña y hacia una rabieta. *Ten cuidado. Te van a salir arrugas si haces esas muecas.*

Me mira de nuevo, y esta vez vuelve a sonreír.

—No, no es tan malo como eso. Es sólo que no me apetece estar en la misma habitación que ella. Pero estoy aquí contigo, y ver que te diviertes esta noche significa más para mí que evitarla.

—¿En serio?

—Por supuesto, claro que sí. Y te diré algo más—. Se inclina hacia abajo, su aliento calienta en mi oído. —Eres por lejos la mujer más hermosa aquí. Y la más sexy.

—Deja de bromear—, susurro, incluso mientras me estremezco por todas partes.

—Definitivamente la más sexy. Mierda, me está costando todo mi autocontrol para no recostarte sobre la superficie plana más cercana y follarte hasta que grites por misericordia.

Mis rodillas se debilitan y me siento mareada hasta el punto de que me alegro de que su brazo siga alrededor de mi cintura, sosteniéndome. De lo contrario, habría una mujer con un vestido de satén desplomada en el suelo, y es demasiado temprano en la noche para que tal cosa suceda.

Caminamos abrazados alrededor de la habitación antes de pasar a la siguiente área de la casa, donde la fiesta está realmente comenzando. Hay una banda tocando en una esquina y al menos 30 personas bailando al ritmo de una vieja canción de swing. Ninguno de los bailarines está cerca de ser profesional, pero todos se lo están pasando genial. Tal vez son gente normal, como yo, riéndose y resoplando sobre lo poco elegante que es su baile.

—¿Quieres bailar? — Roberto pregunta por encima del volumen de la música.

Mis ojos se abren al pensar en lo que podría pasar. —Emm, tal vez no todavía. Este vestido no fue hecho para este ritmo. ¿Algo un poco más lento?

—Voy a aceptar tu propuesta para cuando pongan un lento—, advierte.

Mi cuerpo se ruboriza con el brillo de sus ojos. Me mira como si fuera un tesoro, algo para apreciar. Con todas esas mujeres hermosas, en forma y brillantes en la habitación, yo soy la que él mira de esta manera. Es como un sueño. Debería pellizcarme.

Todo el mundo sabe quién es Roberto, y él los conoce a todos. Lo que significa muchas conversaciones. Lo que significa que tengo que estar alerta, recordar nombres, e interactuar con la gente para no parecer distante o peor aún, engreída. Y esto es lo que más me sorprende: las chicas son simpáticas. Dulces, reales, quejándose de que les duelen los pies y preguntándose por qué se molestan en llevar tacones tan altos. Nos compadecemos de eso, y de la forma en que los hombres nunca tienen que sufrir de esa manera.

No sé por qué, pero supuse que todos serían malos y maliciosos. Supongo que es porque Valentina es la única chica realmente buena que he conocido que además es guapa y está en forma. Es la única buena de una larga lista de matonas, chicas malas y perras maliciosas que he conocido en mi vida. Supongo que conocí a la gente equivocada. Las mujeres y los hombres equivocados.

Me encanta ver a Roberto moviéndose en la habitación. No necesita anunciar su presencia. En vez de eso, se queda quieto y todo el mundo viene a él. Es como un imán, atrayendo a la gente a través de la fuerza de su carisma.

Después de una hora más o menos de esto, y dos copas de champán, necesito visitar el tocador. Le susurro esto a una de las chicas con las que hemos estado charlando, una pelirroja alegre llamada Amanda.

—Gabriel siempre dedica una de las suites a nuestras necesidades—, se ríe, señalando las escaleras. —Es la primera puerta a tu derecha. Probablemente encontrarás un puñado de chicas ahí arriba, descansando sus pies y retocando su maquillaje. Sólo entra, el baño está en la habitación.

Subiendo las escaleras, mi mano apoyada ligeramente en la madera pulida de la barandilla, me hace sentir como una princesa en una película de Disney. Este soy yo, esta es mi vida ahora mismo, estoy en medio de toda esta gente hermosa en esta hermosa casa y me tratan como uno de ellos.

Como Amanda prometió, el primer dormitorio de la derecha está dedicado a las necesidades de las huéspedes femeninas. Gabriel se transformó en un gran anfitrión al pensar en esto. Hay cestas llenas de artículos de aseo, productos de higiene femenina, laca, maquillaje y mucho más que no tengo la oportunidad de explorar porque realmente tengo que orinar. El baño está vacío, con sólo un trío de chicas sentadas alrededor del dormitorio con los pies en alto. Todas ellas están riendo, y bebiendo, y divirtiéndose. Me encuentro sonriendo mientras cierro la puerta entre

nosotros.

No es hasta que termino de lavarme las manos en el lavabo de mármol que escucho una voz sarcástica. La primera voz sarcástica de la noche.

—No sé quién se cree que es, la vaca gorda. ¿Qué hace con un vestido como ese? Tetas y culo colgando por todas partes. Uno pensaría que ella querría tapar todas esas carnes, es decir, si hay suficiente tela en todo el mundo como para que lo haga.

Mi corazón se congela por completo. Seguido por el resto de mí cuerpo. Sólo hay una persona de la que podría estar hablando, quienquiera que sea. Soy la única mujer en la fiesta que usa ropa por encima de una talla 4.

—Ya basta, Miriam. Está aquí en el baño—, silba una de ellas.

—Lo sé. Seguí su trasero de manteca de cerdo hasta aquí. Es una puta broma esta chica. — Así que esta es Miriam. Qué encantadora. Puedo ver por qué es la ex de Roberto, en lugar de su actual novia.

—Basta—, implora otra voz. —Estás siendo cruel.

—No, está siendo una perra—, alguien más se une.

—No me importa lo que todas ustedes piensen. Sabemos que es verdad, ¿no? Supongo que Roberto se sintió caritativo o algo así, queriendo sacar a pasear una vaca para mostrarle cómo vive la otra mitad del mundo.

Miro fijamente la pared de mármol y no quiero llorar. No le daré la satisfacción. No dejaré que vea lo que me está haciendo.

—Quiero decir, hay curvas y hay grasa—, continúa Miriam, y es obvio que está levantando la voz deliberadamente para ser escuchada. —Beyonce tiene curvas. Esta chica es simplemente gorda.

—Es muy bonita—, responde una de las chicas. —Y hablé con ella. Ella es agradable.

—Las gordas siempre tienen que ser amables. Necesitan serlo para compensar su aspecto.

—Es suficiente, Miriam. Ya basta. Estás haciendo el ridículo—, regaña una de ellas. — Sabes que estás celosa porque ella está aquí con Roberto y tú no. Podemos ver a través de tus palabras, así que déjala en paz.

—Sólo intento hacerle un favor a la chica— Miriam se defiende. Su voz se ha vuelto más fuerte, así que sé que está de pie junto a la puerta. Esperando a que yo salga.

Hay un espejo en la parte de atrás del baño. Me doy la vuelta y me miro en él, dando un paso atrás para echar un vistazo completo. Pensé que este vestido me quedaba bien, pero tal vez tenga razón. Tal vez Javier también tenía razón. Mis caderas son demasiado anchas. Es un poco corto,

muestra demasiado de mis muslos. Mis piernas no son elegantes como las de las otras chicas. Mis brazos son demasiado gruesos para estar expuestos como están.

Pero entonces recuerdo, a Roberto le gusta mi cuerpo. Casi me devora a primera vista. Cuando recuerdo eso, y la forma en que adoró mi cuerpo anoche, recuerdo lo sexy que me sentí cuando me vestí por primera vez para él. Lo hermosa que me he sentido toda la noche. Hasta que esta perra hizo notar su presencia.

Quiero salir de aquí. Ahora mismo. Pero primero, tengo que demostrarle que no puede hacerme daño. No le daré la satisfacción de verme desmoronarme o de pensar que me hizo encerrar en el baño para evitarla.

Entonces, giro la manija y abro la puerta con la cabeza en alto.

Aquí está ella. La ex-novia de Roberto. Alta, con su pelo rubio claro y ojos azules de bebé. Podría ser modelo para Victoria's Secret. Tal vez lo sea. La miro a los ojos.

—La que me defendió aquí tiene razón—, le digo con una voz firme que no permitiré que se quiebre. No lo permitiré en absoluto. —Roberto está aquí conmigo. No tú. Así que debo estar haciendo algo bien.

—Sí—, escucho a una de las chicas sentadas charlando, y alguien le chasquea los dedos. Tengo una animadora de mi parte. Eso también ayuda.

—¿Exactamente qué favor crees que me haces al ser tan desagradable? — Pregunto en lugar de arrancarle los ojos.

Ella dobla sus delgados brazos, mirándome de arriba a abajo. —Acéptalo, cariño. Puede que seas divertida por unos días, tal vez incluso un par de semanas, pero el dueño de un gimnasio exitoso y de alto precio con una clientela adinerada no puede ser visto por la ciudad con una novia gorda. No tiene sentido. No hay forma de que quiera estar contigo a largo plazo. Es mejor que lo sepas ahora y te prepares, en lugar de que te rompan el corazón sin que nadie te avisara lo que iba a pasar.

Y la cosa es que ninguna de las otras chicas la contradice cuando hace esta declaración. Porque tiene razón, y todas lo sabemos. Roberto nunca querría que fuera su novia permanente. Todas lo entendieron instintivamente. Está en los barrios bajos y están felices de tolerarme mientras está encaprichado con la chica inadecuada.

Maldita sea. Se lo dije a Valentina, ¿no? Le dije que no quería que esto no fuera otra cosa más que diversión porque al final no funcionaría. Le dije que no quería encariñarme porque esto no llegara a ninguna parte. Y aun así, aquí estoy con el corazón apretado, usando un vestido con el que ahora me siento ridícula.

Aun así, mantengo la cabeza bien alta. Es lo menos que puedo hacer. —Nunca dije que quería ser su novia, pero creo que es él quien decide qué lo hace feliz.

Entonces yo lo único que puedo hacer es navegar hacia adelante. No soporto mirar a ninguna

de ellas cuando salgo de la habitación, ni siquiera a las chicas que me defendieron. Es demasiado humillante seguir ahí. Tenía que saber que nunca encajaría. Soy como la mascota, la que tienen que defender y ser amables. Por el bien de Roberto debería alejarme.

Ya no me siento como una princesa, ya que bajo las escaleras tan rápido como mis zapatos me lo permiten. Tengo que irme. Necesito llegar a casa, arrancarme este vestido y no volver a mirarlo nunca más. ¿Qué es lo que me pasa? ¿Cómo pude dejar que me lastimaran así?

## CAPITULO 15

### Laura

—¿Laura? ¿Qué estás haciendo? — Roberto intenta alcanzarme, tocando mi hombro cuando estoy a punto de meter el brazo en mi abrigo. Apenas puedo verlo a través de las lágrimas de mis ojos cuando me gira para enfrentarlo.

—Me tengo que ir. Esto fue un error. Yo...— Le doy la espalda evitando su mirada por miedo a que pueda estallar en sollozos. Qué horrible giro ha dado la noche.

—¿Qué ha pasado? ¿Te agarró algún imbécil?

Me vuelvo para mirarlo, con la boca abierta.

—Estás bromeando, ¿verdad? — Frunce el ceño.

—No.

Honestamente piensa que uno de los otros hombres de la fiesta me manoseó. Dios mío, ¿está hablando en serio?

—Bueno, eso no es lo que pasó. Sino todo lo contrario. No quiero estar más aquí con...

Roberto gira la cabeza y mira hacia las escaleras, donde está Miriam. Sólo una mirada por el rabillo del ojo me dice que tiene una mirada triunfante en su cara de perra.

—Ah, ya entiendo. Ven aquí—, dice y me recoge en sus fuertes brazos.

Todavía llevo mi abrigo mientras me lleva al balcón a través de unas puertas de cristal. Estamos solos. Hace un frío espantoso, así que hay un poco más de privacidad.

—Por favor, Roberto—, susurro, luchando contra las lágrimas que todavía quieren caer. — Por favor. Sólo déjame ir. No debería estar aquí.

Me toma por los hombros y me gira hacia él. —Mírame, Laura—, me ordena. Levanto mi barbilla y miro sus hermosos y cálidos ojos. —Sólo quiero estar contigo. Si eres realmente infeliz aquí, podemos ir a donde quieras, pero no dejaré que te vayas sola. No quiero estar aquí sin ti.

—¿En serio?

—No digo cosas que no quiero decir—. Me acerca un poco más hacia su pecho, el vapor de su aliento crea una nube entre nosotros. —Y lo digo en serio cuando te digo lo hermosa que eres. Lo sexy que eres. Déjame adivinar: ¿Miriam trató de hacerte sentir pequeña y sin valor?

—Sí— lo abrazo.

—Porque es pequeña e inútil, y quiere llevar a todos a su nivel. Finalmente me desperté y vi lo ridícula que es, y ella odia eso. — Me suelta, se aleja con un suspiro. —Tengo que admitir que me quedé demasiado atrapado en la apariencia. Cómo me veía, no sólo físicamente, sino en general. Coches llamativos, novia llamativa, ya te haces una idea. No sé cómo sucedió, pero me desperté un día. Alguien en nuestro grupo de amigos dio positivo a VIH y la forma en que se convirtió inmediatamente en un paria me sorprendió. Sólo sé que nada volví a verlo de la misma forma después de eso. Porque, ¿adivina qué? Las cosas cambian. Podría perderlo todo mañana. Podría enfermarme, un autobús podría atropellarme, quién diablos sabe. ¿Y qué tendría yo?

Me mira, sonriendo tristemente. —Puedo garantizar que Miriam no se habría quedado a mi lado si me hubiera atropellado un autobús. Y todos esos amigos míos, y clientes, desaparecerían con el tiempo después de distraerse con sus propias vidas. Estaría solo. Sin nada que mostrar por todo el trabajo que puse en mi brillante apariencia. Es una completa mierda.

—Así que decidiste ir a los barrios bajos por algo real. Lo entiendo. No estoy aquí para salvarte la vida, Roberto, ni para darle un significado. Ella me hizo daño. Mucho. No estoy aquí para darle sentido a tu vida mientras me golpean, ¿sabes?

Asiente con la cabeza, solemne. —Gracias por tu honestidad. Te lo agradezco. Y para que conste, tampoco quiero que te golpeen. Como dije, sólo quería estar contigo esta noche. Siento que Miriam haya tenido que estropearlo. ¿Te estabas divirtiendo antes de eso?

— Lo estaba. Me lo estaba pasando muy bien, sin hacer mucho más que hablar y beber champán. Todos los demás eran amables. Cálidos, acogedores — Lo eran.

—No tiene que terminar. Realmente no debe acabar así, a menos que tú quieras que nos vayamos. Francamente, nada me gustaría más que ver que te diviertas como nunca esta noche. Especialmente si alguien más lo ve al mismo tiempo— Sacude la cabeza en dirección a la fiesta, donde Miriam está al acecho. —Me encantaría verte ahí con la cabeza en alto, mostrándole lo patética que es. Cómo no puede hacernos daño.

—¿Estás seguro de que no me trajiste aquí sólo para mostrarme a ella? — Pregunto, levantando una ceja.

—Para empezar, estabas allí cuando Gabriel me dijo que tuvo que invitarla. ¿Parecía que yo sabía que ella estaría aquí?

Oh. Me olvidé de eso.

—No, no parecía que tuvieras alguna idea al respecto.

—Y aunque quisiera traerte aquí para mostrarte, ¿qué significaría eso? — Él me alcanza, tirando de mí por la cintura. —Significa que estoy orgulloso de estar contigo. Estoy orgulloso de que me vean contigo, porque eres una mujer única e increíble. No importa lo que digan, no importa lo que diga cualquiera con un punto de vista tan retorcido como el de Miriam. Eres maravillosamente deslumbrante, simple y claramente, desde el momento en que te vi anoche, te quise con cada célula de mi cuerpo.

—¿En serio? — Estaba olvidándome de respirar.

—De verdad. ¿No fui lo suficientemente evidente?

No puedo evitar reírme. —Lo dejaste bastante claro.

—Muy bien, entonces. — Se inclina, sonriendo, y me besa profundamente. Mis brazos se enrollan alrededor de su cuello mientras que los suyos se deslizan alrededor de mi cintura, sosteniéndome firmemente contra su cuerpo.

No me importa mucho mi lápiz labial en este momento.

## CAPITULO 16

### Laura

No quiero que el beso termine, nunca, pero estamos en público, así que retiro suavemente mis labios de los suyos, pero él me abraza, nuestras frentes casi se tocan.

— Laura —murmura, acariciando mis mejillas con sus pulgares. Uno de ellos roza mi labio inferior, haciéndome temblar.

La forma en que susurra mi nombre... podría escucharlo por el resto de mi vida y nunca me cansaría. Suena como un hombre que se aferra a un hilo muy fino para no dejarse llevar por sus instintos. Un hilo que no me importaría ver romperse. La idea de que yo pueda ser la que lo vuelva loco me hace sentir poderosa. Podría acostumbrarme a ello.

Si me lo permitiera.

—Estoy aquí—, susurro, con los ojos cerrados, absorbiendo el momento. Entre la pura magia de él y la magia de las magníficas sensaciones que recorren mi cuerpo, estoy más segura que nunca de que esto es un sueño.

Si es así, creo que me quedaré dormida para siempre. Me pregunto qué pasó con la actitud que le mostré a Valentina hoy, qué pasó con mi convicción. Por qué está bien que lo quiera como lo quiero, que quiera que haya más entre nosotros de lo que hay.

Supongo que es porque mi cabeza da vueltas y apenas puedo pensar. —¿Tienes idea de lo que me provocas? — gruñe suavemente.

—Si es algo parecido a lo que me haces, creo que estamos en problemas.

Ambos nos reímos mientras sus manos se deslizan hacia mis hombros, y luego hacia mi espalda. Me acerca aún más, mis palmas contra su pecho, donde siento su corazón latiendo fuerte y firme. ¿No sería raro creer que lo hice excitarse un poco? Una cosa es escuchar a un hombre preguntar si sé lo que le hago, pero otra es sentir la evidencia dura contra mi estómago.

—Por cierto—, dice, —cuando dije que eras la mujer más hermosa de la fiesta de esta noche olvidé añadir que también eres la más sexy, la mejor de todas.

Una voz en mi cabeza se pregunta si alguna vez le ha dicho algo así a Miriam. Por supuesto, no sería justo preguntar, y arruinaría el momento.

—Entre tú y yo, creo que eres la única persona en la fiesta que tiene esa opinión.

Intento ser graciosa, hacer que se ría un poco, pero no ve el humor. Su frente se arruga mientras sus ojos buscan los míos. —¿Por qué haces eso?

—¿Hacer qué?

—Hablas mal de ti misma e intentas que parezca que estás bromeando, aunque es obvio que no lo estás.

Abro la boca y la cierro. La cosa es que no puedo dar una respuesta que no suene ridícula. ¿Por qué lo hago, de todos modos, ahora que lo menciona?

—Es complicado— susurro.

—¿Qué tiene de complicado?

Y la cosa es que va en serio. No tenía ni idea de por qué a una persona le costaría aceptar un cumplido, por qué me incomodaría que un hombre como él me dijera que soy mucho más bella que estas mujeres obviamente bellas. Él sigue mirándome, esperando que yo le explique.

—¿Sabes algo? — Doy un paso atrás, dejando el círculo de sus brazos. —Creo que eres el único hombre que me ha hecho un cumplido así y que lo dice en serio. Definitivamente eres el más guapo. No me da la idea de que estés tratando de obtener nada, ya sabes, dinero o un lugar para quedarte o incluso sexo. Porque no necesitas esas cosas de mí. Puedes conseguirlas donde quieras.

—Tienes razón. Puedo hacerlo. Así que lo que sea que te diga, lo digo en serio.

—No entiendes lo que eso significa para una chica como yo. — Necesito alejarme de él por un minuto. No puedo mirarlo a los ojos ahora mismo. Es todo demasiado embarazoso. Demasiado emocional. Casi no sé por qué le digo estas cosas, ya que no creo que me haya abierto así con ningún hombre. Especialmente con un completo extraño.

Tal vez es porque todavía sabe tan poco sobre mí que soy capaz de mostrarme por completo ante él.

Respiro profundamente para estabilizarme.

—Como sabes, anoche rompí con mi novio. No, no, mantengámoslo real. No rompí con él, él me dejó, pero hoy le obligue a cumplir con lo que me dijo cuando termino conmigo.

—¿Lo hiciste? — Bien por ti. — Su voz es firme y llena de satisfacción.

Asiento con la cabeza.

—Lo empaqué todo cuando llegué a casa hoy y le hice ir a recoger sus cosas. — Su risa me da un poco más de valor.

—No fue muy amable conmigo. Me dijo que no podría llevar este vestido, eso por un lado, también dijo que no podría quitármelo.

Roberto deja salir un gruñido bajo.

—Es un idiota o ciego como un murciélago. Me gustaría quitarte el vestido. Con mis dientes.

—Hablo en serio—, susurro. —Aprecio el sentimiento, pero hablo en serio. Nunca me había puesto este vestido antes de esta noche porque Javier, el imbécil, me dijo que estaba demasiado gorda para él. Que me vería ridícula con él. Y le creí. ¿Entiendes lo que digo? No es como si fuera el primero en decirme lo gorda que estoy. Lo ridículo que sería pensar que soy tan bonita o sexy como las chicas que están en esta fiesta... bueno, ya sabes a quién me refiero.

—No deberías haber empacado sus cosas—, gruñe. —Deberías haberles prendido fuego.

Aunque todo tipo de emociones se agitan dentro de mí, tengo que reírme de eso. Imagina la cara de Javier si hubiera llegado a buscar los restos carbonizados de sus cosas.

—Sí, ojalá lo hubiera hecho. Pero entonces, ¿dónde viviría? No vale la pena quemar un apartamento por él.

—Tiene suerte de haber ido a buscar sus cosas antes de que yo llegara a buscarte esta noche —, murmura Roberto, deslizado un suave brazo alrededor de mi cintura. —Es un pedazo de mierda sin valor, y darle una paliza hubiera sido una buena manera de cerrar mi año.

—Verte hacerlo habría sido una buena manera de cerrar el mío—, tengo que admitir, —pero te ves tan guapo—. No me gustaría que te ensuciaras la ropa.

—¿Guapo? — dice con una sonrisa divertida. —Muy amable de tu parte—. Me da un dulce y tierno beso en el hombro. —Sin embargo, me hizo un favor, este imbécil que solía ser tu novio.

—¿Qué hizo él por ti?

—Fue lo suficientemente estúpido como para dejarte ir. Y ahora eres mía—. Se pone detrás de mí y me pasa las manos por los costados antes de apoyarlas en mis caderas. Qué curioso. Solía odiar que me tocaran allí, como si la presencia de unas manos en mi grasa las hiciera evidentes para la persona que me toca. Como si negarme al placer de ser acariciada hiciera desaparecer mis imperfecciones.

Me apoyo en él. Él también se apoya en mí, y el olor de su colonia es básicamente un afrodisíaco. Se envuelve alrededor de mi cabeza y me hace preguntarme por qué no nos hemos quitado la ropa.

—Eres una mujer hermosa—, susurra, su aliento caliente contra mi oído. —Sólo porque algún idiota no te haya visto por lo que realmente eres no cambia lo que vales. Es un estúpido al no darse cuenta. Sé que me hace parecer un padre que intenta animar a su triste hija, pero es la verdad.

—Lo hace.

—Sólo los pequeños tratan de hacer que los demás se sientan pequeños, para arrastrarlos a su nivel. Te hizo infeliz, así que no merece mi simpatía, pero casi me siento mal por el pobre bastardo, sabiendo lo miserable que debe ser para tratar de hacerte miserable. Tú vales mucho

más que lo que te hizo pasar. Espero que finalmente te des cuenta de eso.

Lo gracioso es que estoy empezando a hacer precisamente eso. Y todo gracias a él. La respiración profunda que tomo llena mis pulmones con aire frío y limpio que podría jurar que se siente como si estuviera limpiando toda la basura vieja y haciendo espacio para algo nuevo y mejor.

—Supongo que es tan buen momento como cualquier otro para empezar a cambiar mis ideas sobre mí misma—, razono. —Año nuevo, nuevo yo, todo ese jazz...

Su suave risa envía un cálido aliento sobre mi cuello, es gracioso como algo tan cálido hace que se me ponga la piel de gallina. —Mientras no cambies mucho de ti misma, ya que me gustas tal como eres, pero si hay una manera de que seas más feliz, estoy a favor.

Con él detrás de mí, literalmente, tengo la sensación de que no hay nada que no pueda hacer. Dios, ¿qué es lo que hace que salga la tonta cursi que hay en mí? Me hace pensar todas esas cosas que normalmente no pensaría. De repente, mis pensamientos salen sonando como tarjetas de felicitación.

Podría olvidar todo el pasado. Si no lo olvido, al menos lo podría superar. Dejarlo atrás. Un equipaje así es demasiado pesado para llevarlo conmigo. Quiero ser feliz. Quiero seguir adelante.

Sólo una cosa me frena: saber que esta noche es sólo esta noche. Una fiesta es sólo una fiesta. No importa lo dulce que sea, no importa lo caliente que haya sido el sexo anoche, es lo que es. No hay nada más. Si quiero dejar atrás el pasado, tendré que hacerlo por mi cuenta.

Al menos sabré que me quería. Sabré que lo he conseguido. Y es tan buen punto de partida como cualquier otro.

Con eso en mente, decido disfrutar del momento. No me quedará nada después de esta noche. Miriam tenía razón, aunque también es una perra. Nadie nos aceptaría nunca juntos, y él terminaría pareciendo un chiste por mi culpa. No soy gorda, no de la forma que ella me hizo parecer, pero tampoco soy como ella. No soy como él.

—Tengo una idea—. Me giro en sus brazos, forzando una sonrisa que no siento. Quiero que me recuerde con cariño, no como la chica que le hizo morir congelado en el balcón de la casa de su amigo.

—¿Qué cosa? —, sonrío. No tiene ni idea de lo que he estado pensando, ni de la confusión en mi cabeza y mi corazón. No sabe lo querido que se ha vuelto para mí. Tiene una manera muy especial de ser. Debería embotellarlo y venderlo, estoy segura me haría millonaria por todas las chicas que querrían tener un poco de un hombre como él.

—Creo que deberíamos entrar y disfrutar del resto de la fiesta, en lugar de quedarnos aquí fuera y congelarnos el trasero.

—Me siento muy caliente ahora mismo—, me informa con una sonrisa sexy.

Una brisa helada toca mis piernas desnudas, haciéndome temblar. —Sí, bueno, estoy mucho más desnuda que tú.

## CAPITULO 17

### Laura

—No pensé que ustedes dos volverían a entrar—, Gabriel nos sonrío cuando volvemos a la fiesta.

Roberto me quita el abrigo de los hombros y se lo da al hombre que los recibe para que lo cuelgue con los demás. —La señorita es mucho más sensata que yo—, explica. —Preferiría haberme quedado ahí fuera donde pueda oír mis propios pensamientos. Sabes que no soporto los grupos grandes.

—Lo sé, lo sé, te da dolor de cabeza—, responde Gabriel con un guiño en mi dirección. —Entonces, ¿qué hace para ganarse la vida? Se compra un gimnasio que siempre está muy repleto de gente.

—Si no estuviera lleno, ¿cómo podría ganar dinero? — Roberto pregunta.

Gabriel sacude la cabeza, volviendo su atención hacia mí otra vez.

—Podría haber entrado al negocio conmigo, te das cuenta. Nunca tendrías que pasar tiempo en un gimnasio apestoso y sudoroso.

—Entonces nunca me hubiera conocido Laura. Además no tengo cabeza para todas esas cosas de computadoras,

— Roberto dibuja un círculo, deslizando un brazo alrededor de mi cintura.

—No, pero tienes el mejor radar para los negocios. — Le roba una copa de champán a un camarero que pasa. —Y eso habría sido suficiente para mí.

Roberto pone los ojos en blanco. —¿No tienes otros invitados a los que poder molestar ahora mismo con viejas noticias en vez de hacerlo con alguien que traje para impresionarla un poco?

Gabriel se encoge de hombros de buena manera.

—Pensé que debería saber de inmediato lo idiota que eres.

—Estoy seguro de que se dará cuenta por sí misma, gracias. — Vuelve a poner los ojos en blanco mientras me lleva hacia el otro extremo de la casa, pasando entre el resto de los invitados.

—A ustedes dos les gusta romperse las pelotas mutuamente, supongo.

Su risa vergonzosa me dice que tengo razón. —Es una especie de hábito de toda la vida que ambos tenemos. Supongo que esta noche me toca a mí. Me lo merezco. La última vez que traje a

una chica, le conté la historia de cómo una vez se sentó sobre un cactus durante una carrera en el campo.

—¿Lo hizo? — Me río.

—Sí, y saltó y lloró como un bebe y tuvo que hacer que se los quitaran uno por uno delante de un montón de gente. Nunca he dejado de recordárselo.

Casi odio reírme de aquello, Me cubro la boca con ambas manos en un vano intento de taparla. — oh, pobre chico. Es una lástima.

—Dejó todos los deportes después de eso. Supongo que fue para mejor. Después de eso, se dedicó a las computadoras, a la codificación y a la construcción.

—Eres muy duro con él—, le digo en broma.

Sonríe, sacudiendo la cabeza.

—Todo es por diversión. Es lo más cercano a una familia que tengo. Mataría por él, y sé que él haría lo mismo por mí.

Llegamos a la mesa donde se han preparado varios postres: pudines, pastelitos, cositas lindas que parece que quien las preparó encontró la inspiración en Pinterest. Apostaría cualquier cosa a que no fue Gabriel. Cuando eres lo suficientemente rico, contratas a gente para que haga cosas así por ti.

—¿Hambrienta? — Roberto carga un plato con las fresas más rojas y deliciosas que he visto. Incluso huelen bien.

Por supuesto, después de lo que acaba de pasar arriba, mi inclinación inmediata es a negarme. La última cosa que cualquier chica que ha sido etiquetada como —gorda— quiere hacer es ser vista comiendo en público, especialmente después de que se le recuerde lo ridícula que se ve cuando está de pie al lado de un hombre esculpido a cincel, imposiblemente más guapo que se gana la vida reformando cuerpos.

Pero tengo hambre. No he comido nada desde el almuerzo. ¿Por qué debería negarme a comer cuando tengo hambre? ¿Sólo porque alguien podría tener algo que decir al respecto? Al diablo con ellos. Miro el montón de fresas y una imagen loca de él dándomelas a mí flota en mi cabeza. Tal vez con una venda sobre mis ojos. Me estoy convirtiendo en una maníaca sexual.

—Me encantarían algunas de esas fresas—, digo rápidamente. —Y tal vez un poco de salsa de chocolate. — Al diablo con cualquiera que tenga un problema con ello. Está muy bien.

—¿Y qué tal un baile una vez que terminemos de comer? — pregunta. —Me prometiste uno.

¿Bailar con él? ¿Con toda esta gente mirando? —¿Lo hice? El champán se me debe haber subido a la cabeza.

Se acerca más, abrumándome con su cuerpo.

—Vamos. Me muero por tener otra excusa para ponerte las manos encima.

Una excusa para ponerme las manos encima, delante de toda esta gente. ¿No sería eso suficiente para matar a Miriam de un ataque de nervios si ella lo viera por casualidad? Sé que no debería importarme tanto lo que ella piense sobre cualquier cosa, pero soy humana.

—De acuerdo. Asegúrate de que tome otro trago primero, sólo para tomar el suficiente valor.

—Vamos, yo sé que tú sabes cómo moverte. Lo he visto con mis propios ojos.

Dice con un guiño malvado. Miro alrededor mientras mis mejillas arden sin control.

—¡Ro!.

—Es verdad—, se encoge de hombros. —Y nadie lo escuchó. Están todos muy ocupados con ellos mismos. No te preocupes tanto.

—No me preocupo—. Pero se equivoca al decir que nadie nos presta atención. Hemos estado llamando la atención toda la noche, miradas, sonrisas y algunos susurros, pero nada tan drástico como lo que Miriam dijo arriba. Aun así, somos la pareja perfecta esta noche.

La banda toca una canción lenta y jazzística que reconozco vagamente.

—¿Lista? —, pregunta, tomando mi mano sin molestarse en esperar una respuesta. Bueno, supongo que esto es mejor que una melodía rápida que me haga saltar del vestido.

La multitud parece separarse mágicamente mientras caminamos, y por supuesto elige un lugar en el centro de la pista de baile. Supongo que los hombres como Roberto están acostumbrados a estar en medio de las cosas. Es más que probable que ni siquiera piense en aquello.

Se vuelve hacia mí, tomando mi mano derecha en su izquierda y tirando de mí hacia él con la mano que tiene presionada en la parte baja de mi espalda. Mi mano izquierda descansa sobre su hombro derecho. Maldita sea, ¿cómo se las arreglan las costuras de su camisa y chaqueta para sujetarse contra todos estos músculos?

Y empezamos a balancearnos.

Nuestros cuerpos se mueven juntos sin una pizca de torpeza, ni siquiera un poco de torpeza. Nunca he tenido tanta gracia en mi vida. Es como si hubiéramos estado haciendo esto toda nuestra vida, con él guiando y yo siguiendo, sin necesidad de que ninguno de los dos diga una palabra.

La mano en mi espalda se aprieta, su pulgar recorre mi columna vertebral mientras me dirige. Es un hombre natural, fuerte, dominante y sensual. Se inclina sobre mí, me sumerge de nuevo, y una risa sin aliento me quita la respiración.

Cuando nos enderezamos, nuestras bocas están sólo a centímetros una de la otra. Sus labios son como un imán que me atrae, me reta, se burla de mí, me hace una promesa velada. Quiero

inclinarme y probarlos, pero me contengo. Basta con estar así de cerca de él, dejando que la música nos mueva como nos movíamos juntos en la cama.

Su muslo se desliza entre mis piernas, sólo un poco, pero el calor que se ha estado acumulando allí todo el tiempo arde más. Quiero deslizarlo más adentro, para balancearme contra él. Si no tuviera público... Enrolla mi brazo alrededor de su cuello, nuestros dedos aún unidos, y deslizo mi otra mano desde su hombro hasta la nuca.

Dobla la cabeza, rozando su boca contra mi garganta.

—Sabes más delicioso que esas bayas—, susurra, respirando deliberadamente en mi oído y haciéndome temblar. —No puedo esperar a comerte de nuevo esta noche.

Mis caderas se mecen de un lado a otro en respuesta, la sensualidad que despierta en mí sube a la superficie abrumándome hasta que apenas puedo respirar. Quiero dejar que mi cabeza caiga hacia atrás, dar acceso a su boca para explorar más mi piel, abandonarme a él y al placer que él me quiere dar.

En vez de besarme en la garganta, como yo quiero, me pasa la mano por el costado y hasta la cadera, tirando de mí hacia él, y rozando su centro contra mí. Tengo que apretar los dientes para contener un gemido audible. Se ríe a sabiendas cerca de mi oreja.

¿Cómo podré olvidarlo cuando esto termine? ¿Cómo podré bailar con otro hombre sin compararlo con Roberto? ¿O no sentir un sentimiento de anhelo, pérdida y vacío ahora que sé lo que la lujuria y la pasión realmente son? No tenía ni idea antes de hoy de lo que realmente significaban. En un solo día, mi vida entera se ha puesto patas arriba.

Cuando la música termina, seguimos en el centro del salón, nuestros cuerpos casi pegados. Sólo mueve sus manos de mi cadera para tomar mi cara entre sus manos. Dejando salir una mezcla entre un suspiro y un gruñido, lo veo controlar en sí mismo lo que yo trato de controlar en mí.

Sus ojos son claros y llenos de sinceridad. Me ve. Realmente me ve. Puedo sentir su pasión, y no sólo en la presión de su pene pétreo contra mi muslo, sino en la tensión de cada músculo de su cuerpo. En la forma en que su corazón se acelera bajo la palma de mi mano, me apoyo en su pecho.

—Eres mucho mejor bailarina de lo que te atribuyes — susurra, con la voz firme y temblorosa. —Apuesto a que eres mucho mejor en todo en lo que no te das crédito. Tendré que averiguar en qué más eres buena y que no crees que puedas hacer.

Dios, quiero besarlo. Quiero perderme en los ojos que están mirando tan profundamente a los míos. Quiero olvidar todo lo que ha pasado antes de él y empezar de nuevo, viéndome como él me ve.

Me ve como la mujer que deseo ser. No puedo creerlo. Honestamente no puedo creerlo.

Cuando me mira así a los ojos, podría jurar que me estoy enamorando de él.

—¡Todo el mundo!

Lleva un segundo, pero nos las arreglamos para dejar de mirarnos fijamente el tiempo suficiente para dirigir nuestra atención a Gabriel, que está de pie en la plataforma frente a la banda con su copa de champán levantada en alto.

—¡Cuenten conmigo! — grita, sonriendo, levantando la muñeca para poder seguir su reloj. —Diez... nueve... ocho....

Mierda. Casi olvido por qué vinimos aquí en primer lugar.

Miro a Roberto. Me mira, con una esquina de su exuberante boca curvada en una sonrisa. — Siete... seis... cinco....

Todos están en cuenta regresiva menos nosotros. No sé si puedo encontrar mi voz, o elevarla lo suficiente para que se oiga en el resto de la habitación.

—Cuatro... tres... dos....

Quiero estar toda mi vida con este hombre. No tiene sentido, podría hacerme quedar en ridículo y podría ser un insulto para él, para su profesión, pero me importa un bledo. Lo quiero a él. Quiero seguir sintiéndome como él me hace sentir.

—Uno....

La habitación entra en erupción, hombres y mujeres cayendo en los brazos de los demás con serpentinas y confeti volando por el aire. Hay muchos vítores, muchos gritos y muchos besos.

La banda comienza a tocar —Auld Lang Syne— y un grupo de invitados comienza a cantar, borrachos y con gusto.

Y luego, estamos nosotros. Mirándonos el uno al otro. Perdidos en los ojos del otro. Bien podríamos ser las únicas personas en la habitación. En el mundo.

—Feliz Año Nuevo—, digo, sabiendo que no podría escucharme, aunque alzara la voz.

—Feliz Año Nuevo, dulce Laura—. Me atrae, sus ojos buscan los míos, y mi corazón casi se detiene. Apenas puedo soportarlo. ¿Me está pasando esto realmente? Cosas como estas no me pasan a mí. Los hombres como él...perfecto, sexy, masculino, rico como el demonio, no entran en la vida de mujeres como yo.

Y si lo hacen, seguro que no quieren quedarse mucho tiempo. Tal vez sólo una aventura en una noche de borrachera.

Pero aquí está, sosteniéndome y mirándome a los ojos mientras me acaricia la espalda con esas fuertes y hábiles manos suyas, creo que me estoy enamorando de él. Cuando se inclina para rozar sus labios contra los míos, burlándose y tentándome, me he hundido hasta el fondo en este sentimiento.



## CAPITULO 18

### Laura

No hablamos mucho en el coche.

¿Qué hay que decir después de una noche como la que acabamos de tener? Es más de la una, lo cual para mí podría ser el amanecer. Me duelen los pies y estoy cansada.

Pero es más que la fatiga física, mucho más. Estoy confundida, así que es bueno que se me haya subido el champán a la cabeza, o podría empezar a pensar demasiado y eso es probablemente lo peor que puedo hacer. Siempre termino haciendo un desastre cuando lo hago.

Es tan sólido. Tan fuerte. Tan firme. Tan real. Mi cabeza se apoya en su hombro, su brazo me rodea con su mano y me sujeta el muslo. Es el gesto más natural del mundo, el tipo de cosa que haría si nos conociéramos desde hace años. Un simple toque. El recordatorio de que está aquí.

—¿Cómo te sientes? — pregunta, besando la parte superior de mi cabeza. Sus labios se quedan ahí. Otro gesto simple y suave, pero el tipo de cosa que hace que una chica se sienta deseada. Querida.

El tipo de cosas que siempre quise que Javier hiciera. Nunca lo hizo. Gracias a Dios, no lo hizo o nunca habría tenido la oportunidad de experimentar esto. Incluso si es brevemente. Ahora sé por qué dicen que es mejor haber amado y perdido que nunca haber amado.

—Un poco cansada—, lo admito. —Pero bien.

—¿Contenta?

—Tan feliz como puedo imaginar que se siente pasar una noche con alguien como tú.

—Creo que nosotros podemos mejorarla.

—¿Podemos? — Me encanta la forma en que usa la palabra, aunque me digo a mí misma que no le dé demasiada importancia. No debería. No puedo. Desearía que mi corazón me escuchara. Corazón estúpido, siempre apresurándose en relaciones que sólo le dan patadas y moretones.

Se encoge de hombros. Siento los músculos que se mueven bajo su ropa cuando lo hace.

—¿Por qué deberíamos detenernos en algo tan bueno como...? ¿Por qué no intentar hacerlo mejor? Si tuviera la oportunidad, me aseguraría de pasar cada día haciéndote más feliz de lo que te podrías imaginar. — Sonríe, sus ojos se arrugan en las esquinas. Sexy. Muy sexy. —Algo me dice, por lo que me has dicho antes, que no has pasado mucho tiempo imaginando lo feliz que podrías ser.

Es la verdad.

—Supongo que estoy poniendo el listón muy bajo entonces, ¿eh? — Sonríe, mirándolo. — Quiero decir, si tuvieras la oportunidad de asegurarte de que soy más feliz de lo que puedo imaginar, y nunca imaginé mucho....

—Nunca he sido de los que sólo limpian el bar—, murmura.

Recuerdo inmediatamente la forma en que me trató anoche, lo bueno que fue conmigo, cómo no se conformó con solo ser suficiente.

—Espero que no esperes que te lleve a tu casa. — No hay ninguna duda al respecto. No me preguntó si quiero ir a casa con él. Porque él sabe que lo deseo. Lo necesito. Si me dejara en mi casa ahora mismo, lloraría hasta quedarme dormida por una gran decepción.

—No. No espero que me lleves ahí. — Mi voz es tranquila, pero hay algo misterioso que late en ella.

# CAPITULO 19

## Laura

Apenas pasamos por la puerta principal antes de que esté sobre mí.

Ni siquiera tengo la oportunidad de recuperar el aliento. Me sujeta con su cuerpo a la puerta cerrada antes de aplastar mi boca con la suya. Su lengua se mete dentro, barriendo alrededor de mis labios y deslizándose contra mi lengua, y no tengo más remedio que agarrarme de sus hombros para no caer al suelo.

Los sonidos que nunca he escuchado de mí o de nadie los produzco ahora mismo, desde lo profundo de mi garganta mientras me besa cada pizca de razón que queda en mi cerebro se evapora. Sus manos se mueven por mis costados, deslizándose sobre el satén. Es su turno de gemir, los dedos apretando mis caderas antes de que se las lleve hacia él para refregarlas contra su centro.

Envuelvo mi pierna alrededor de su muslo, el vestido se desliza hasta mi cadera, y él explora mi piel con un toque tan hábil que hace que me tiemblen las rodillas. Emite un profundo gruñido, gran parte del sonido se pierde en mi boca mientras nos besamos, me dice lo que le hace el tacto de mi cuerpo.

Y eso sólo me empuja más alto, me hace estar más desesperada por sentirlo, probarlo. Le pongo la chaqueta del traje en los brazos, dejando que mis manos absorban el bulto de sus músculos a través de la delgada camisa, antes de enrollar su corbata alrededor de mi mano y tirar de él para otro profundo y largo beso.

—Mmm...— gime, retrocediendo, una leve sonrisa aparece en la comisura de sus labios.

—Amo a los hombres que usan corbata—, gimo. —He querido agarrarte por la corbata desde el momento en que te vi por primera vez esta noche.

—Tendré que tenerlo en cuenta para más adelante—, promete antes de bajar la cabeza para pasar su lengua por mi garganta. Cierro los ojos, mientras la sensación se apodera una vez más del pensamiento racional. Sólo quiero sentir. Quiero llegar tan lejos como él esté dispuesto a llevarme.

Su cabello es tan grueso. Paso mis dedos por él, suspirando, gimiendo de deseo mientras sus manos encuentran mis pechos y los aprietan antes de desabrocharme el vestido, liberándolos.

—¡Oh, Dios! — Grito, arqueando mi espalda cuando su lengua se arremolina en un círculo caliente y húmedo alrededor de mi pezón, antes de que lo apriete en la justa medida entre sus dientes. Hace lo mismo con el otro, casi gruñendo posesivamente como un animal macho peleando por una hembra, y oh, Dios mío, me derrito por dentro. Él está tan excitado como yo.

Es suficiente para volverme loca.

Cuando me toma el trasero con ambas manos y lo levanta, salto y le envuelvo las piernas alrededor de la cintura. Le permito que me lleve a la habitación. Nos caemos en la cama.

Me retuerzo bajo él, me gusta la sensación de poder relajarme contra la cama y sentir el peso de su cuerpo mientras se asienta encima mío, y me encanta poder concentrarme en la forma en que se sienta encima de mí, la forma en que sus músculos se flexionan bajo mis manos mientras continúa su lenta y húmeda exploración de todo lo que puede conseguir con las manos o la boca. Él levanta el vestido por encima de mi cintura. —¿Qué es esto? — pregunta mirando mi tanga.

—¿Te gusta?

Dobla la cabeza y me lame el ombligo. —Sí, me gusta—. Jadeo.

—¿Te frota fruta fresca en la piel o algo así? — pregunta.

—No, ¿por qué?

—Porque sabes jodidamente increíble—, respira. —Incluso mejor de lo que recuerdo. Deberíamos habernos quedado aquí ayer. Podría haberte comido toda la noche.

Me muerdo el labio para que no salga el comentario sabelotodo que sé que sólo sonaría torpe, pero cuando su lengua barre la parte interior de mi muslo, mis caderas se salen de la cama y un grito gutural sale de mis labios. Se ríe, aprovechando la oportunidad para enganchar sus dedos alrededor de la cintura de mi tanga y bajarla hasta mis muslos.

Levanto mis piernas, permitiéndole que me quite la ropa interior. Me separa los muslos, colocándose entre ellos con una sonrisa malvada. —Tu coño está tan mojado que me vuelve loco —, gruñe antes de inhalar profundamente mi olor, y luego entierra su cara entre mis piernas.

Me corro.

No queda nada de mí, salvo un animal retorcido, gritando y suplicando. Nunca me sentí cómoda siendo ruidosa antes. Tampoco tuve nunca una razón para gemir fuerte. Ahora tengo la libertad para dejarme llevar, dejarle saber lo bien que me hace sentir para que siga haciéndome lo que sabe hacer tan bien, sí. Que esto no termine jamás. Sí, quiero más.

Él sostiene mis muslos antes de pasar la punta de su lengua sobre la punta de mi clítoris y yo pierdo la cordura completamente, montando su cara mientras me vengo con un grito tembloroso. Pero no se detiene. No puedo aguantar más. Me va a matar, ¿no sabe qué me va a matar si no se detiene?

Pero no muero, y los espasmos pulsátiles no terminan. Siguen y siguen, extendiéndose a través de todo mi cuerpo, provocando que vea explosiones detrás de mis párpados cerrados. ¿Cuándo terminará? No lo sé. No sé si quiero que termine. Continúa, rodando a través de mí, y mi voz eventualmente se quiebra y se rompe por el esfuerzo mientras mi cuerpo deja de arquearse y finalmente cae de espaldas contra el colchón agotado y Roberto saca su cara de mi vagina para

tomar aire.

—Dios mío—, gime, como si fuera el único cuyo cuerpo ha estallado de adentro hacia afuera. —No tienes ni idea de lo sexy que te ves cuando acabas.

—¿En serio? — Murmullo, mi cerebro todavía se agita.

—Tan... malditamente... caliente...— Puntúa cada palabra con un beso en el interior de mis muslos, luego se levanta sobre sus rodillas y se desabrocha la camisa. —Quítate el vestido.

Hago lo que me dice, aunque me tiemblan las manos y aún estoy a medio camino de la luna. No tiene ni idea de lo que me acaba de hacer sentir, obviamente, o no tendría tanta prisa.

Su pene se libera cuando se baja los pantalones y los calzoncillos, y desenrolla un condón antes de deslizarse dentro de mí sin decir una palabra. Todavía estoy bajando del orgasmo más largo y grande de mi vida, así que el primer empujón es otra explosión de pura sensación.

No se toma su tiempo, y no quiero que lo haga. Quiero que me monte, que suelte todo lo que ha estado reteniendo toda la noche. Hay algo primitivo en sus empujes, en la forma en que gruñe cada vez que se hunde en mi vagina. Dejo que el animal que hay en mí se encuentre con el animal que hay en él, rastrillando mis uñas por su espalda ondulante y sonriendo cuando silba de dolor y placer, todo mezclado.

Debe gustarle, porque sus empujes se aceleran y su respiración se hace más dura, más irregular, su ritmo se pierde en el frenesí de su pasión. Todo lo que puedo hacer es aguantar, mis músculos se tensan a su alrededor mientras ambos nos acercamos al límite.

—Así es ... vente por mí otra vez ...— Me mira, rechinando ahora, con los dientes apretados. —Vente por mí, Laura.

Empiezo a sentir esa presión familiar en mi núcleo, el apretón que indica que algo grande está a punto de suceder. Voy a perseguir esa sensación, moviendo mis caderas para empujarme contra él mientras él se empuja contra mí. Nuestros cuerpos chocan entre sí, cada vez más fuerte y rápido, nuestros ojos se cierran mientras nos empujamos el uno al otro al límite y más allá.

Justo antes de cerrar los ojos, le veo echando la cabeza hacia atrás. Su grito victorioso se mezcla con el mío. Mezclado con mi placer, sin mencionar el olor, el tacto y el sabor de él mientras se derrumba sobre mí, el saber que nos fuimos juntos en el mismo momento.

Nuestros gemidos se hacen más silenciosos hasta que solo se escucha la respiración pesada de ambos, que finalmente se calma hasta nada más que un suspiro ocasional antes de que se dé vuelta.

—Tú sacas algo escondido en lo más profundo de mí ser—, susurra, tocando algo muy sensible dentro de mí.

Giro la cabeza a un lado para mirarlo. Dios, es hermoso. En la tenue luz de la calle que entra por las persianas a medio cerrar, su cuerpo es perfecto. Puedo distinguir cada línea, cada plano,

cada músculo que sobresale en su exquisita piel.

—Sé lo que quieres decir—, respiro.

—No era la sesión larga y lenta que quería darte esta noche—, se lamenta. —Lo siento. No pude detenerme.

—¿Honestamente crees que tienes algo por lo que disculparte, después de lo que me acabas de hacer? — Pregunto cansadamente. La sesión me quitó hasta el último gramo de energía. Apenas puedo mantener mis ojos abiertos.

—Pasé toda la noche imaginando tu cuerpo bajo ese vestido... ..teniendo la oportunidad de finalmente tocarte y saborearte fue demasiado para resistirme. Supongo que sacas a relucir el niño codicioso que hay en mí.

No hubo nada de infantil en lo que me hizo, y no me hizo nada parecido a lo cualquier otro hombre me ha hecho. Dudo que sea capaz de tener una actuación mediocre.

—Feliz Año Nuevo—, dice con una risita suave. Acerca mi cuerpo al suyo antes de envolverme en sus fuertes brazos.

—No puedo esperar a ver lo que el resto del año me tiene reservado—, murmuro, ya medio dormida mientras mis ojos se cierran.

## CAPITULO 20

### Laura

...despierto lentamente, una parte de mi cuerpo a la vez. Puedo sentir las sábanas sedosas contra mi piel, las almohadas debajo de mi cabeza. Escucho su respiración detrás de mí. El calor de su cuerpo es evidente sobre mi espalda. Está cerca, pero no me toca.

Cielos, y pensé que me despertaría en mi propia cama por un momento. Realmente lo hice. ¿Cómo puede ser que lo de anoche haya sido real? ¿Cómo puede ser real algo de lo que pasó? Ni siquiera sabía que era capaz de tener múltiples orgasmos, u orgasmos prolongados, o lo que sea que me haya pasado anoche.

Pero es real, porque aquí estoy. En su cama. Por segunda mañana consecutiva.

Se mueve detrás de mí, con un brazo que se arrastra por mi lado.

—Buenos días—, me susurra en la nuca. Suena como un hombre completamente satisfecho con sus elecciones en la vida. Que me incluyen a mí. No hace falta decir que estoy de acuerdo con esto.

Por eso me contorsiono un poco contra su cuerpo.

—Buenos días.

Su risa baja agita los pelos de mi cuello.

—Cuidado. No sé si quieres algo de esto antes de que me bañe. Me hiciste sudar un poco anoche, recuerda.

—¿Qué, no puedo rozarte sin que pienses que es un engaño para que follemos? — Pregunto, con toda inocencia. —Necesita limpiar esa sucia mente suya, señor.

—No te pillé quejándote de mí sucia mente anoche.

—No he dicho que mi mente no esté sucia también.

Su risa calienta más mi piel. Siento como si estuviera brillando por dentro mientras me envuelve en sus brazos.

—Creo que necesito una ducha. ¿Te gustaría acompañarme?

¿Qué clase de pregunta es esa?

¿Quién podría culparme por pensar que nosotros dos estando en un lugar húmedo, vaporoso y resbaladizo terminaríamos bastante... bueno... orgásmicos?

En cambio, es dulce. Juguetón. Incluso tonto. Me deja moldear su pelo en un mohicano. Me ataca con la ducha de mano, rociándome hasta que yo, riéndome, le pido que pare.

Al final, me apoyo en él y le permito que me lave el pelo. Mis ojos se cierran solos, sin que yo lo quiera. La sensación de sus dedos en mi cuero cabelludo es pura magia. Es suave y lento, masajeándome con una ternura que aún me sorprende.

Nunca hubiera esperado que fuera tan amable si nos hubiéramos cruzado en la calle o en algún otro lugar al azar. De hecho, asumiría que era un idiota, un bruto, incluso con su buena apariencia y ropa bonita. Supongo que eso es lo que obtengo por juzgar el libro por su portada.

Cuando termine conmigo, estaré más confundida que nunca con él. ¿No sería más fácil para mí irme y terminar con esto? Pero parece que él no quiere eso. Sé que yo no lo quiero. Me mudaré con él hoy si él quiere, cuidado con lo que dices. Definitivamente podría vivir con esto.

Pero no puede querer eso. ¿Verdad? ¿No quieren los hombres solteros que la chica salga por la puerta lo antes posible la mañana siguiente?

Me seco el pelo con el mismo tipo de toalla gruesa y suave envuelta alrededor de mi cuerpo. Incluso las toallas son de primera calidad. No es suficiente que haya pasado las últimas dos noches en una cama que me recuerde cómo se siente estar acunada en las alas de un ángel, o que las sábanas de esa cama sean lo más suntuoso que he sentido.

Verlo con una toalla colgada de la cintura es casi suficiente para que se me salten las lágrimas. El creador sabía lo que estaba haciendo cuando llegó el momento de crear a este hombre. ¿Sabe siquiera lo increíble que es? Si yo fuera él, no dejaría de mirarme en el espejo todo el día.

—¿Qué? — pregunta con una sonrisa cuando pasa por donde estoy sentada en el borde de la cama.

—Nada.

Me mira por encima del hombro mientras pasa por su tocador. Maldición, se va a vestir. ¿Sería mucho pedir que se quedara en toalla todo el día?

—¿Estás segura? Porque pusiste una graciosa sonrisa por un segundo.

—Te estaba deseando, ¿de acuerdo? Cielos. Deja que una chica tenga algunos pensamientos privados.

—¿Es eso todo lo que soy? ¿Sólo un pedazo de carne? — hace pucheros, bromeando. Al menos espero que esté bromeando.

—¡No, por supuesto que no!

—Bien.

—También eres una cara bonita.

Me tira la toalla antes de agarrarme y tirarme en la cama. Sí, me regala un clímax escandaloso, antes de levantarse de la cama y enfundarse un par de pantalones cortos. Es como un estudio del físico humano, cada músculo perfectamente definido, y esa gracia que noté en la pista de baile anoche es evidente incluso cuando realiza las acciones más mundanas.

—¿Tienes hambre?

—Estoy muerta de hambre—, gimoteo antes de hundirme en la cama, gimiendo como una mujer moribunda.

—¿Esperas que una chica haga todas las cosas que te gustan con el estómago vacío?

—¿Qué tal un almuerzo? Mi lugar favorito debería seguir atendiendo, incluso en Año Nuevo. Cocinan este brioche que te rizará los dedos de los pies, y ofrecen mimosas sin alcohol—, añade con una mueca, —después de anoche, no sé si el champán debería estar en el menú de esta mañana.

—Uff—. Yo tampoco lo creo—. ¿Pero mimosas? ¿Sin alcohol? ¿Brioche casero? Esto no suena como un lugar casual, y no puedo usar el vestido de anoche en un lugar que sirva brunch.

—¿Qué dices? —, pregunta.

—¿En esto? — Apunto a la toalla. Es esto o el vestido que usé anoche. No pensé exactamente en empacar algo para hoy. Tal vez debería haberlo hecho.

—Hmm. Buen punto. Podríamos parar en algún lugar y conseguirte algo de ropa nueva.

Tengo que levantar una ceja por esto.

—¿Sólo para tener ropa para ir al brunch? ¿No te parece un poco exagerado?

Se encoge de hombros, y se deja caer en la cama con las dos manos detrás de la cabeza. — ¿Un desperdicio de qué? No estamos hablando de ropa desechable. Hablaba de comprar algo para ti. Un regalo.

Un regalo, ¿eh? Es un gesto muy bonito, pero no lo creo.

—Eso no se sentiría bien.

—¿Qué hacemos entonces? — pregunta.

El hecho de que esté tan empeñado en pasar más tiempo juntos es tan agradable que no me importaría que nos quedáramos sentados viendo la televisión todo el día, pero también tengo hambre.

—¿Sería una locura decir que prefiero ir a un lugar un poco más...?

—¿Normal? — pregunta.

—Iba a decir común—, frunzo el ceño y pongo los ojos en blanco. —No sería tan grosera como para usar la palabra normal.

—Pero eso es lo que querías decir.

—No, no lo es. Me refería a un lugar un poco más relajado. ¿Alguna vez, no sé, has ido al parque y te has comido un perrito caliente?

—¿Un perrito caliente en el parque? — No sé si suena sorprendido, escéptico o disgustado.

—Sí. Ya sabes, como la gente normal.

—Soy una persona normal. No me crie con riquezas—. Hace un gesto a nuestro alrededor con sus manos, sin rumbo. —Cómo puedes ver, pero mi madre me habría lavado la boca con una pastilla de jabón sólo por dos razones: si maldijera, y si me comiera un perrito caliente de un vendedor ambulante.

Tengo que reírme con él.

—Bueno, ¿por qué no caminar por el lado salvaje y arriesgarse? Quiero decir, si yo puedo hacer todo tipo de cosas valientes en el nuevo año, ¿por qué tú no?

Él sonríe.

—Te diría que es ridículo considerar que comer un perrito caliente de un vendedor es un acto de valentía, pero nunca conociste a mi madre. La reina del desinfectante de manos—. Se pone de pie, arrastrándome con él cuando le ofrezco mis manos. —Sí. Vamos.

Cuando mis pies tocan el suelo, algo más me preocupa. —Con una condición—. —¿Qué?

—Que al menos paremos en la zapatería más cercana para no tener que usar los tacones de anoche.

## CAPITULO 21

### Laura

Incluso en vaqueros y zapatillas, parece un millón de dólares tirados en la calle y atrae la mirada de casi todas las mujeres con las que nos topamos. ¿Está mal que quiera saltar y agitar mis brazos y declarar que sí, que está caminando por el parque conmigo? Conmigo. Conmigo. Conmigo.

¿Eso me haría ser mezquina? Probablemente me haría ser mezquina, pero qué demonios. Puedo regodearme por una vez en mi vida,

Tampoco puedo dejar de mirarlo, pero no por las mismas razones que ellas.

—¿Qué piensas? — Pregunto, mordiéndome el labio para no sonreír. Parecía más que un poco nervioso al pedir, pobre tipo. Probablemente podría aguantar en una habitación llena de gente exitosa, no hay problema, pero ¿pedirle al hombre que ordene un perrito caliente? No. Como el cliché del científico de cohetes que no puede atarse los zapatos o mantener una conversación con los demás.

Mastica lentamente, pensativo, mientras yo lo observo.

—Creo que no entiendo cuál fue el problema todo este tiempo.

—¿Así te gustan?

—Supongo. Es un perrito caliente. Quiero decir, no estamos hablando exactamente de alta cocina aquí.

Le doy un codazo.

—Snob.

—En todo caso— reflexiona antes de darle un mordisco. Quiero lamer el poco de mostaza picante de la comisura de su boca, pero él mismo se encarga de ello, lo hace con el gesto más sexy de todos los tiempos. No pasa nada. Mis hormonas no están gritando ni nada.

—No lo rellene demasiado, ¿verdad?

—Oh, no está perfecto. Mi mamá siempre estaba advirtiéndome que no comiera comida de los carritos. “Nunca se sabe quién la ha estado tocando o qué puede haber caído en ella”—, imita.

Vaya, su mamá parece ser muy divertida.

—Supongo que eso es cierto sin importar donde comas. Incluso si es alta cocina. — Me aseguro de poner los ojos muy en blanco después de eso, me da un codazo.

—Cierto—. Asiente con la cabeza. —Esperaba caerme muerto después de todo lo que me hiciste anoche—

De repente, se detiene, con los ojos bien abiertos. Cruza las manos sobre su garganta y hace un extraño y estrangulado sonido antes de toser. Su cara se pone roja.

—Muy gracioso— murmuro, dándole la espalda antes de poder sonreír. Doy una docena de pasos antes de que corra a mi lado.

—¿Qué? ¿No fui convincente? ¿O simplemente no te importó si me caía muerto o no?

—Averígualo tú mismo— digo, riendo mientras me rodea con sus brazos en la cintura y me levanta. —¡Cuidado! ¡Acabas de comer un producto de cerdo en forma de tubo!

Cuando me baja, no se ríe. Se ve muy serio mientras me quita los cabellos sueltos de los ojos.

—Gracias por esto— murmura.

—¿Qué he hecho?

—Me diste el mejor día de Año Nuevo hasta ahora. Y, sé que esto va a sonar presuntuoso, así que perdóname por adelantado que me recuerdes las cosas que realmente importan. — Besa la punta de mi nariz antes de acercarse a mis labios, presionando los suyos firmemente contra los míos.

Este podría ser el momento más perfecto de mi vida. Aquí mismo, en medio de todo y de todos, besando a este maravilloso hombre que ya me ha dado suficientes buenos recuerdos para el resto de mi vida.

Y maldita sea, espero que la gente se dé cuenta al pasar. No puedo evitarlo.

## CAPITULO 22

### Laura

El día continúa, los dos vegetando en su sofá de cuero después de una larga caminata que dimos hasta bien entrada la tarde. Resulta que le gustan las películas viejas, como a mí, aunque no tiene el extenso conocimiento que tengo. Nos decidimos por *Lo que el viento se llevó*, una bonita y larga que antes evitaba ver, aunque su madre se la dio hace casi cinco años, pero insiste en verla cuando le digo que es mi favorita.

—¿No te importa? — Le pido que veamos una de su gusto.

—¿Por qué me importaría?

—Creo que nunca he conocido a un hombre que me permita disfrutar de mi gusto por las películas.

Hace una mueca. —Creo que ya hemos establecido que los hombres que conociste hasta ahora no tenían ningún gusto, Laura.

—Buen punto.

—Hazme un favor—. Me besa la punta de la nariz como lo hizo en el parque. Es un lindo gesto, uno al que creo que sería peligrosamente fácil acostumbrarme. —Deja de compararme con cualquiera de ellos. Estás haciendo que los odie a todos y que recuerde lo que acordamos: año nuevo, nueva tú. ¿De acuerdo?

—Bien—. Quiero patearme a mí misma. No puedo dejar que toda esa mierda del pasado se filtre en lo que es tan bonito ahora mismo. No quiero quedarme demasiado tiempo.

Otra razón por la que no estaba segura de que quisiera ver una película tan larga.

Me digo a mí misma que me iré después de la película y, apoyando mi cabeza en su pecho, me acurruco a su lado. Hay otra cosa que me ha enseñado: cómo debo aprender a vivir el momento en lugar de en el pasado o el futuro.

No pasa mucho tiempo antes de que su respiración se suavice, se equilibre. Está durmiendo. Levanto la cabeza lo suficiente para verlo, y lo que veo es casi suficiente para detener mi corazón. No importa cuántas veces vea su cara, es suficiente para mí, especialmente ahora, mientras está dormido y vulnerable. Confía en mí. Comportándose como si fuéramos una pareja normal, pasando el rato en un día libre, siendo perezosos y disfrutando de la compañía del otro.

Quiero memorizar cada ángulo de su perfil. La mandíbula, la barbilla, la nariz. El tenue rastro de barba en sus mejillas, las pestañas oscuras que sobresalen de sus párpados. Sus labios. —Gracias—, digo, por si acaso no tengo la oportunidad de agradecerle cuando esto termine.

Bajé la cabeza de nuevo, volviendo a Scarlett y Rhett y sus travesuras. Me pregunto qué haría Scarlett en una situación como la mía.

Para empezar, probablemente habría tirado las cosas de Javier por la ventana, como Valentina me sugirió. Mis ojos empiezan a cerrarse sin que me dé cuenta de que tengo sueño, y se quedan así hasta que Roberto se mueve debajo de mí.

—Creo que debo haber estado muy cansado—, dice, bostezando y estirándose después de despertarse a mitad de la película. Scarlett acaba de decidir que nunca más tendrá hambre.

—Supongo que no eres normalmente del tipo que duerme—, observo, restregando el sueño por mis propios ojos. No quise dormirme en su pecho, pero tiene uno de esos pechos que le ruegan a una mujer que descansa en él. Un rápido roce de mi mano sobre mi barbilla confirma que no me babeé sobre él.

—No puedo recordar la última vez que tomé una siesta. — Muestra una sonrisa vergonzosa. —Las siestas no son productivas, y yo no soy nada si no soy productivo.

Esto envía una punzada de culpa directamente a dondequiera que vaya la culpa. El intestino, tal vez. Aquí estoy, actuando exactamente como el tipo de persona que Miriam me hizo parecer. Animando a un perfecto espécimen físico a comer perros calientes y tomar siestas en medio de la tarde.

—¿Soy una mala influencia para ti? Quiero decir, ¿qué haces normalmente cuando sales con una mujer? ¿Correr? ¿Escalar rocas?

Sacude la cabeza, me despeina el pelo.

—No, por supuesto que no. Bueno... a veces, pero no todo el tiempo.

—Porque no quiero retenerte o hacerte cambiar tu rutina sólo porque estoy aquí.

Se sienta un poco, haciendo que yo también me sienta.

—Te pareces mucho a alguien que solía conocer. Es como si sus pensamientos salieran de tu boca. Raro.

—¿Te refieres a... ella?— Ni siquiera quiero decir su nombre. Miriam. La perra.

—Sí, ella—. Se pasa la mano por el pelo y luego por la nuca. Los músculos de su perfecta mandíbula se aprietan. Apenas puedo apartar la vista de él lo suficiente para concentrarme en lo que estamos discutiendo.

—Lo siento. En realidad, sólo estaba haciendo una pregunta inocente. Dijiste que no tomabas siestas, pero acabas de tomar una.

Me mira como si me hubiera brotado una segunda cabeza.

—Lo cual es algo bueno. Mi doctor me ha pedido durante años que descanse más. Literalmente, años. Siempre estoy a unos centímetros de decirle que se meta su descanso por el culo, pero quizá tenga razón—. Se estira, con los dos brazos sobre la cabeza, con una sonrisa tonta en la cara. —Me siento mejor hoy de lo que me he sentido en años, y es gracias a ti.

Sus palabras me calientan por todas partes, hasta la punta de los dedos.

—Tal vez sea el perro caliente. Quiero decir, nunca se sabe. Podrías ser todo lo que te estabas perdiendo todo este tiempo.

Me agarra con un abrazo de oso. —No, encontré lo que me faltaba desde el principio, y no era un perrito caliente. Es la chica que me recomendó el perrito caliente.

La esperanza florece en mi pecho. ¿Se refiere a lo que parece que está diciendo? Porque suena como si dijera que quiere estar conmigo. Yo soy lo que él se ha estado perdiendo todo el tiempo, y ¿por qué querría renunciar a lo que se ha estado perdiendo?

O podría estar inventando esto en mi cabeza. Dios, espero que no. Tengo un historial bastante malo cuando se trata de ese tipo de cosas.

Qué diablos. Mejor que termine con esto. No puedo quedarme aquí indefinidamente. Eventualmente, será hora de volver a casa, así que habrá que hacer las preguntas difíciles.

—¿Qué intentas decir? — Me muero de risa, con el corazón en la garganta. Por favor, no dejes que me arrepienta de haberlo preguntado. Por favor, por favor, no dejes que lo estropee.

—¿A qué suena lo que estoy diciendo? — él desafía, levantando una ceja. —Intento decir que finalmente encontré lo que me faltaba, y no tengo intención de dejarte ir ahora que te he encontrado.

Vaya. Wow, wow, wow. Es como si estuviera en un auto que va a toda velocidad y de repente choca contra una pared de ladrillos. O tal vez la pared de ladrillos me golpeó. De cualquier manera, estoy confundida.

Me lleva un momento darme cuenta de que estoy sentada aquí con la boca abierta mientras él probablemente espera que responda. Sólo que, ¿qué puedo decir? Parece que he olvidado mis palabras. Cada palabra que he conocido, de hecho. Simplemente... se han ido.

—¿Estás bien? — pregunta, tomando mis manos. Asiento con la cabeza.

—Porque pareces un poco... ida.

—Estoy aquí.

—Pareces horrorizada.

—No lo estoy. Estoy aturdida. Sí. Aturdida es una buena palabra para lo que siento. Estoy aturdida—.

—¿Por qué?

Es mi turno de mirarlo como si tuviera dos cabezas.

—¿Por qué no debería ser así? Esto está completamente fuera de lugar. ¿Por qué yo? ¿Por qué me dices estas cosas?

—¿Por qué tienes que preguntar siempre el “por qué”? ¿No te lo he mostrado? ¿No te lo he dicho? No bromeaba cuando te dije que quiero hacerte más feliz de lo que nunca imaginaste.

Mi mente da vueltas, pero aun así se las arregla para volver a ese momento en particular porque no es el tipo de cosas que una chica olvida fácilmente. De pie en el balcón, mirando la ciudad, con su aliento en mi cuello y su voz en mi oído.

—Recuerdo que dijiste eso, pero también recuerdo que dijiste algo sobre no estar en la posición de hacerlo.

—Quiero estar en posición de hacerlo, pero no quería asustarte anoche—. Me acaricia los nudillos con sus pulgares, mirándome profundamente a los ojos. —Sé que tiendo a ser un poco intenso a veces. Veo lo que quiero y hago lo que sea necesario para conseguirlo. No estoy acostumbrado a no salirme con la mía.

—¿No es así como normalmente cortejas a las mujeres? — Pregunto, todavía estoy totalmente en shock. Desafortunadamente, mi sarcasmo encuentra una forma de aparecer incluso en momentos como estos.

—Quiero ser completamente honesto—, murmura. —Quiero que entiendas. No es que haya tenido dificultad para atraer a las mujeres....

—No puedo imaginarlo—, susurro.

—Y eso siempre estuvo bien antes. Pero no ahora. Nunca me importó tanto como ahora. Quería facilitarte las cosas, supongo. Quería estar seguro de que querías estar conmigo. Que no ibas a ir sólo por mi dinero o por el sexo.

El sexo por sí solo sería razón suficiente.

—Laura—. Me suelta las manos y me toma la cara entre las palmas. —Te quise desde el momento en que te vi. No quiero estar nunca sin ti.

—Oh, Roberto....

—Sé que es repentino. Lo sé. Aún quiero estar seguro de que no te sientes abrumada o asustada por lo repentino de esto, o por mi contundencia. Quiero que seas feliz, quiero que te sientas querida y apreciada. Porque te aprecio. Y aprecio el soplo de vida que me trajiste. No sabía que me lo estaba perdiendo hasta que llegaste tú.

Estoy bastante segura de que voy a morir en este sofá de cuero.

La sensación de sus manos tocando mi cara me devuelve a la realidad. Esto está sucediéndome a mí. A mí.

—No me asusta—, le aseguro, sonriendo a través de las lágrimas que de repente me queman el borde de los ojos. —De hecho, he estado esperando y rezando durante las últimas dieciocho horas para que esto ocurriera.

—¿Lo has hecho?

—Desde que bailamos anoche. Me dije a mí misma que estaba mal querer esto. Nosotros. Ser más que una aventura de una o dos noches, pero cuando terminamos ese baile... no había vuelta atrás. Tuve que admitirme a mí misma que quería más que sólo un par de noches, por muy increíbles que fueran esas noches.

—Fueron bastante asombrosas, ¿no es así? —, está felizmente de acuerdo. —Así que no estoy solo en esto? ¿Quieres esto tanto como yo?

—Más, creo que más.

—No lo creo...— Me lleva a él para que le dé un beso antes de que pueda seguir discutiendo con él. No es que me importe. Parece que este es el momento apropiado para un beso.

Será mejor que se acostumbre a que lo besen, porque nunca me cansaré de hacerlo.

## CAPITULO 23

### Laura

¿Vainilla o chocolate?, vacilo entre los dos sabores en el congelador delante de mí hasta que mi mente vuelve a esa primera noche con Roberto. Sí, creo que sé cuál tengo que llevar.

Cojo el pote de vainilla del congelador y lo dejo caer en la cesta. Y ahí es cuando levanto la mirada, y lo veo.

Me congelo por un momento, sintiendo como si mis pies estuvieran arraigados al piso del lugar. Me lleva un momento recuperar la compostura. Javier. ¿Realmente ha pasado tanto tiempo desde la última vez que lo vi? Lo suficiente para sentir que todo mi cuerpo se ha agarrotado al verle, estando de pie delante de mí en el pasillo del supermercado. ¿Qué está haciendo en esta parte de la ciudad? Me estoy quedando con Roberto, pero no puedo imaginar que alguien como Javier pueda permitirse vivir en un vecindario tan bonito como al que Roberto se acaba de mudar.

Él mira hacia arriba y me ve, e inmediatamente se pone rojo de vergüenza. Como es lógico, dada la forma en que me trató la última vez que nos vimos. Se queda ahí un momento, mirándome, y luego se dirige hacia mí. No puedo creerlo. Quiero dar la vuelta y alejarme de él, pero tengo que admitir que me interesa oír lo que tiene que decir.

Se detiene frente a mí y me mira de arriba a abajo. Me molesta que piense que puede pararse ahí y mirarme con esos ojos, pero siento un poco de triunfo por la forma en que sus cejas se levantan cuando mira mi nuevo look. Sólo llevo un par de vaqueros y una camiseta, nada elegante, pero he perdido unos 15 kilos desde la última vez que nos vimos.

Salir con el dueño de un gimnasio con predilección por el sexo atlético y energético tiene sus ventajas, supongo. Todavía tengo todas mis curvas, y mientras Roberto dejó claro que estaría contento con que me viera exactamente como el día que me conoció, se siente bien estar un poco más apretada y tener una linda cintura.

—Hola— saludo, levantando las cejas y obligándolo a dirigir su atención de mis pechos a mi cara. Él levanta la mirada y parpadea.

—Sí, hola—, asiente con la cabeza. —Yo... eh, te ves muy bien... quiero decir muy bien.

—Gracias—, respondo, tomando deliberadamente otro pote de helado de vainilla y dejándola caer en mi cesta. Golpea el pote que ya está ahí y se rebalsa un poco. Los ojos de Javier se abren de par en par. Sí, Javier, dos cubos de helado real lleno de grasa. En un mundo perfecto, me habría dado la vuelta y lo habría dejado ahí mismo. Porque esa sería la venganza perfecta, pero él sigue hablando, y yo he sido educada correctamente. No es educado alejarse cuando alguien está hablando contigo.

—Eh, ¿cómo van las cosas? — pregunta, y creo que veo un destello de esperanza en sus ojos.

Debo haberlo imaginado. No puede ser...

—Sí, me está yendo muy bien—, asiento, tirando mi pelo sobre un hombro. Me lo corté la semana anterior, y me lo peiné para que no me tuviera que hacer una cola de caballo cada mañana.

—Sí, te ves muy bien—. Otra vez esa mirada depredadora. ¡Vaya! Increíble.

—¿Qué hay de ti? — Pregunto, notando el ligero golpe en su vientre y la barba que se le esparció por la cara. Parece como si se hubiera electrocutado. Me cuesta mucho trabajo no sonreír maliciosamente. —¿Sigues con esa... er... chica? — Mira, cuánto he crecido y madurado. Podría haber usado tan fácilmente la palabra correcta: zorra.

—Uh...— se aleja, apartando sus ojos de los míos. —En realidad, no. Nosotros... nos separamos hace un par de meses.

Eso no duró mucho. Por mucho que me hubiera gustado señalárselo, quiero mantener el terreno nivelado en esa área.

—Oh, siento oír eso—, miento entre dientes. Estoy segura de que puede saber que le estoy mintiendo, que me estoy deleitando con el hecho de que probablemente lo dejaron por ser un tramposo de mierda, pero no me importa. No tenía ninguna razón para poner mis palabras entre algodones, o incluso fingir que tenía algo más que desprecio por él.

—Estaba... he estado pensando mucho en ti, en realidad—, murmura, y yo levanto las cejas. Él no intentaría... tratar de coquetearme, ¿verdad? Eso sería ridículo. Seguramente, él sabría que después de que dejaste a una mujer llamándola gorda y anunciando que la habías estado engañando, como un perro apestoso, no tienes una segunda oportunidad. Incluso si no estuviera loca por Roberto, lo rechazaría de plano. ¿Qué tan poco respeto por mí misma creía que tenía?

—¿Ah, sí? — Miro alrededor, preguntándome dónde está Roberto. Podría tomarlo del brazo ahora mismo, para recordarle a Javier que no puede volver arrastrándose y esperar que me desmaye sobre él otra vez. Esa etapa de mi vida ya pasó.

—Sí, Laura...— se aleja una vez más, luchando por encontrar las palabras. No le ayudo.

—Creo que cometí un error—, admite finalmente, y espero sentir algo. La reivindicación, tal vez, la emoción de que haya admitido como me hizo sentir después de todo este tiempo. Pero no siento nada. Sólo paz. Apenas levanto mis cejas hacia él.

—Me preguntaba, si todavía estás dispuesta a intentarlo....

Estoy paralizada sintiendo vergüenza ajena como para poder responderle.

—Si quieres podríamos tener una cita... Podríamos empezar de nuevo, intentarlo otra vez... He cambiado tanto y... tú también.— Me hace gestos por todo el cuerpo. —Estábamos bien juntos.

Quiere volver arrastrándose a mí ahora que he perdido algo de ese peso que tanto odiaba y aun así hizo todo lo posible para asegurarse de que no lo perdiera. Bueno, perdí 100 kilos de

lastre cuando me dejó, y no voy a dejar que todo ese peso vuelva a mi vida.

Antes de poder responder, siento un brazo deslizándose alrededor de mi cintura, e inhalo el aroma del nuevo y caro aftershave de Roberto. El gimnasio ha despegado en los últimos meses, desde que nos conocimos, y se ha estado dando todo tipo de lujos (sin mencionarme a mí) como resultado: un nuevo apartamento, ropa nueva de lujo, viajes al tipo de restaurantes que sólo podía babear sobre la sección de comida del periódico del domingo antes de conocerlo. A veces, es como vivir en un cuento de hadas, excepto que está lejos de ser un príncipe casto que me despierta con sólo un beso. Entre las piernas, sí, tal vez.

—Hola—. Roberto me saluda con un suave beso en la mejilla, y puedo decir que también está marcando su territorio.

Javier nos mira fijamente, mira la mano de Roberto que descansa fácilmente en mi cintura. Le toma un buen rato antes de que parezca darse cuenta de lo que pasa entre nosotros dos.

—Javier, este es mi novio, Roberto—, le presento. —Roberto, este es Javier. Creo que te lo mencioné una o dos veces.

—Sí, creo que se quién es—, Roberto le da a Javier una mirada fulminante.

Javier cambia de actitud como cambia el día a la noche. Parece incómodo. Me pregunto si se está comparando internamente con Roberto, si se siente inferior en su presencia. Si se pregunta cómo alguien como él puede querer salir con una mujer como yo. Me ha llevado un tiempo entender eso. Incluso ahora, a veces me encuentro mirando a Roberto, a su increíble cuerpo, y su creciente éxito, su fuerte ambición, su sentido del humor, y su lado dulce, y me pregunto qué demonios está haciendo conmigo.

Pero se ha esforzado tanto en demostrármelo, cada vez que dudo de mí misma, en recordarme que está conmigo porque quiere hacerlo. Porque yo lleno sin esfuerzo un hueco en su vida que nadie más ha logrado llenar, no importa lo mucho que lo hayan intentado. Eso es lo que me dice, y ya lo conozco. Está lejos de ser un mentiroso. Y definitivamente no pierde su tiempo en nada que no le interese.

Si no sintiera lo que siente por mí, no se molestaría en llenar mi cabeza con falsedades. Javier, durante los dos años que estuvimos juntos, casi me convenció de que ningún hombre querría estar conmigo. Roberto me está ayudando a eliminar esa mentira de mi cabeza. Me está tomando tiempo hacerlo, pero lo estoy logrando.

—Encantado de conocerte—, murmura Javier, mirando al suelo.

Le echo un vistazo a Roberto. Está mirando nuestra cesta de helados, y veo que tiene el mismo efecto en él. Le recuerda nuestra primera noche juntos.

—Oh, buena elección—, golpea su cadera contra la mía y se inclina para besarme una vez más. Es un beso más largo que el anterior, haciéndome saber que en cuanto me lleve a casa me desnudará y saboreará cada centímetro de mí de arriba a abajo, como hizo la primera noche.

Cuando nos dejamos de besar, no pude evitar sonreír cuando me encuentro con sus ojos una vez más. Sé que Javier está de pie justo ahí, y claro, es un poco satisfactorio para mí ver la conmoción en su cara, ver la forma en que nos mira a los dos como si lo que está presenciando no fuera posible. Pero la verdad: la reivindicación de verlo tan enojado no es nada comparado con lo bien que se siente estar con alguien que me valora y me adora, y que no le importa una mierda lo que los demás piensen de nosotros.

—Deberíamos irnos—, sugiere Roberto, mirando en dirección a Javier.

—Sí, deberíamos—, estoy de acuerdo, ya siento un pequeño cosquilleo en el estómago al pensar que me llevará a casa y usará el helado de la manera que yo pretendía. Me dirijo a Javier.  
—Hasta luego, Javier.

Javier se ve sorprendido cuando nos vamos, y me acuerdo de esa expresión. Es muy satisfactoria, tengo que admitirlo. Me alejo con una gran sonrisa en mi cara y el brazo de Roberto todavía alrededor de mi cintura. A veces la venganza más dulce es cuando no tienes que hacer nada.

—Entonces, ¿ese es el idiota de tu ex? — Roberto comenta en cuanto nos vamos. Le hago callar, pero se ríe.

—¡Oye, podría oírnos!

Roberto se encoge de hombros.

—Espero que lo haga. Es un maldito desperdicio de espacio. Juro que si hubiera tenido que estar ahí un segundo más, no habría podido contenerme para no decirle unas cuantas cosas a ese imbécil.

—Vamos, paguemos y volvamos a casa—, me río.

Sonríe mucho cuando nos acercamos al mostrador.

—¿Seguro que no quieres que vuelva y le diga a ese tipo lo que pienso? — se burla.

Sacudo la cabeza.

—No vale la pena, confía en mí. Sólo quiero volver a tu casa y... er... comer helado..

—Nuestra casa—, repite por duodécima vez.

Sonríe y sacudo la cabeza.

—Lo siento, sigo olvidándolo—. Tiene razón. Ha pasado más de un mes desde que me mudé oficialmente a su loco y hermoso apartamento de dos dormitorios en el lado este de la ciudad, y se me sigue olvidando que también vivo allí.

—Hmm... tendré que encontrar una manera de castigarte—, dice burlándose severamente.

Miro a mi alrededor en estado de shock para asegurarme de que nadie más lo escuchó. ¡No puedo creer que saliera con algo así en medio del supermercado!

—No te preocupes, nadie me escuchó—, me asegura. —Y aunque lo hicieran, no me importa.

—Tal vez debería—, regaño, pero no tengo la capacidad de enojarme como es debido. Hay algo tan vertiginoso en saber que no importa cuántas veces me haya tenido, todavía me desea más.

Embolsamos nuestros comestibles y caminamos un par de cuadras hasta su casa, mano a mano. Veo a unas cuantas personas mirándonos mientras pasamos, y me preparo un poco internamente. Me siento caliente ahora, de una manera que nunca antes me había sentido. Creo, la mayoría de las veces, en el fondo de mi ser, que soy realmente atractiva, que realmente valgo la pena todo este alboroto que hace por mí. No puedo creer el daño que Javier causó. Desearía que cada mujer en este mundo encontrara un Ro para mostrarle lo hermosa que realmente es.

## CAPITULO 24

### Laura

Cuando llego al apartamento, abro la puerta con mis llaves. Un recordatorio de que yo también vivo aquí, que este es tanto mi lugar como el suyo. Subimos las escaleras y Roberto parece notar que estoy un poco más pensativa de lo habitual. —¿Estás bien? — pregunta suavemente, mientras entramos en la cocina.

Asiento con la cabeza.

—Sólo pensando.

—¿Sobre qué?

—Muchas cosas—, me encogí de hombros. —Pero sobre todo... lo contenta que estoy de que nos hayamos conocido.

—Estoy muy contento de que entraras en mi gimnasio también—, estoy de acuerdo. Luego respira profundamente, como si hubiera algo más que quisiera decirme.

—¿Dejo esto para descongelar? — Levanto el helado y le sonrío coquetamente, haciéndole saber exactamente dónde está mi mente en este momento.

Él amartilla una ceja. —Creo que es el mejor curso de acción. ¿Por qué no te metes en la ducha mientras yo guardo el resto de las cosas?

—¿Estás seguro? No me importa ayudar...

—No, de verdad, estoy bien—, dice rápidamente, y veo un pequeño destello en sus ojos. No puedo captar lo que es, pero me imagino que es probablemente cansancio. Ha estado trabajando mucho para asegurarse de que el gimnasio siga funcionando a su máxima capacidad, y a veces me pregunto si no se está esforzando demasiado.

Me planta un beso en los labios y me da una bofetada en el culo, enviándome en dirección a la ducha. Le lanzo una mirada de locura a su prepotencia y me dirijo al baño. Me quito la ropa y entro en la enorme ducha. Enciendo el chorro y cierro los ojos. El calor del agua alivia mis músculos doloridos. Últimamente me he ejercitado más de lo normal y he pasado las tardes en la oficina.

Me lavo el pelo lentamente, masajeando mi cuero cabelludo. Luego me froto el cuerpo de arriba a abajo con el jabón que Roberto me compró como regalo de aniversario. Huele a jazmín, es rico y dulce, y siempre comenta lo bien que huelo después de usarlo. Normalmente, eso termina con los dos en la cama juntos para que pueda captar el olor de mi piel desnuda.

No es que me esté quejando.

Termino y me envuelvo en el nuevo albornoz de seda que me compré. Es corto y tiene una abertura en el muslo donde puedo mostrar mis muslos si así lo deseo. Y, frente a Roberto, obviamente querré hacerlo. Pienso en el helado que se descongela, en lo rápido que se derretirá contra mi piel calentada por la ducha, y me rio para mis adentros. Oh sí, esto va a estar bueno.

Me dirijo a la sala de estar y parpadeo cuando veo lo que ha hecho. Las luces están bajas, un par de copas de vino están sobre la mesa, y él ha abierto las persianas de la enorme ventana que da a la oscuridad parpadeante de la ciudad.

—¿De qué se trata todo esto? — Pregunto mientras sale de la cocina.

Coge la copa de vino y me la da. Bebo un sorbo, saboreando los tonos afrutados y ahumados que se extienden por mi lengua. Mmm, está delicioso. Me he convertido en una gran conocedora de vinos ahora que Roberto compra solo botellas que cuestan por encima de los 20 dólares. Sé que esta es buena.

—¿Podemos ir al balcón? — Hace un gesto hacia las puertas que dan al generoso balcón que sobresale del apartamento, dándonos una hermosa vista del río. Por la noche, las luces de la ciudad rebotan en el agua y a veces me encuentro hipnotizada por ellas, pudiendo estar mirándolas durante horas y horas.

Asiento, enroscando mis labios en una sonrisa. Es tan romántico a veces.

Abre la puerta y me deja pasar. Incluso en esta pequeña bata, no tengo frío, ya que es una de esas maravillosas y suaves noches de verano donde todo se siente perfecto. Vuelvo a beber mi vino y me apoyo en el pasamanos. Él se une a mí, pasando una mano sobre mi espalda y acercándose a él. Apoyo mi cabeza en su hombro y exhalo lentamente.

—Esto es perfecto—. Suspiro, y él se vuelve hacia mí y me besa suavemente, dulcemente, lentamente. Cuando se retira, hay una suavidad en sus ojos que he llegado a amar. Sí, me gusta cuando es rudo, perverso y juguetón, pero hay algo tan profundamente especial en la forma en que me mira ahora. Lo siento en lo profundo de mi corazón.

—Realmente lo es—, está de acuerdo, rozando su nariz ligeramente contra la mía. Oh, ahí está esa mirada de nuevo, la de antes, la que no puedo ponerle un nombre, pero que sé que es significativa.

—¿Qué tienes? — le pregunto, mientras se mete la mano en el bolsillo.

Mi corazón se detiene cuando me doy cuenta un segundo antes de que lo saque de su bolsillo, una caja de terciopelo azul oscuro.

—Laura, he estado enamorado de ti desde la primera noche que nos conocimos. — Me sonrío, pero apenas puedo apartar la vista de la caja que tiene en la mano. ¿Esto es real? ¿Esto está sucediendo realmente? ¿Cree que porque nos hemos mudado juntos tiene que hacerlo oficial?

—Roberto, no tienes que hacer esto...— Intento asegurarle, y el parpadeo de inseguridad que

Javier dejó en mi sistema vuelve. ¿Por qué un hombre como él querría casarse con alguien como yo?

—Sé que no tengo que hacerlo—, dice con firmeza. —Quiero hacerlo, Laura. Te quiero como un loco y no quiero pasar otro momento de mi vida sin saber que vas a estar en ella para siempre.

—Roberto...

—No. Te amo, Laura. Tanto que me duele.

Siento que algo dentro de mí cede y se derrumba, una pared que no sabía que seguía en pie...

—Yo también te quiero. Tanto—, susurro.

Cierra los ojos por un momento como si estuviera saboreando esas palabras, y luego, como el caballero anticuado que es, se pone de rodillas y sostiene la caja con el anillo. Lo abre y me lo muestra; el anillo es impresionante, un clásico diamante engastado en platino.

—¿Te casarías conmigo? — pregunta.

Me sorprende que tenga que formularla como una pregunta porque sabe muy bien cuál va a ser mi respuesta. Sonrío ampliamente, incapaz de mantener la sonrisa de mi cara por más tiempo.

—Por supuesto que si, lo haré.

Toma el anillo de la caja y lo desliza cuidadosamente sobre mi dedo anular. Encaja perfectamente. Lo miro fijamente por un momento, tratando de convencerme de que la visión del anillo brillando suavemente en la luz de la tarde se sienta como real, pero aún no puedo creer que esto me esté pasando.

Entonces, se pone de pie, se me acerca y me besa. Todo esto es real, todo esto está sucediendo, y todo esto es mío. Equilibrando el vino en el borde del pasamanos y envolviéndolo con mis brazos, le devuelvo el beso. Juro que mis pies se levantan unos centímetros del suelo mientras me besa, y mi cabeza está en las nubes cuando se retira.

—¿Quieres que comamos de ese helado? — pregunta, con una sucia sonrisa en su cara. — ¿Aquí afuera? — Pregunto sorprendida.

—¿Por qué no? — responde. —Empecemos este compromiso como queremos que sea toda nuestra vida... llena de sucias sorpresas.

—¿Qué vas a hacer?

—Es una sorpresa, nena.

—Bien—. Me río, un poco mareada.

Me besa en la boca una vez más y se dirige al interior a buscar el helado. Mi corazón da vueltas con emoción mientras tomo otro sorbo de vino. Nunca antes habíamos tenido sexo de

forma tan pública, pero siempre ha sido una fantasía mía y apenas puedo esperar.

Observo cómo entra camino a la cocina y siento un profundo amor por él.

—¡Te amo! — Le digo.

Se gira y me sonrío. —Yo también te amo.

Me inclino hacia atrás contra el pasamanos, feliz. Una copa de vino en mi mano, un anillo en mi dedo, y mi hermoso nuevo prometido a punto de volver a follarme hasta hacerme perder la razón, y sin duda alguna me lo hará de una manera infinitamente creativa.

¿Se puede poner mejor? No. No lo creo...

Fin...